



Pasados Presentes

Historias detrás de las memorias

Un ejercicio colectivo de Historia Oral

Patricia Flier
(coordinadora)

Prólogo de Alessandro Portelli

Historias detrás de las memorias

Un ejercicio colectivo de Historia Oral

Patricia Flier
(coordinadora)

Prólogo de Alessandro Portelli

Esta publicación ha sido sometida a evaluación interna y externa organizada por la Secretaría de Investigación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata

Corrección de estilo: Alicia Lorenzo

Diseño: D.C.V. Federico Banzato

Tapa: D.G. P. Daniela Nuesch

Editora por la Prosecretaría de Gestión Editorial y Difusión: Victoria Lucero

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

©2018 Universidad Nacional de La Plata

Colección Pasados Presentes, 1

ISBN 978-950-34-1604-4

Cita sugerida: Flier, P. (Coord.) y Portelli, A. (Pról.). (2018). *Historias detrás de las memorias : Un ejercicio colectivo de historia oral*. La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Pasados Presentes ; 1). Recuperado de <http://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/101>



Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decano

Dr. Aníbal Viguera

Vicedecano

Dr. Mauricio Chama

Secretaria de Asuntos Académicos

Prof. Ana Julia Ramírez

Secretario de Posgrado

Dr. Fabio Espósito

Secretaria de Investigación

Prof. Laura Lenci

Secretario de Extensión Universitaria

Mg. Jerónimo Pinedo

Prosecretario de Gestión Editorial y Difusión

Dr. Guillermo Banzato

Colección Pasados Presentes

Directora de la Colección

Patricia Flier

Consejo editorial

Alessandro Portelli

Bruno Groppo

Pilar Calveiro

Rita Segato

Gerardo Caetano

Carmen Norambuena

Enzo Traverso

Silvia Dutrénit Bielous

Secretaria de Redacción

Lorena Cardona González

Índice

[Prólogo](#)

Alessandro Portelli 9

[Lo que hace diferente a este libro](#)

Patricia Flier - Lorena Cardona 17

[Lo que hace diferente a Alessandro Portelli](#)

Lucía Abbattista 31

Historias Resistentes

[Entre memorias e historia: lucha, amistad y terror en Santa Fe, 1974](#)

Andrea Raina 63

[Cuatro miradas sobre el “Trelewazo”. Memorias en torno a una experiencia de lucha popular](#)

Axel Binder 101

[La otra resistencia. Reflexiones sobre silencios, violencias y género en la Resistencia peronista \(1955-1965\)](#)

Anabella Gorza 135

Historias Incómodas

[Género y violencia: memorias de la represión sobre los cuerpos de las mujeres durante la última dictadura militar argentina](#)

Victoria Álvarez 181

<u>No estar metido en nada: vivencias y representaciones de obreros de Swift (Berisso) en torno a la época de los militares</u>	
<i>Eleonora Bretal</i>	209
<u>Violencia política, memoria y género: mujeres del Frente Patriótico</u>	
<u>Manuel Rodríguez</u>	
<i>Javiera Robles Recabarren</i>	245

Historias Representativas

<u>El dolor no desaparece jamás y el exilio es un dolor. Horacio Abdala, una reflexión en torno a la experiencia exiliar de un trabajador bancario</u>	
<i>Patricia Flier</i>	273
<u>“Por la paz haremos hasta lo imposible, incluso la guerra”. Entre holocaustos y militancias: memorias del M-19 a través del relato de Vera Grabe Loewenherz</u>	
<i>Lorena Cardona González</i>	301
<u>La leyenda de la X'tabay: el imaginario colectivo y la performance cíclica oralidad – escritura</u>	
<i>Yazmín Conejo</i>	337
<u>Sobre los autores</u>	365

Prólogo

*Alessandro Portelli*¹

Lo que sigue no es tanto un comentario sobre este libro, inusual y fascinante, sino una serie de reflexiones e ideas surgidas de su lectura y de la experiencia de la cual nace. Canta Bob Dylan en una de sus canciones más memorables, *there are no truths outside the Gates of Eden*, no hay verdades fuera de las puertas del paraíso. A su vez, el cómico italiano Corrado Guzzanti afirmó, en uno de sus chistes más famosos, personificando la parodia de un gurú de la televisión: “La respuesta está en ti, pero es la equivocada”.

Este libro podría leerse como una reflexión crítica de estas dos frases. Ambas se enfocan en la relación entre lo que está adentro y lo que está afuera, y en ambos casos, la pretensión es que la verdad siempre está “adentro” y que afuera no existe más que el desierto. Bob Dylan evoca la idea de una “verdad” sagrada, que puede considerarse como algo celosamente custodiado y protegido, inaccesible a los profanos, privilegio de los sabios y de los cultos —una forma de verdad que en la academia conocemos bien y que todavía perdura—, una verdad interior, idiosincrática, inverificable. Guzzanti sugiere, con su ironía, que quizás existe una realidad material fuera de la conciencia que debe tenerse en cuenta. La historia oral ha estado mucho tiempo fuera de las puertas del paraíso, no tanto porque cuestiona estas “verdades” como tales, sino porque las obliga a confrontarse entre ellas.

Por un lado, la historia oral reconoce y practica los procedimientos de verificabilidad y rigor documental de la mejor historiografía clásica: trabaja tanto en el campo como en los archivos, y de este modo obliga a la “verdad”

¹ Traducción de Lorena Cardona González.

escrita y fija en los documentos de las instituciones a confrontarse con las múltiples “verdades” que existen afuera, en el mundo más allá de las puertas. Se practica tanto en el interior de la universidad como fuera de ella, por historiadores “descalzados”, militantes, apasionados, incluso “diletantes” —en el mejor sentido de la palabra, que se refiere a la búsqueda del conocimiento también como un placer— que a menudo obligan a los historiadores a tomar nota de los acontecimientos y presencias que existen fuera de sus fuentes. Sin embargo, en ambos casos, los resultados de la investigación, dentro o fuera de las puertas de la academia, están sometidos a los mismos criterios de verificabilidad y a los mismos procedimientos de interpretación.

Por otro lado, la historia oral ha llegado a un acuerdo, desde un principio, retomando una definición del novelista americano Nathaniel Hawthorne, con lo que he llamado “la verdad del corazón humano”, y que una historiadora importante como Luisa Passerini formalizó en términos de “subjetividad”. El aporte fundamental de la historia oral durante al menos dos generaciones de investigadores fue el reconocimiento de que la realidad “interior” e intangible —la subjetividad, la memoria— no son distorsiones de la historia, sino que esos mismos hechos históricos son construcciones de sentido que tienen un impacto sobre las elecciones y los comportamientos de las personas, y, por tanto, actúan concretamente en la historia. Pero precisamente por esta razón, la historia oral jamás ha asumido estas “verdades” como intangibles e inverificables; siempre ha sabido que las respuestas subjetivas a nuestras preguntas pueden ser, con respecto a la materialidad de los hechos, “equivocadas”. Si mis compañeros ternanos ubican un evento simbólico en el tiempo y en el contexto equivocado, si mis interlocutores romanos atribuyen la masacre nazi de las Fosas Ardeatinas a una inexistente responsabilidad partisana, la tarea de la historia oral no es tomar nota diciendo, banalmente, “es verdad para ellos...”, o abandonarse dentro de la superficial vulgata posmoderna diciendo “tenemos solo las historias y todas las historias son equivalentes”, sino —con todo el respeto por las personas— someter estas “verdades” interiores al escrutinio de la verificación.

En otras palabras, la “verdad” no está ni dentro ni fuera de las puertas del paraíso, ni adentro de la conciencia individual ni fuera de ella: está en los confines, en el lugar donde lo interno y lo externo, la subjetividad y la historia, la institución y el espacio social se encuentran, dialogan, chocan y, en este

proceso, ambas cambian de piel, se redefinen y se vuelven más ellas mismas. *Dia/logo* significa precisamente esto: una palabra que va más allá, y que en este proceso se desdobra, se transforma, se articula. Diálogo significa hablar a través de, más allá de, por encima del paraíso o de las barreras de la subjetividad. Significa abrir —o, al menos, entreabrir— estas puertas (me viene a la mente el título de una novela americana de un género totalmente diferente, *The Gates Ajar*, “Las puertas entreabiertas”, de Elizabeth Stuart Phelps, 1868), para que las personas puedan entrar y salir, quedarse en el umbral mirando en ambas direcciones o, siquiera, tener una idea de lo que hay del otro lado.

A medida que aprendí la historia oral, haciéndola, me di cuenta de que la mayoría de las veces esto es lo que hacemos. Hacemos el trabajo del historiador, tratando de reconstruir, de la manera más confiable posible, los hechos del pasado; hacemos el trabajo del antropólogo o del psicólogo, tratando de reconstruir las construcciones culturales y mentales de las personas; y, finalmente, hacemos el propio trabajo del historiador oral, navegando en la tierra de nadie entre los hechos y la subjetividad, intentando comprender de qué manera estos hechos generan esas construcciones culturales o cómo las culturas y las ideas le confieren sentido y relevancia a la materialidad indistinta de los hechos. Por esto, frente a las respuestas “equivocadas” no nos limitamos ni a tomarlas paternalmente como “verdad, para ellos...”, ni a descartarlas porque son erradas, sino que nos preguntamos qué significan; y de algún modo, porque son “equivocadas” nos hacen comprender más a fondo el impacto de los hechos materiales sobre las conciencias. A veces tengo ataques de *hubris*, y pienso que la historia oral es algo más vasto y complejo que la historia pura y simple; que la historia oral no es una contribución a la historia, sino que esta última es solo uno de los muchos instrumentos que son necesarios para quien quiere aventurarse en la tierra de nadie de la historia oral. ¡Pero no exageremos!

Este libro es insólito y fascinante porque, nacido de un seminario del cual formé parte, extiende la práctica del diálogo a otra dimensión, que es la de la relación entre quien “enseña” y quien “aprende”. Es un aspecto que me toca profundamente, ya que he sido profesor universitario toda mi vida, pero a menudo he terminado practicando y enseñando disciplinas que estaban fuera de las puertas de mi campo disciplinar e institucional (¡jamás fui docente de historia, de antropología, y mucho menos de historia oral!). Trataré de explicarme con un ejemplo.

Los estudiantes italianos a menudo tienen la costumbre de tomar apuntes afanosamente, como si escribieran bajo dictado, atentos a no perder ni una palabra —y, por tanto, destinados a perderse muchas cosas, porque mientras escriben no pueden escuchar. Recuerdo que en clase había una estudiante que no hacía eso. Estaba sentada, escuchaba, y cada tanto tomaba la lapicera y escribía. Y cada vez que lo hacía, yo pensaba: debo haber dicho algo. Después de un tiempo, más o menos conscientemente, en las lecciones comencé a subrayar y a articular más a fondo los aspectos sobre los que la había visto tomar nota. De este modo, sin decir una palabra, una estudiante (que no por casualidad hoy enseña literatura en una universidad inglesa) contribuyó desde el aula a cambiar las lecciones de la cátedra.

En otras palabras, es válido para la relación didáctica lo que en otros contextos he escrito sobre el momento constitutivo de la historia oral, la entrevista: si al final de la entrevista (de la lección, del seminario) no salen todos cambiados —entrevistados y entrevistadores, estudiantes y docentes— entonces, probablemente, se perdió el tiempo. También por esta razón, siempre preparo las clases como lo hago con las entrevistas: con una idea general de lo que tengo en mente, pero sin una estructura preconcebida, confiándome a la sensibilidad, al oído, y —sobre todo— a la contribución dialógica expresada o implícita de los interlocutores para decidir, de vez en cuando, qué hacer y qué decir.

Este libro dialoga, justamente, con una experiencia de este tipo: el seminario de historia oral que tuve el privilegio de dictar en la Universidad Nacional de La Plata gracias a la invitación de la profesora Patricia Flier, de sus colegas y colaboradores. La forma y el contexto del seminario fueron una refutación directa a la modalidad académica de enseñanza en la que el conocimiento pasa de forma unidireccional del docente a los alumnos. Si es cierto que la entrevista de historia oral es un “experimento de igualdad”, el modo en el que se desarrollaron nuestros encuentros iba en la misma dirección. No fue solo la disposición misma del espacio, en forma de círculo abierto, con el mate circulando (¡esta fue una de las cosas que aprendí!), sino la conciencia inmediata del dato constitutivo de cualquier diálogo: y es que los estudiantes, como los narradores en las entrevistas, sabían cosas que yo no sabía y que mi enseñanza también era una experiencia de aprendizaje.

La igualdad comenzaba desde el lenguaje: quizá yo tenga más experiencia que ellos en la historia oral, pero trataba de narrárselas en un idioma que ellos

conocían y que yo intentaba, todo el tiempo, de imaginar e inventar, y por eso solo hablé gracias a su tolerancia y comprensión hacia mi ignorancia. Pero aún más importante es que lo que lograba decir tenía un sentido únicamente si era reelaborado por su inteligencia, conocimiento e imaginación. Hablar de Terni, de Roma o de Kentucky habría sido simplemente un ejercicio académico si todo no se hubiera transformado porque tenía sentido en Argentina, en Colombia, en Chile. Bastaba escuchar las preguntas, las intervenciones, los comentarios para entender que todo lo que sabía e intentaba compartir tenía un significado posterior y mucho más diverso de lo que había creído hasta entonces, en un contexto político, histórico y social como el latinoamericano, del cual, hasta entonces, tenía un conocimiento muy superficial y del cual aprendí mucho de las intervenciones de los participantes del seminario y de sus escritos. Todo culminó con una inversión de roles, en la que yo fui entrevistado, y —como es justo que suceda con cada entrevistado— salí de ella teniendo una idea ligeramente diferente de mí y de mi trabajo; y con la publicación en Argentina de la más completa colección de mis ensayos.² Pero, sobre todo, lo que obtuve de este encuentro fue una forma de mirar la historia italiana, de la cual me he ocupado —el fascismo, la ocupación nazi, la violencia y la resistencia— en una visión comparada y más amplia que me enseñó otra perspectiva y me dio mucha más profundidad.

Por esto, leo este libro como un raro privilegio: como un espejo que me revela el sentido y la utilidad de mi trabajo a través del uso creativo que hacen de él los investigadores y académicos, especialmente los jóvenes, que —al igual que la estudiante que tomaba apuntes selectivos— eligen lo que les sirve, lo leen de maneras también imprevistas y, para mí, reveladoras, y dejan a un lado el resto. Es exactamente lo contrario a la “aplicación” de una teoría o de un método: es la intención, por parte de cada uno, de una teoría y de un método propio sobre la base de su experiencia, de la realidad en la que operan, y de los objetivos de su trabajo. Como cualquier trabajo intelectual digno de este nombre, cada uno de estos capítulos transforma, cambia, desarrolla las premisas teóricas y metodológicas; y mientras se focaliza en un objeto específico, contribuye al progreso y al cambio de toda la disciplina. Lo que

² Portelli, A. (2016). *Historias orales: Narración, imaginación y diálogo*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación; Rosario: Prohistoria Ediciones. <http://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/69> [N. de la t.]

me sorprende en todas estas intervenciones es, precisamente, la conciencia de este diálogo, la capacidad autorreflexiva de pensar sobre cómo las propuestas teóricas y metodológicas iniciales evolucionaron durante la investigación y su presentación. Por lo tanto, leí muchos de los capítulos de este libro como la continuación de un diálogo, en el cual cada capítulo responde a mis preguntas y me hace nuevas, en un intercambio que aún está abierto y sin terminar.

Pienso en su división, original y sin embargo tan adecuada, que parece *a posteriori* casi inevitable: *resistencia*, temáticas *incómodas*, voces *representativas*. Nunca lo pensé, pero la esencia de la historia oral está aquí. *Resistencia*: la historia oral parte del reconocimiento crítico de la presencia activa de sujetos que la historiografía idealista consideraba “sin historia”; sujetos que están afuera de las puertas del paraíso, que empujan por entrar en él, que dudan de que exista un paraíso, que quisieran un paraíso totalmente distinto, o ningún paraíso, de hecho. Narraciones *incómodas*: muy a menudo la memoria ha sido pensada como algo gratificante, que ayuda a construir una imagen aceptable de una persona, de un grupo social, de un Estado. Puesto que escucha voces no autorizadas, la historia oral es implícitamente desagradable para el poder; sin embargo, pronto aprendimos que no podíamos darle a nuestro trabajo ni siquiera una función reconfortante para aquellos que se oponen al poder. Las preguntas que hacemos pueden, y deben, ser incómodas, incluso para nosotros; cuestionar nuestras propias certezas en lugar de construir mitos alternativos e igualmente unidimensionales de aquellos a los que nos hemos resistido. No quiere decir que aquellos que están fuera del paraíso siempre tengan la razón y que, a su vez, no estén llenos de contradicciones. Y, finalmente, voces *representativas*: aquí está la esencia misma del método cualitativo. Las voces no son todas iguales, no son mecánicamente comparables, sino que deben ser pensadas e interpretadas cada una a su modo. No existe una memoria “colectiva” que no sea simplemente la conjugación, el encuentro y la confrontación de múltiples memorias personales. Por lo tanto, una voz “representativa” no lo es en el sentido estadístico de una voz “normal”, sino en el sentido, diría artístico, de una voz excepcional que es capaz de reunir en sí misma las instancias de toda una realidad social —la voz de Dante Bartolini en Terni, la de Annie Napier en Harlan o la de Chicha Mariani en La Plata.

La voz resistente, incómoda y representativa de Chicha Mariani es, al final, una indicación del camino que la historia oral ha buscado e intenta seguir; el camino de quien dice la verdad al poder, y que no la calla a sí mismo. Este libro es un buen paso adelante en esta dirección.

Lo que hace diferente a este libro

En septiembre de 2013 Alessandro Portelli dictó un esperado curso de historia oral en la Universidad de La Plata. Esa intensa semana dio lugar al encuentro de un grupo de estudiantes provenientes de diferentes campos disciplinarios, de distintas trayectorias académicas y de diversos espacios geográficos; todos ellos coincidían en la necesidad de escuchar a un reconocido intelectual, cita obligada de todos los convocados por la historia reciente.

De esa semana, intensa y por demás enriquecedora, permanece el recuerdo de un clima de trabajo afable y distendido, sin academicismos superfluos, como solo sabe crear quien vive de acuerdo a las ideas que sostiene y manifiesta; y también de reflexiones intelectuales y metodológicas que convivieron con la transmisión de experiencias de la propia labor investigativa, resultando estas últimas tan iluminadoras como las primeras (Gorza, 31.10.2017).¹

La expectativa de su llegada era también la respuesta a múltiples lecturas fragmentarias de su obra, a la difusión de algunos de sus artículos en diferentes idiomas, a la imposibilidad de contar con herramientas metodológicas que enseñaran cómo hacer historia oral y a la búsqueda de consolidar el campo de los estudios de la historia reciente, con un énfasis particular en el abordaje de las memorias. Estos fueron algunos de los interrogantes que se pusieron en discusión en aquel seminario que nos permitió descubrir a la obra

¹ Como parte del trabajo de coordinación de este libro, les pedimos a las y los autores que escriban unas breves reflexiones en torno a lo que implicó el trabajo sobre el libro en general y el trabajo en equipo en particular. Citamos parte de estas reflexiones, con la fecha en la que recibimos dichos textos.

y al maestro detrás de ella. Sin embargo, todos los allí presentes esperábamos develar de algún modo el secreto oculto que había en la historia oral y que se traducía —según nuestra idea preconcebida— en el éxito indiscutible de una entrevista. Lo que sorprendentemente cambió la mirada de quienes constituimos su ávido público fue que, según nos enseñó Portelli, no existen recetas establecidas para hacer una entrevista; que estas no obedecen a indicaciones de manuales, comunes en las metodologías de investigación cualitativa de fuerte arraigo en las ciencias sociales. Teníamos que poner sobre la mesa las mismas bases de una buena conversación: el respeto, los modales, la paciencia y, sobre todo, una atenta escucha. De la misma forma, reconocer que tanto el/la interlocutor/a como el/la investigador/a tienen diferentes agendas al momento de establecer un diálogo; que son esas mismas agendas las que se cruzan con la identidad, las trayectorias, los pasados y los sentidos de los hablantes, y que es justamente en este espacio en donde se constituye el trabajo del historiador oral. Aún más: aprendimos también que no toda entrevista se convierte inmediatamente en un ejercicio de historia oral; que tal empeño implica un ejercicio de aprendizaje, de construcción performativa de las fuentes, de una mirada —*entre/vista*— que requiere empatía y confianza y de un esfuerzo por construir un diálogo *entre y más allá* de las diferencias. Ahora bien, el resultado de este aprendizaje debía volcarse en un trabajo original, producido por los/as asistentes, en el que se pusieran en valor estos elementos en un avance de tesis, un artículo académico o una reflexión metodológica. Luego de la lectura y corrección de aquellas producciones se seleccionaron los mejores trabajos, los cuales tenían todas las potencialidades y las riquezas teórico-metodológicas de la historia oral. El resultado de esa experiencia fundante es el origen de los capítulos que integran este libro.

Sin embargo, este ejercicio no terminó allí. Todo lo contrario, aquí empezó una nueva etapa: la de transformar estas producciones aisladas en una construcción colectiva de historia oral que aglutinara no solo esta metodología, sino algunas afinidades temáticas, temporales, espaciales y generacionales, entre otros factores; y que respondiera a un nuevo desafío del campo científico, en cuanto divulgación de resultados originales. Por tanto, este libro no responde a la tradicional modalidad de articulación de capítulos vertebrados por una temática afín y recibidos por un/a compilador/a, quien tiene la responsabilidad de hacer un análisis comentado de textos. Con él apostamos

a la elaboración colectiva de nuestros trabajos poniendo en discusión miradas disciplinares conjuntas o distantes, trayectorias académicas y avances de investigación en los que la historia oral fue la excusa enriquecedora de interpretación, o bien la herramienta dislocadora de hipótesis anteriormente concebidas. No obstante, en todos los textos que integran este libro la historia oral obró como disparadora de elementos antes no explorados, silenciados, omitidos, relegados u olvidados.

Una de las cosas que más me fascinó del trabajo compartido fue poder vivir que la influencia de Portelli en las investigaciones locales -debido a la apropiación selectiva de sus “herramientas”-, era mucho más diversa y rica de lo que podría haber imaginado previamente. Los cruces entre distintas tradiciones, las variadas derivas a partir de una misma cita, las distintas lecturas sobre sus implicancias y tensiones, fueron algunos de los aprendizajes que propició la edición de este libro (Abbattista, 27.10.2017).

Empero, estas coincidencias no bastaron para dar unidad a un libro de historia oral. Lo que hace diferente a este libro, entre muchas otras cosas, es que no responde, en su división, a abordajes tradicionales, a conceptos y categorías canónicamente consolidados —represión, militancia, terrorismo de Estado, género— o a delimitaciones geográficas y temporales. Esta fue, precisamente, la reflexión que Anabella Gorza elaboró sobre su trabajo:

Al momento de la primera escritura, se había presentado el interrogante de cómo desarrollar una mirada de género, central en mi investigación, a partir de una obra que solo tangencialmente ha contemplado cuestiones afines a la misma. Claro que esa perspectiva se plasmó en el análisis desde un primer momento, porque quien investiga hace hablar a las fuentes en función de sus intereses, conocimientos y de las categorías que trae consigo; algo que se hace presente desde el momento en que tiene lugar esa instancia dialógica que es la entrevista. Sin embargo, el trabajo en equipo me puso en contacto con las producciones de compañeras que también adoptaban la perspectiva de género, desconocidos para mí hasta ese entonces, pese a compartir un mismo espacio académico, y muy grata fue la sorpresa al descubrir que nuestros trabajos, aunque habían sido

concebidos de manera independiente unos de otros, establecían un diálogo por demás interesante y enriquecedor. La decisión de no incorporarlos en un mismo apartado, respondió al deseo de no confinarlos a un espacio aislado y sin conexión con los demás textos, porque pensamos que dicha perspectiva es más fructífera si dialoga con otras miradas. Ahora bien, los ejes de análisis elegidos no inhabilitan lecturas transversales entre capítulos de diferentes apartados en función de otros criterios que quedarán a consideración de las y los lectores (Gorza, 31.10.2017).

Tomando en cuenta estos elementos, decidimos mirar los capítulos como relaciones transversales y no conceptuales, en los que privilegiamos las atenciones categoriales acompañadas por el análisis y las voces de múltiples actores. En este sentido, la primera parte de este texto aborda la *resistencia*, la cual da cuenta de los acontecimientos, de las narrativas del mundo obrero y de los derroteros de la violencia política en las militancias. En una segunda instancia consideramos las temáticas *incómodas*, en el sentido de que exploran los vestigios del patriarcado presentes en las organizaciones armadas, el silencio impuesto por la violencia sexual en tiempos del terrorismo de Estado y las representaciones sociales del disciplinamiento a través del terror, temas en los que confluye lo no hablado o lo simplemente desplazado por ausencia o quizá por saturación. Finalmente, construimos el último apartado relevando historias *representativas*, las cuales recogen las voces de únicos narradores que ligan lo personal, lo biográfico y lo subjetivo con lo social, lo histórico y lo colectivo (Portelli, 2016).

Asimismo, este libro es diferente porque también Alessandro Portelli es un intelectual diferente. Así nos lo demuestra Lucía Abbattista en el capítulo introductorio, en el que no solo aborda el impacto de la obra de Portelli en la Argentina, sino que también historiza los aportes de sus trabajos clásicos sobre tres puntos de análisis: la historia oral como proyecto democratizador de la sociedad y la cultura; los trabajos sobre la memoria de la clase obrera, y sus aportes en las disputas de las memorias del antifascismo en Italia. La autora afirma que así como la obra de Portelli fue la respuesta a un contexto de activación de la derecha italiana a mediados de los años 90, en Argentina sirvió de inspiración para derribar los muros de silenciamiento y los intentos de olvido de un pasado traumático para dar lugar a la construcción de una

memoria colectiva basada en los principios de verdad, justicia y memoria. Es un texto que también está pensado para enseñar historia oral y que aborda los contextos enunciativos y de producción de la obra de Portelli no solo en Italia, sino en Estados Unidos y América Latina.

Lo que más disfruté fue la posibilidad de profundizar en las obras de aquellos que fueron sus referentes y en las experiencias colectivas de las que ha sido parte: un mundo artístico, intelectual, editorial, italiano comprometido y activo, del que solo tenía vagas referencias previas (Abbattista, 27.10.2017).

En su texto “Entre memorias e historia: lucha, amistad y terror en Santa Fe, 1974” Andrea Raina reflexiona sobre las diferencias entre memorias, historias e historia, a partir de una acción represiva ocurrida en la ciudad de Santa Fe, producto de una política sistemática de persecución para generar terror en cada localidad del país. En este capítulo no solo se ponen en tensión narrativas precedentes a la última dictadura militar, sino que se dialoga con la construcción memorial respecto a los sentidos de las acciones políticas y político-militares de los años 70 que perduran hasta el presente. Lo que hace diferente a este capítulo es la forma como se construyen los relatos, sobre todo los familiares, que no se originan en una correspondencia temporal o intencionada, sino que se elaboran en diferentes tiempos, propiciados en la cotidianidad, y que incluso definieron las orientaciones profesionales de la autora.

A diferencia de la escritura que estamos habituados a realizar en función del campo disciplinar que hemos elegido (en mi caso historia); el ejercicio de historia oral que nos propusimos abrió una puerta de posibilidades que no solo agilizó y enriqueció aquel *habitus* sino que, por sobre todas las cosas, me permitió reflexionar sobre mis propias elecciones, prácticas e interpretaciones personales y profesionales [...] La historia que me propuse reconstruir, que se encontraba detrás de las memorias sociales arraigadas y de las historias familiares tantas veces escuchadas, es una historia de militancias, de resistencias, de violencia política; es una historia que de alguna manera atravesó mi vida en muchas de mis elecciones e intereses actuales (Raina, 21.10.2017).

“La otra resistencia. Reflexiones sobre silencios, violencias y género en la Resistencia peronista (1955-1965)” de Anabella Gorza, analiza las razones que condenaron a la Resistencia peronista, desplegada durante los diez años que siguieron al golpe de Estado de 1955, a un lugar marginal en la memoria colectiva respecto de otros períodos históricos. Asimismo, da cuenta de otro silenciamiento, aquel que eliminó a las mujeres de los relatos sobre la Resistencia, o que las condenó a un papel de mero apéndice de actividades llevadas a cabo por militantes varones. El análisis toma como base la perspectiva de género vinculada con los aportes de la historia oral, desarrollado a través de entrevistas propias realizadas a militantes de la época, junto con entrevistas disponibles en archivos públicos y testimonios extraídos de libros de divulgación y películas. No obstante, expresa la autora, estos distintos soportes fueron un desafío que pudo allanar y concatenar gracias a la historia oral.

Lo que parecía ser una limitación contenía interesantes dimensiones de análisis que me permitieron darle un tratamiento no tradicional a esas entrevistas y a otros materiales de historia oral que iba acumulando; esos retazos de historias, muchas veces incoherentes, fragmentados, para los que no encontraba un hilo conductor acorde a mis expectativas de lo que debía ser un trabajo de investigación, y para lo cual me resultaron muy iluminadoras sus reflexiones sobre la memoria y sobre la violencia. Memorias monumento, memorias fosilizadas, memorias individuales y colectivas, públicas y privadas. Capas de memoria que se superponen y un presente que fluye, que ya ha pasado a ser pasado, y que nos obliga a preguntarnos permanentemente por los nuevos sentidos construidos (Gorza, 31.10.2017).

Otra historia resistente es la que nos presenta Axel Binder con su trabajo “Cuatro miradas sobre el ‘Trelewazo’. Memorias en torno a una experiencia de lucha popular”, en el que señala que la memoria no es homogénea como tampoco lo fueron los actores involucrados, ni las posiciones políticas asumidas, ni los intereses puestos en juego. Un variado mosaico de sentidos se despliega en torno a su significado, en el que se podrían identificar dos formas predominantes de memoria: una liberal y otra popular. Lo que se juega entre ambas, afirma Binder, es la representación de una inédita experiencia política

de masas. Este acercamiento a la historia oral significó para el autor una reflexión profunda sobre la objetividad a través de la entrevista.

Me reveló la futilidad de tales advertencias “metodológicas” y de pretender establecer una distancia profesional en un diálogo entre dos personas [...] La empatía y la proximidad me permitieron entender, con pocas palabras sin demasiadas explicaciones, de dónde y por qué era que esos recuerdos dolían en ella. Fui entendiendo que uno puede conmoverse e involucrarse con el relato, y aun así obtener lecciones para la historia (que son en realidad para el presente). La empatía no inhabilita la dimensión analítica, por el contrario la enriquece, haciéndonos más receptivos para entrar en contacto con otras tramas históricas y con otras texturas de la memoria; aspectos subjetivos (pero objetivables) de una riqueza humana que pocas fuentes pueden aportar; solo hay que saber escuchar. Así fui entendiendo que la historia oral es mucho más que una entrevista (Binder, 27.10.2017).

Nada más incómodo para una sociedad que tiende al silencio y al olvido que poner en escena la memoria de la represión sobre los cuerpos de las mujeres en contextos dictatoriales y de violencia. Sobre ello, justamente, escribe Victoria Álvarez en su texto “Género y violencia: memorias de la represión sobre los cuerpos de las mujeres durante la última dictadura militar argentina”. Allí da cuenta de las distintas formas de la violencia sexual a las que fueron sometidas las mujeres en los centros clandestinos de detención y reflexiona sobre el lugar que tuvieron las (im)posibilidades de escucha de sus vivencias y sus experiencias. Según la autora,

las narraciones sobre violencia sexual resultan inescindibles de su carácter de denuncia. Al desplazarse levemente del lugar, casi excluyente, de víctimas deshumanizadas se abren caminos para la reflexión acerca de la capacidad para actuar en condiciones de extrema vulnerabilidad que las lleva a contar sus respectivos “no”, a enunciar sus homenajes a quienes ya no están y presentarse como aquellas que quieren y pueden atestiguar [...] Narrar lo vivido -y entre otras cosas, las resistencias y solidaridades- es también una forma *a posteriori* de resistir, de enfrentar la impunidad y de combatir la imposibilidad de escucha.

Un trabajo de historia oral, se vuelve entonces una reflexión mucho más sensible a lo que los sujetos vivieron, sintieron y recuerdan. Particularmente en mi investigación, más allá de confirmar que hubo distintas formas de violencia sexual en todos los centros clandestinos de detención del país, me permitió indagar en las posibilidades que tuvieron de narrar sus experiencias luego, lo que significó para ellas esta forma específica de violencia y lo que significa poder contarlo actualmente en distintos ámbitos (Álvarez, 31.10.2017).

Por su parte, Eleonora Bretal recupera, en su *“No estar metido en nada: vivencias y representaciones de obreros de Swift (Berisso) en torno a la época de los militares”*, las representaciones y recuerdos de los trabajadores del frigorífico en los años 70, que evocan los acontecimientos más resonantes de la violencia política paraestatal y estatal de la década, y enfoca su perspectiva en dos tipos de narraciones: las de los obreros que fueron militantes y las de aquellos que no tenían militancia de izquierda. Asimismo, analiza las memorias obreras en dos sentidos. El primero explora las huellas del disciplinamiento social que fue llevado a cabo a través del terror, en la rememoración de escenas de la vida diaria en las cuales aparece la violencia estatal, camuflada de cotidianidad.

En esos detalles y apreciaciones que ofrece la memoria puede jugarse el sentido de la historia; en esa textura que pone de relieve la historia oral es que algunas nociones teóricas adquieren materialidad. El terrorismo de Estado -como concepto- se despoja de toda abstracción y se hace concreto en el recuerdo de Ernestina: el miedo, sutil pero constante, con el que coexistía: de que su hija, debido a sus problemas auditivos, no se detuviese ante una “voz de alto” y se *la llevaran* [...].

Bretal advierte que algunos relatos obreros, al posicionarse como “actores externos”, reproducen una estructura narrativa de memoria análoga a la de los “dos demonios”. Pero escuchando con atención, descubre una diferencia fundamental *“la mayoría de los entrevistados no manifestó miedo a ambos ‘demonios’. Los operarios asociaron las situaciones de temor solo al proceder de los agentes represores y no al de la izquierda armada”*. Una mirada poco incisiva, atrapada en la textualidad del enunciado, hubiese

reproducido el ideario de “gente común”, como de terceros inocuos; como si fuese una parte del pueblo escindida de la trama de relaciones sociales afectadas por la dictadura, y al abrigo del disciplinamiento que desplegó el terrorismo de Estado; olvidando que es precisamente para escarmiento de ellos que resuena el suplicio (Binder sobre Bretal, 27.10.2017).

El segundo registro examina los sentidos comunes y las zonas grises en los relatos de sus entrevistados, al destacar su ajenidad en el contexto de la dictadura.

La postura de “no estar metido en nada” durante la *época de los militares* señalada por varios trabajadores entrevistados, que aparece como una tercera posición de rechazo a la violencia ejercida por otros actores, y que está ligada a su no reconocimiento como víctimas, a pesar de las experiencias de disciplinamiento social vividas, puede ser asociada a la aceptación de “zona gris” utilizada por Portelli. La “zona gris” alude a la sociedad italiana “que no tomó partido” entre la Resistencia y el fascismo. Las referencias a “no estar metido en nada” en la última dictadura argentina y “no tomar partido” en el fascismo italiano compartirían ser parte de sentidos comunes de sus propias sociedades, que aluden a una ajenidad de los hechos históricos y a una no responsabilidad de la violencia y de las relaciones entre las víctimas y sus perpetradores (Bretal, 1.11.2017).

En su trabajo “Violencia política, memoria y género: mujeres del Frente Patriótico Manuel Rodríguez” nuestra compañera chilena Javiera Robles expone la invisibilidad de las mujeres en la historia en cuanto actores sociales, así como en el análisis historiográfico. Por tal motivo, su capítulo indaga en la trayectoria de mujeres que integraron el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), brazo armado del Partido Comunista Chileno. Mediante el análisis de entrevistas, la autora aborda los aspectos subjetivos de la militancia, problematizando los silencios imperantes dentro de los relatos de la organización y visibilizando, desde una perspectiva feminista, las tensiones y las dinámicas internas, lo cual complejiza, a su vez, los discursos oficiales de la militancia armada. Construye esta mirada en dos espacios: el primero se ubica en el escenario nacional donde se sitúa la rememoración de la historia militante de las entrevistadas, tomando en consideración la conmemoración de los cua-

renta años del golpe de Estado en Chile, lo cual posibilitó nuevas condiciones de decibilidad y audibilidad. En una segunda parte, analiza la experiencia de la violencia política de las militantes y su trayectoria, aquello que decantó en el ingreso al FPMR, y problematiza cómo el ejercicio de la violencia repercutió a la hora de poner en sentido sus recuerdos en el acto de las entrevistas.

Ante la falta de registro escrito, la oralidad adquiere una potencia central, sobre todo cuando esa oralidad y transmisión de experiencias se centra en *develar* las subjetividades que permean lo político, problematizando no solo las preguntas que le hacemos al pasado, sino a la propia relación pasado/presente. Posibilita también fijar la mirada no en los grandes acontecimientos ni en el relato de lo heroico, sino en lo que dejó huella, en los grises de la historia, en las cotidianidades de la vida, politizando lo históricamente considerado no-político y reposicionando a las mujeres en la historia (Robles, 1.11.2017).

Finalmente, el último apartado de este libro aborda las *historias representativas*, enmarcadas en únicos relatos, biográficos o mitológicos, en los que se intenta demostrar cuál es el peso que tiene lo personal, lo biográfico y subjetivo en relación con lo social, lo historiográfico y lo colectivo. Los tres trabajos apuntan a dar cuenta de la pregunta metodológica sobre si es posible generalizar a partir de experiencias individuales y si se pueden reconstruir uno o varios hechos históricos, transitados por una misma persona o colectivo, a través del tiempo. En este sentido, el capítulo de Patricia Flier titulado “*El dolor no desaparece jamás y el exilio es un dolor*. Horacio Abdala, una reflexión en torno a la experiencia exiliar de un trabajador bancario” se propone contribuir a la visibilización de la historia de los exilios de los/as trabajadores/as a los que se vieron forzados millares de argentinos/as en tiempos del terrorismo de Estado en Argentina. El trabajo profundiza en dos aspectos: el primero, el exilio de los obreros —y no el de los dirigentes sindicales, experiencia algo más trabajada en el campo académico—; y el segundo, el fenómeno del *exilio de los miedos*, un estado de ánimo que perduró en este actor, no obstante haber transcurrido 40 años desde la obligada partida inicial. El vértice de este texto es Horacio Abdala, un ex trabajador bancario, quien recorre esta y otras experiencias, relevando las implicaciones personales que tuvieron el exilio y

sus múltiples retornos a la Argentina, marcados por la pérdida, la frustración y el miedo.

Entre varios testimonios resguardados escogí uno. La porfiada búsqueda por reencontrar los sentidos del pasado y su ilación con el futuro, sus preguntas dolientes sobre las fracturas que el exilio impuso a su vida y su ansiedad por recobrar la voz silenciada por el miedo, entre otras cuestiones y razones, hizo que esta serie de entrevistas mantenidas con un ex trabajador bancario, Horacio Abdala, reuniera todos los requisitos necesarios para impulsar esta reflexión académica sobre la experiencia del destierro vivida por un integrante del mundo del trabajo argentino (Flier, en este libro).

La segunda historia representativa que compone este apartado es el texto “*Por la paz haremos hasta lo imposible, incluso la guerra*’. Entre holocaustos y militancias: memorias del M-19 a través del relato de Vera Grabe Loewenherz”, de Lorena Cardona González. Este trabajo, a diferencia de los otros capítulos, basa su análisis en el libro biográfico *Del silencio de mi cello. Razones de vida* (2011) de la militante colombiana, en el que da cuenta de su historia de vida y también del modo como se fue configurando política y socialmente Colombia a partir de la década de 1970, período de fuerte radicalidad política en América Latina. Su vida se mueve y es atravesada por acontecimientos nodales en el ámbito nacional; asimismo, su trayectoria está signada por diversos factores personales y colectivos como la migración de sus padres desde Alemania, víctimas del Holocausto, y su posición como mujer dentro de las tramas del poder y de la subversión organizada.

El silencio de mi cello. Razones de vida no es un documento que pueda leerse o interpretarse bajo la premisa de la cronología o la coherencia, es más, ninguna historia de vida pretende llegar a ello. Obviamente, los mecanismos que contienen y configuran el recuerdo, y la manera como ellos mismos se elaboran en la escritura, no obedecen a las formas convencionales del lenguaje o a los esquemas habituales de la ciencia social en la que todo se “compagina” de manera armónica (Portelli, 2016). Por el contrario, una historia oral o una escritura sobre vivencias personales es una pretensión comprensiva sobre las formas en las que los sujetos

se instalan en la historia y le dan sentido a la misma. En este sentido, la construcción que hace Vera Grabe de su vida, de su participación en el M-19 y de su actual visión del país está constantemente permeada por los elementos identitarios que la constituyeron, por los cruces biográficos y familiares que definieron su accionar, por las consecuencias y dilemas a los que se vio enfrentada como madre y militante, y por las omisiones y aplazamientos que ella asume al haberse comprometido con el país (Cardona, en este libro).

Cierra este apartado el texto de Yazmín Conejo “La leyenda de la *X'tabay* en la Península de Yucatán, México. La *performance* cíclica y el imaginario colectivo en el paso de la oralidad a la escritura”, en el cual la autora analiza la leyenda de la *X'tabay* como una *performance* que le permite ir de la oralidad a la escritura y de la escritura a la voz a través de las múltiples resignificaciones de la leyenda dentro del imaginario colectivo de la Península de Yucatán. Asimismo, describe los cambios entre las historias orales y las narraciones literarias, rastreando los olvidos y las repeticiones que se han transmitido de generación en generación. Para tal efecto, Yazmín recurre a varias fuentes, orales y escritas, tales como textos históricos y antropológicos, adaptaciones literarias de las fuentes orales y dos canciones. Con estos soportes demuestra cómo la oralidad puede volverse tangible por medio de la escritura, y cómo esta puede perdurar en el “largo” tiempo —en este caso, a través de la leyenda de la *X'tabay*— e incluso traspasar fronteras.

Cuando hablamos de historias de transmisión oral que incluyen, en mi caso, la cosmogonía de pueblos ancestrales, la historia oral es base para rescatar esas subjetividades muchas veces perdidas entre las versiones del tiempo, las diferentes adaptaciones de una misma historia o los contextos cambiantes. En el trabajo que yo realizo, la historia oral es la conexión de la leyenda transmitida de generación en generación desde hace poco más de un siglo, según los pocos registros que hay al respecto; y complementado con la literatura que se gestó a raíz de las historias orales compartidas. Sin la historia oral ninguna de las versiones literarias de la leyenda de la *X'tabay* tendría una razón o vinculación entre ellas ni con el pasado precolombino; si acaso alguna de estas versiones llegara a sobre-

vivir, su estudio se centraría en un análisis literario estático e inmerso en la narratología, impidiendo la *performace* de movilidad e inmovilidad que le permite a la leyenda trascender. En este sentido, fue importante ver aquello que se transmite a través de la repetición, lo que se omite, lo que se olvida o “mal recuerda” con el paso del tiempo; porque ahí radican los significados (Conejo, 01.11.2017).

Un escenario importante en el que se enmarca esta obra es el espacio institucional que la acompaña, y en este sentido la Universidad Nacional de La Plata se ha constituido, desde el año 2000, en un ámbito académico de referencia regional e internacional por su decisión de trabajar en la construcción y consolidación del campo de los estudios en historia reciente. En este marco, se han dedicado enormes esfuerzos para entablar diálogos con diferentes universidades y con diversos académicos, como también para la organización de coloquios, congresos, seminarios, publicaciones; y, finalmente, para la creación de carreras de posgrado y trayectos formativos que se instalan y piensan sobre las cuestiones teórico-metodológicas que permiten comprender y explicar un *pasado que no pasa*. Entre las muchas iniciativas relacionadas con este tópico se encuentra este libro, que reconoce como antecedente y motivo de encuentro a la obra de Alessandro Portelli *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo* (2016), cuya traducción y coordinación estuvieron a cargo de quienes escribimos este texto. Ese libro, que contiene casi cuarenta años de su trabajo y de su vida, reúne las voces, los acontecimientos, las personas que le dieron forma, pero que también fueron el desarrollo y la transformación de la historia oral,

de pariente pobre y marginal de la historiografía “seria” a convertirse en un instrumento de conocimiento articulado y reconocido, que ya no tiene que defender su dignidad de los prejuicios y las críticas positivistas sino que ha sabido servirse de ellas para elaborar una metodología cada vez más sofisticada y consciente, sumando a la credibilidad referencial la centralidad del diálogo y de la subjetividad (Portelli, 2016: 12-13).

Hacer historia oral es aprender a escuchar al otro/a, y nosotros aprendimos a escucharnos y a trabajar colectivamente. Este libro está lleno de complejidades y solidaridades, pero además de desafíos políticos, metodológicos

y éticos que aparecen en tiempos en los que emergen políticas de olvido, de silenciamiento, de omisiones y desplazamientos provocados por un neoliberalismo global que desprecia el pasado y privilegia un futuro cargado de promesas improbables. Estos tiempos también afectaron la escritura de este libro, particularmente por las aprehensiones que renacieron en algunos de los/as entrevistados/as, las que nos pusieron en tensión y nos corrieron de las certezas y consignas con las que realizábamos nuestra tarea de historiadores/as. Sin embargo, estos desafíos son inherentes al trabajo con la historia oral, el cual nos compromete desde el distanciamiento crítico requerido por nuestro oficio, sin perder la necesaria sensibilidad para escuchar y comprender al otro/a. Por último, trabajar con testimonios y personas vivas implica adoptar mayores vigilancias epistemológicas para escribir buena historia. Es por esta y por muchas de las razones aquí expuestas que este libro es diferente: diferente en su concepción y abordaje, diferente en su consecución y propuesta, diverso y divergente; pero ante todo, esperamos que sea convocante e inspirador de muchos otros.

Patricia Flier - Lorena Cardona

La Plata, diciembre de 2017

Referencias bibliográficas

- Portelli, A. (2016). *Historias orales: Narración, imaginación y diálogo*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación; Rosario : Prohistoria Ediciones.
- Grabe, V. (2011). *El silencio de mi cello. Razones de Vida*. Bogotá: Observatorio para la paz.

Lo que hace diferente a Alessandro Portelli

Lucía Abbattista

Lo que hace que una memoria sea democrática es la pluralidad,
y no que sea compartida [...]

La memoria está dividida, y sí... tiene que estar dividida.

Alessandro Portelli, *Historia y relato oral*

(Jaschek y Raggio, 2005, p. 38).

En abril del 2002, cuando aún resonaban por las calles argentinas las consignas *piquete* y *cacerola*, *la lucha es una sola* y el famoso *que se vayan todos*, las actividades universitarias comenzaron a restablecerse lentamente, entre huelgas y movilizaciones en defensa de la educación pública. En ese contexto, en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) se realizó el *I Coloquio Internacional de Historia y Memoria*, organizado por un colectivo de docentes e investigadores de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE), preocupados por el desarrollo de la historia reciente y vinculados con el trabajo de la Comisión Provincial por la Memoria (CPM). Los invitados internacionales al Coloquio mantuvieron su compromiso de viajar a pesar de las dificultades presupuestarias impuestas por la crisis y la inestabilidad política. Junto a Enzo Traverso, Marcello Flores, Josefina Cuesta Bustillo y Bruno Groppo, llegó por primera vez a La Plata Alessandro Portelli.

Sabemos que no fue su primera visita al país. Durante los años 90, con la difusión de algunos de sus trabajos de la mano de Dora Schwarzstein, se había vinculado con investigadores locales que participaban en los congresos internacionales sobre historia oral. Sin embargo, el vínculo que desarrolló desde entonces con el colectivo de La Plata fue diferente. En su gran mayoría,

quienes asistieron al coloquio apenas habían oído hablar de él con anterioridad, pero quedaron cautivados por sus intervenciones. Muchos destacan hoy la huella que dejó su reivindicación de los estudios a escala de los individuos; su atención a la subjetividad; el clima que envolvió a su conferencia sobre los mitos, rituales y símbolos en el caso de las Fosas Ardeatinas¹ y también lo sugestivo que resultó el interés con que registraba los pliegues de aquella Argentina convulsionada.

Del trabajo de aquel coloquio nació, a fin de año, la Maestría en Historia y Memoria, un ámbito de formación al que Sandro contribuyó profundamente con sus producciones escritas y visitas. Sus viajes periódicos a La Plata, desde entonces, nutrieron a distintas camadas de estudiantes e investigadores latinoamericanos de diferentes disciplinas. Ese es precisamente el caso de quienes hoy publicamos este libro junto con Patricia Flier. Ella fue quien lo convocó para el primer coloquio y construyó una amistad duradera. Las demás autoras y autores fuimos parte del grupo de estudiantes de posgrado que disfrutó uno de sus seminarios intensivos en septiembre del año 2013 y mantenemos a partir de aquel evento una relación basada en un profundo reconocimiento.

Aquel seminario se distinguió, creemos, por la cantidad de emociones y proyectos que movilizó. La visita compartida a la Casa Mariani Teruggi, un sitio de memoria local que se había nutrido de sus escritos para pensar sus propios mitos y silencios, y el recorrido posterior por las ruinas del Berisso industrial, que Portelli había conocido a partir de la obra de Daniel James, calaron hondo. También nos visitó al año siguiente, justo en aquellos días de agosto en que Estela de Carlotto, la presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo, recuperó a su nieto, y “Chicha” Mariani recordaba el nacimiento de su nieta apropiada, Clara Anahí; de allí que con Laura Lenci hayamos disfrutado de la oportunidad grandiosa de acompañar sus entrevistas a ambas referentes platenses del movimiento de derechos humanos.

Del seminario de 2013 surgió además la necesidad de conocer y difundir

¹ Poco después publicada en la revista *Sociohistórica. Cuadernos del CISH* con el título “Las fronteras de la memoria. La masacre de las Fosas Ardeatinas. Historia, mito, rituales y símbolos” (Portelli, 2002a). Aquel artículo funcionó como anticipo en español de su libro *La orden ya fue ejecutada* (2004). Desde entonces es material de lectura y discusión para todos los ingresantes de la carrera de historia.

su obra en español más allá de los pocos trabajos que por entonces estaban disponibles. Algunas lo veníamos leyendo en inglés, en italiano o en portugués, pero esto limitaba demasiado su circulación e influencia. Con Virginia Sampietro publicamos un clásico en *Aletheia* y Lorena Cardona pensó en traducir uno más nuevo; pero entonces Patricia, decidida, le propuso una apuesta mayor: no podíamos seguir acercándonos a esos 40 años de trabajo de manera fragmentaria. Había que traducir y hacer posible la publicación en español de una antología de su extensa y variada obra. Lorena, con osadía y algo de temor, aceptó el desafío. El fruto de sus dos años de aprendizajes e intercambios cotidianos con Sandro fue *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo* (2016), una compilación que nos enorgullece a todos por la profesionalidad y calidez con que fue realizada.

Hoy Sandro es Huésped de Honor (2013) y Doctor Honoris Causa (2014) de la UNLP, es decir que cuenta con las más altas distinciones que desde esta universidad podemos ofrecer. Lo leen estudiantes de primer año y también de posgrado, pero además tiene la gratitud del movimiento de derechos humanos local, al que los diversos aspectos de su obra —ahora accesibles en nuestro idioma— siguen inspirando.

Dicho esto, lo que podrán leer a continuación es un intento por historizar algunos de los más significativos aportes de sus trabajos “clásicos”; es decir, los que han circulado entre nosotros por más de una década. En especial, nos concentramos aquí en sus desarrollos sobre tres líneas de trabajo, siempre articulados: 1) su apuesta por la historia oral como proyecto democratizador de la sociedad y la cultura; 2) sus trabajos sobre las memorias de la clase obrera; y 3) el impacto de su intervención en las batallas por la memoria del antifascismo.

Recientemente otras dimensiones de su obra comenzaron a interpelar y operar como fuente de inspiración para las investigaciones locales, como se verá en este libro. Pero buscamos, con este primer recorrido, poner sobre la mesa —parafraseando su famoso trabajo en español sobre la historia oral— algo de lo más sustantivo que hizo y sigue haciendo diferente a Alessandro Portelli,² para quienes investigamos con el corazón *abajo y a la izquierda* desde este rincón del mundo.

² Nos referimos al trabajo “Lo que hace diferente a la historia oral” (1991), compilado por Dora Schwarzstein.

¿Qué sabemos de Alessandro Portelli?

Cualquier repaso biográfico es arbitrario, y en este caso es particularmente difícil. Sandro es un multifacético docente e investigador, especialista en literatura y cultura norteamericana, historiador oral, musicólogo, fundador de instituciones culturales, autor de canciones, organizador de colectivos intelectuales, con una extensa militancia política de izquierda, que ha realizado contribuciones en diferentes campos de estudio, irreverente frente a las fronteras disciplinares, sensible ante las sutilezas del lenguaje, que se brinda con especial humildad.

Por sus clases y diferentes entrevistas que brindó sabemos que nació durante la Segunda Guerra Mundial, el 21 de marzo de 1942, en Roma, Italia, pero creció en Terni, una pequeña localidad de la región de Umbría. Su madre era profesora de inglés, lo cual le permitió formarse desde pequeño con esa segunda lengua y su cultura como fuente de atracción.

Como define en su blog personal, sus principales pasiones siguen siendo “la igualdad, la libertad, la docencia, la música popular, la memoria, escuchar los relatos de las personas, los libros, las películas y el rock and roll” y ha procurado “no limitarse a estudiar y escribir sino también a organizar cultura, poner en pie instituciones, fundar revistas, compartir con otros a través de discos y libros, aquello que aprendí, organizar eventos, conciertos, encuentros, involucrar personas más jóvenes y abrirles espacios” (Portelli, 04.05.2006).

De adolescente asistió a un colegio salesiano y una experiencia temprana que lo marcó en sus gustos y orientaciones fue un intercambio estudiantil durante su último año del secundario, con el *American Field Service*, en la región de Los Ángeles (EEUU). Desde entonces siguió muy de cerca —apasionadamente, se podría decir— las derivas del *rock and roll*, las luchas por los derechos civiles, la invasión a Santo Domingo, la guerra de Vietnam, el asesinato de los Kennedy, Malcolm X y Martin Luther King y otras temáticas de los *sixties* norteamericanos (Portelli, 2011).

Sus estudios de grado fueron en la Universidad de Roma. Allí consiguió títulos en Jurisprudencia en 1966 y en Lenguas y Literaturas Extranjeras en 1972. Tempranamente se vinculó con la investigación, con la música y con la militancia política, dimensiones que nunca se van a escindir en su vida, tal

vez por ser parte de esa generación que, a fines de los sesenta, puso en jaque a la izquierda tradicional y cuestionó radicalmente a las instituciones académicas existentes.

En la primera parte de los años setenta visitó por primera vez el condado de Harlan, Kentucky, en un recorrido por la región con el sociólogo David Walls, del *Appalachian Studies Center* de la *University of Kentucky*. Ese viaje, realizado en 1973, le resultó sumamente inspirador por las figuras que tuvo oportunidad de conocer, pero también porque comprobó que mucho de lo que había oído y leído sobre la lucha de clases en esa región ya no era parte de la memoria viva de los nuevos referentes, y al querer conocer más sobre sus motivos, comenzó una relación con esa tierra y su gente.³ Primero consiguió becas para trabajar en el *Appalachian Studies Center* y luego desarrolló un grupo de estudios sobre aquella región en el Departamento de Inglés de la Universidad de Roma, con un activo programa de intercambio cultural que continúa hasta el día de hoy.

También por esos años conoció a Mariella Eboli, su futura esposa, con quien comparte desde entonces toda clase de proyectos, hijos y nietos.

Su carrera como docente universitario comenzó en una sede de la Universidad de Siena, poco después de titularse. Allí enseñó literatura angloamericana entre 1974 y 1981. En ese año se trasladó a la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Roma, *La Sapienza*, para continuar ofreciendo cursos vinculados con la misma área en las décadas siguientes.

Con el tiempo, a pesar de la inmensa cantidad de iniciativas en las que ha participado, la mayor visibilidad pública, nacional e internacional de Portelli ha tenido que ver con su rol como referente de la historia oral. Sus trabajos en este terreno son de lo más variados, aunque aquí han cobrado notoriedad solo algunos de ellos, al lento ritmo de las traducciones: aquellos más específicamente metodológicos sobre la oralidad; los que tratan sobre las memorias de los obreros de Terni en la posguerra; los que abordaron los conflictos por la memoria del antifascismo durante la Segunda República italiana; y los que está desarrollando en la actualidad, concentrados en las memorias de los migrantes, sobre los que brindó conferencias en sus últimos viajes a la Argentina.

³ En su trabajo sobre Harlan publicado por la Oxford University Press en 2011, menciona, por ejemplo, que desde 1986 tuvo la oportunidad excepcional de viajar todos los años a esa región.

Para entender su recorrido y sus inquietudes también es importante destacar que uno de los principales proyectos colectivos de los que Portelli ha formado parte —y lo sigue haciendo— es el Instituto Ernesto de Martino,⁴ fundado en 1966 por Gianni Bosio⁵ y Alberto Mario Cirese,⁶ entre otros, con el objetivo de construir un primer archivo sonoro de Europa. Estos historiadores, pioneros de la historia oral, creían que era necesario buscar fuentes que dieran cuenta de la vida cotidiana y la subjetividad de los obreros y campesinos, y entendían que la música popular era una fuente histórica clave para estudiar a las clases no hegemónicas (Bretal, Matas, Monacci y Nieto, 2014).

Con esos ejemplos y grabador en mano, Portelli comenzó ya a fines de los años sesenta a recorrer Italia de norte a sur, para recuperar canciones que dieran cuenta de las historias de lucha del pueblo.⁷

⁴ Ernesto de Martino (1908-1965) fue un filósofo, historiador de las religiones y antropólogo italiano, nacido en Nápoles, que en los años 50 comenzó una investigación sobre la cultura tradicional de Italia del sur, de Lucania y de la Puglia, las regiones por entonces más subdesarrolladas y excluidas del país. Portelli siempre resalta que de Martino pensaba su trabajo como ciudadano que tenía por objetivo construir una historia compartida, una historia común, inclusiva de aquella multiplicidad de experiencias. El Instituto que hoy lleva su nombre fue fundado en Milán a un año de su muerte y reunió numerosas iniciativas culturales, educativas y de investigación, entre las que se cuenta la mencionada constitución de un archivo sonoro. Sigue funcionando hasta la actualidad —ahora en Florencia— y en su sitio web <http://www.iedm.it/> pueden consultarse sus fondos documentales y actividades programadas.

⁵ Gianni Bosio (1923-1971) fue un historiador socialista de izquierda, nacido en la región de la Lombardía, miembro del Partido Socialista Italiano. Tuvo una intensa actividad antifascista de joven y como intelectual su principal preocupación era la vida cotidiana de la clase obrera. Antes de fundar el mencionado Instituto, fue organizador del grupo de escritores y músicos conocido como *Nuovo Canzoniere Italiano* (1962-1965) de Milán, que fundó una revista, impulsó la realización de espectáculos y desarrolló un proyecto discográfico con música folklórica de tradición combativa.

⁶ Alberto Mario Cirese (1921-2011) fue un antropólogo italiano nacido en Avezzano, de la región de Abruzzo, formado en la Universidad de Roma, con activa participación política. Escribió para numerosas revistas de izquierda y a mediados de los años 50 se sumó a la comisión de cultura del Partido Socialista Italiano. Como estudiante y docente estuvo muy en contacto con Ernesto de Martino y sus perspectivas. En la universidad ofreció cursos sobre tradiciones populares en literatura, antropología cultural y otras problemáticas, en especial en la Universidad de Cagliari, y sus investigaciones han ido de la reconstrucción de historias locales a los grandes debates teóricos sobre cultura popular y cultura hegemónica.

⁷ Similares inquietudes a las que, en el Cono Sur de América Latina, inspiraron a figuras como Violeta Parra, Leda Valladares o Atahualpa Yupanqui. Sin embargo, en el recorrido de Portelli hubo un momento en que su interés se fue desplazando cada vez más desde el registro de las canciones populares hacia los relatos de los músicos populares sobre los temas que interpretaban y sobre sí mismos.

Poco después, en 1972, sin alejarse del Instituto, fue fundador del *Circolo Gianni Bosio*.⁸ El núcleo original de este *Circolo* estuvo en Roma y entre sus primeros objetivos apuntó también a investigar el folklore, la historia oral y la cultura popular italiana para desarrollar un conocimiento crítico y estimular, a su vez, la visibilidad de esta cultura en la sociedad (Portelli, 1999). Como ha señalado Portelli, el *Circolo* comprendió que no podría haber revolución, ni cambio, ni democracia “sin la habilidad y el esfuerzo de recordar, de contar, de inventar, sin la base elemental que es el ejercicio del poder del habla” (1999, p. 6). Ese relevamiento de canciones y entrevistas orales ha contribuido también a construir, en las últimas décadas, una escuela de música y un archivo: el Archivo Sonoro y Biblioteca Franco Coggiola,⁹ abierto al público en general, en el que hacen su aporte investigadores y conjuntos musicales comprometidos para iniciativas discográficas autogestivas.

Durante las últimas décadas, en diferentes intervalos, Portelli ha sido el presidente de la institución, que funciona hoy en la *Casa della Memoria e della Storia* de Roma,¹⁰ lo que le permitió desarrollar esa dimensión propia que lo

⁸ El *Circolo* nació en la casa de la cantautora y etnomusicóloga Giovanna Marini (1937), con la participación, entre otros, del músico Paolo Pietrangeli (1945), integrantes del *Canzoniere del Lazio*, un grupo de teatro y de música que era llamado previamente Colectivo Gianni Bosio, y varias personas sueltas con militancias en el PC italiano o en la nueva izquierda. Tomaron el nombre de Bosio, que había fallecido el año anterior, como una forma de homenaje. Crearon primero un boletín y luego una revista llamada *I giorni cantati*, que funcionó intermitentemente hasta comienzos de los años noventa. Y desde sus primeros tiempos también impulsan actividades educativas y de investigación, así como espectáculos de intervención cultural.

A comienzos de los 90 el *Circolo* había dejado de existir, pero sus integrantes nunca perdieron el interés ni el contacto y relanzaron la institución en 1999. Allí comenzó su segunda vida (Portelli, 2005; Marini, 2005). Es por ese motivo que el artículo de Portelli de mediados de los años 90 que celebra la experiencia del *Circolo* se refiere a la misma en pasado (Portelli, 1999).

⁹ Franco Coggiola (1929-1996) fue un etnomusicólogo y archivista italiano. Al ser muy cercano al grupo Nuovo Canzoniere Italiano en que participaba Gianni Bosio, se sumó en 1965 como investigador y responsable de archivo al Instituto Ernesto de Martino, donde produjo también gran cantidad de trabajos discográficos. Se desempeñó como director del Instituto a partir de 1972 y presidente desde 1981 hasta su muerte. El archivo que lleva su nombre fue fundado en el año 2001 y reúne más de 5000 audios, e incluye, entre otros, el fondo de Giovanna Marini que agrupa grabaciones desde comienzos de los años sesenta.

¹⁰ La *Casa della Memoria e della Storia* de Roma se inauguró en 2006 y reúne a las organizaciones de veteranos antifascistas, de partisanos, de ex presos políticos y deportados, el Instituto Romano para la historia de Italia desde el fascismo a la resistencia y el *Circolo Gianni Bosio*. Está ubicada en un barrio popular y en su edificio funcionó previamente la escuela judía

mueve hacia la intervención cultural y política en sentido amplio, mucho más allá de los márgenes de la academia. Al igual que con la fundación de la revista Ácoma,¹¹ con las colaboraciones para las publicaciones *Il Manifesto*, *L'Unità* y *Liberazione*,¹² como integrante de la junta del IRSIFAR (Instituto romano para la Historia de Italia del fascismo a la Resistencia), en cuanto miembro de la ANPI (Asociación Nacional de Partisanos Italianos) y en el cumplimiento de funciones públicas como la de director general de la Alcaldía de Roma para la protección y mejora de la memoria histórica de la ciudad, cargo que desempeñó entre los años 2002 y 2008.

En lo que hace a la circulación de sus trabajos, por su familiaridad con la lengua y la influencia de sus investigaciones en Estados Unidos, parte de su obra ha sido publicada originalmente en italiano y otra directamente en inglés, con posteriores traducciones al portugués y al español. Sus libros más influyentes en el ámbito internacional salieron a la luz a partir de los años noventa. En Italia actualmente lo publica Donzelli, editorial nacida de un colectivo de intelectuales críticos a comienzos de 1993,¹³ y en Estados Unidos

de Roma (Portelli en Jaschek y Raggio, 2005, p. 39). Más información en www.comune.roma.it/pcr/it/casa_dellamemoria_dellastoria.page

¹¹ Revista internacional de estudios norteamericanos fundada en 1994 por Bruno Cartosio y Alessandro Portelli. Actualmente es dirigida por Donatella Izzo, Giorgio Mariani y Stefano Rosso. Tiene frecuencia bianual y desde el año 2015 solo se publica en formato digital. Disponible en <http://www.acoma.it/>

¹² *Il Manifesto* es un diario italiano de izquierda pero independiente de los partidos, fundado en 1969, propiedad de una cooperativa de periodistas e imprenteros. Portelli colabora en él desde 1972. *L'Unità* es un diario fundado en 1924 por Antonio Gramsci, que hasta el año 1991 fue el diario oficial del Partido Comunista. Luego lo ha sido del Partido Democrático de la Izquierda, de los Demócratas de Izquierda y también de propiedad privada. Actualmente lo edita *Nuova Iniziativa Editoriale*. Por último, *Liberazione* fue un periódico de izquierda publicado entre 1991 y 2014 por el Partido de la Refundación Comunista.

¹³ Donzelli fue fundada en Roma por el editor Carmine Donzelli —de larga experiencia en las editoriales Einaudi y Marsilio— junto con un colectivo de intelectuales, entre los que se encontraba Portelli, “celoso de su autonomía, dotado de gran entusiasmo pero con limitados recursos financieros, que decide en aquel momento poner en juego la experiencia adquirida en años anteriores en torno a la revista ‘Meridiana’, fundando una casa editorial, para enfrentar el mundo que tenía por delante. Un mundo nuevo, post-ideológico, hecho de identidades trituradas antes que de certezas tranquilizadoras, de conflictos complejos antes que de antagonismos definitivos. Y, a pesar de esto, un mundo abierto: al ansia, a las inquietudes, a la curiosidad y la exploración”. En www.donzelli.it/chi-siamo (traducción propia).

lo hacen editoriales universitarias como *State University of New York Press*, Columbia, Wisconsin y *Oxford University Press*.

Entre sus decenas de escritos podemos mencionar, al menos, los libros de su autoría: *La canzone popolare in America. La rivoluzione musicale di Woody Guthrie* (1975); *Biografia di una città. Storia e racconto: Terni 1831-1984* (1985); *The Death of Luigi Trastulli and Other Stories. Form and Meaning in Oral History* (1991); *Il testo e la voce. Oralità, letteratura e democrazia in America* (1992); *La linea del colore. Saggi sulla cultura afroamericana* (1994); *The Battle of Valle Giulia. Oral History and the Art of Dialogue* (1997); *L'Ordine è già stato eseguito. Roma, le fosse Ardeatine, la memoria* (1999); *América, dopo. Immaginario e immaginazione* (2002); *Canoni Americani. Oralità, letteratura, cinema, música* (2004); *Storie orali. Racconto, immaginazione, diálogo* (2007); *Acciai Speciali. Terni, la Thyssen Krupp, la globalizzazione* (2008); *They say in Harlan County. An Oral History* (2011), *Note americane. Musica e culture degli Stati Uniti* (2011) y *Badlands: Springsteen e l'America* (2015); pero participó también en numerosas compilaciones.

Con algún margen de error, podemos afirmar que sus primeros artículos difundidos en Argentina fueron “Lo que hace diferente a la historia oral” (1991), que compiló Dora Schwarzstein en uno de los libros pioneros en el país sobre esta corriente, del Centro Editor de América Latina; una traducción de su conferencia sobre el Circolo Gianni Bosio (1999) en la revista *Taller* y luego, ya en el contexto pos-2001, comenzaron a llegar sus trabajos sobre las memorias italianas del antifascismo, tanto en la revista *Sociohistórica*, tras su participación en el I Coloquio Internacional de Historia y Memoria (18 al 20 de abril de 2002) realizado en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP, como en la colección de libros *Memorias de la Represión* dirigida por Elizabeth Jelin y Carlos Iván Degregori, publicada por Siglo XXI España, que tenía por objetivo promover la investigación y la formación de investigadores sobre las memorias de la represión política en el Cono Sur.

Después, por supuesto, llegó su libro *La orden ya fue ejecutada* (2004) y una cada vez más frecuente participación de Portelli en eventos locales, brindando asimismo seminarios como los ofrecidos en la Maestría en Historia y Memoria de la UNLP, donde tuvimos la oportunidad de conocerlo.

La historia oral y el poder democratizador de la palabra

Si bien es habitual que todos los movimientos intelectuales construyan sobre sí mismos relatos míticos de marginalidad en relación con las instituciones dominantes, en el caso de la corriente de historia oral de Italia en la que Portelli se entronca, ese recurso tiene poco de exageración. Esto es válido al menos en lo que se refiere al vínculo que existió durante décadas entre sus figuras y los campos disciplinares más consolidados en el mundo universitario, como el historiográfico.

De hecho, allí la historia oral no se originó como práctica académica. Portelli ubica los antecedentes de esta corriente en las obras de los ya mencionados Ernesto de Martino y de Gianni Bosio, así como en las de Danilo Montaldi y Rocco Scotellaro,¹⁴ preocupados, como ya hemos visto, por la cultura y la participación popular, con posiciones políticas de izquierda heréticas ante las líneas oficiales del impetuoso Partido Comunista y del Partido Socialista italianos. Bosio, por ejemplo, planteaba que:

La intención del trabajo cultural es armar a la clase de sus propias armas, hacer de modo que los excluidos, los explotados, los marginados, se den cuenta de la importancia de sus vidas, de su saber, de sus palabras. Y de que es un saber social, es un saber colectivo. Y que nosotros, los intelectuales, que trabajamos en esa arena, devolvamos su saber de una manera más crítica, más analítica, que como lo recibimos. Se trata entonces de recoger sus historias, recoger sus palabras. Ese es el primer nivel. Luego viene un trabajo de analizarlas, conectarlas, elevarlas a un nivel superior de análisis y, después, de llevarlo de vuelta a las fuentes (Portelli, 2010, pp. 10-11; traducción propia).

Luego suele mencionar a aquellos referentes que, si bien tenían inserción universitaria, no eran reconocidos en ese ámbito como historiadores orales. Sus proyectos eran asumidos de manera alternativa, eran subestimados por sus colegas y fueron haciendo camino al andar: el historiador Cesare

¹⁴ De la misma manera Gianni Bosio, Danilo Montaldi (1929-1975) y Rocco Scotellaro (1923-1953) son destacados por nuestro autor entre los escritores y referentes políticos de la posguerra que apostaban a incluir a los sectores populares en la historia como sujetos activos de la política y de la democracia (Portelli, 2010).

Bermani, con un recorrido muy cercano al de Gianni Bosio;¹⁵ la socióloga Gabriella Gribaudo,¹⁶ primera presidenta de la *Associazione Italiana di Storia Orale* – AISO;¹⁷ la historiadora feminista Luisa Passerini,¹⁸ muy reivindicada por Portelli por sus trabajos sobre la importancia de los silencios, y Giovanni

¹⁵ Cesare Bermani nació en 1937 y vive en Orta San Giulio, de la región del Piamonte italiano. Es un historiador, dramaturgo y —ocasionalmente— cantante, fundador del Instituto Ernesto de Martino. Ha sido de los primeros en Italia en utilizar las narraciones orales con fines históricos y sus intereses siempre han girado en torno a la historia del movimiento obrero y popular. Se desempeñó como redactor y director de diversas revistas como *Il nuovo canzoniere italiano*, *Primo Maggio*, *Il de Martino*, colaborador de *I giorni cantati* y actualmente escribe ensayos para *L'impegno* y *Musica/Realtà*. Ha escrito obras teatrales y ha editado muchos discos registrando el canto popular y social para la discográfica *I Dischi del Sole* de Edizioni Avanti! (cantos jacobinos, garibaldinos, anarquistas, socialistas, comunistas y de la resistencia), así como publicado notas en diarios y periódicos de izquierda. Se cuenta entre los promotores de la Asociación Italiana de Historia Oral, sección de la *International Oral History Association*. Más información en www.storia900bivc.it/pagine/biografie/bermani.html

¹⁶ Gabriella Gribaudo nació en Turín y obtuvo su título en Historia en la Universidad de dicha ciudad. En 1974 recibió una beca del Centro de Especialización y Desarrollo para Italia del Sur, cerca de Nápoles. Ha trabajado como investigadora del Departamento de Disciplinas Históricas de la Universidad Federico II de esa localidad y brevemente en la Universidad de Bari. Desde 1994 enseña Historia Contemporánea en la Facultad de Sociología de la Universidad Federico II y entre 2001 y 2007 se ha desempeñado como directora del Departamento de Sociología de dicha universidad. Se ha dedicado siempre a la historia social del sur de Italia, y ha desarrollado también reflexiones sobre problemas metodológicos de la relación entre la historia y las ciencias sociales, sobre las investigaciones micro y macro, sobre la memoria y la historia, así como la memoria y el trauma. Según su perfil académico, en los últimos años se ha dedicado a investigar diferentes procesos de la Segunda Guerra Mundial y la violencia sobre civiles, comparando la documentación oficial y la experiencia de hombres y mujeres; es decir, las miradas “desde arriba” y “desde abajo” de los acontecimientos. Participa en numerosos consejos editoriales y centros de investigaciones de universidades europeas, de publicaciones académicas; es responsable del proyecto Memorias del Territorio, y por su recorrido, entre 2006 y 2013 ejerció como presidenta de la AISO.

¹⁷ La AISO se fundó en Roma en el año 2006 para responder a la invitación realizada por la International Oral History Association a los investigadores italianos, durante un congreso internacional que tuvo lugar en Roma en 2004, para que organizaran una estructura capaz de reunir, estimular intercambios y mantener comunicados a los diferentes grupos, instituciones e individuos que trabajan con las fuentes orales en el país. Hoy tiene sede en la Universidad de Padua. Desconocemos las razones por las cuales Portelli no forma ni ha formado parte de su consejo directivo. Para más información puede consultarse www.aisoitalia.it/

¹⁸ Luisa Passerini es una historiadora y militante feminista y antiimperialista, nacida en 1941 en Asti, Italia. Se abocó a la historia oral y ha producido significativas reflexiones sobre la oralidad desde el psicoanálisis. Daba clases en universidades de New York, pero tenía poca aceptación en el mundo académico italiano. Hoy dirige el proyecto *Bodies Across Borders: Oral and Visual Memory in Europe and Beyond*, en el *European University Institute* de Florencia.

Contini,¹⁹ actual presidente de la AISO, con el que a menudo Portelli discute en sus trabajos (como en el caso del de Civitella).

Sin duda, las experiencias fundantes de las opciones que fue haciendo Portelli en el marco de esta corriente, que hacen singular a su camino, han sido sus ya mencionadas participaciones en el Instituto Ernesto de Martino y en el Circolo Gianni Bosio. Allí, colectivamente, esos núcleos de investigadores fueron definiendo —mientras recorrían de pueblo en pueblo en busca de canciones políticas italianas, nunca antes registradas— que la historia oral debía construirse a partir de la búsqueda de la igualdad y con conciencia de la diferencia, ya fuera para pensar una historia alternativa o para desentrañar una historia oculta, donde la subjetividad, los sentimientos y las pasiones también tuvieran lugar.

Esto es clave porque así entienden que la cultura de los grupos “aún no hegemónicos” (Portelli prefiere llamarlos así antes que recurrir al gramsciano “subalternos”) debe ser reconocida, tanto como la importancia que tiene la lucha de clases en la arena cultural. En el marco de esa lucha, siguiendo los pasos de Bosio, la tarea de los intelectuales sería promover el reconocimiento de los derechos, saberes e identidades de esos sujetos excluidos, para contribuir al cambio en las relaciones de poder (Portelli, 2010). Porque las clases dominantes, además del poder político y económico, han monopolizado los medios para dejar su huella en los relatos históricos.

De ahí que en diferentes oportunidades escuchamos a Portelli insistir en algo que podría parecer evidente pero que no lo es tanto, si pensamos en la tradición de muchas de nuestras ciencias sociales: lo más valioso de la historia oral es que brinda la oportunidad de trabajar con seres humanos, de realizar un trabajo dialógico. Así, mediante el trabajo específico de investigación

¹⁹ Giovanni Contini Bonacossi se formó en la Facultad de Letras y Filosofía de la Universidad de Florencia. Se define como historiador oral, aunque es más reconocido en Italia por su trabajo como archivista. Desde mediados de los años ochenta trabajó como responsable de los archivos audiovisuales de la Superintendencia Archivística de la Toscana, en el desarrollo de proyectos orales y audiovisuales sobre historia política, historia de la identidad local, de los distritos industriales y, en general, de la actividad productiva típica de la región. Según su breve reseña autobiográfica en la web de la Asociación Italiana de Historia Oral, también se ha dedicado a la historia social (de obreros industriales, aparceros, artesanos), a la historia de la Segunda Guerra Mundial (en particular a las masacres de civiles realizadas por las tropas alemanas entre 1944 y 1945) y a la metodología de las fuentes orales en la historiografía. En el año 2014 asumió la presidencia de la AISO.

se apuesta políticamente tanto por el derecho a tomar la palabra como por el derecho de los sujetos a ser escuchados, a tener un papel en el discurso público y en las instituciones políticas. Y por ello no solo se recurre a las personas porque poseen información que se precisa, sino porque, sobre todo, se parte de pensar que hay un vínculo muy profundo entre la oralidad y la democracia, y la democratización social es parte del horizonte de esta corriente de la historia oral.

Al ser la oralidad un medio que, a diferencia de la escritura, la gran mayoría de los seres humanos poseen o de alguna manera controlan, y ser, específicamente, la forma de comunicación con todos los que están excluidos de los medios y del discurso público, para Portelli es clave escuchar esas voces y amplificarlas. En esto se diferencia de aquellos que sostienen que la historia oral sirve para “dar voz a los sin voz”: en este autor los marginados, los excluidos, los sin-poder tienen voz; el principal problema es que no hay nadie que los escuche y su voz queda, por lo general, recluida en un espacio reducido. Por eso asume en sus trabajos la definición de la escritora Leslie Marmon Silko sobre la importancia de los relatos orales: “las historias son herramientas que necesitamos no solo para sobrevivir sino para vencer. Son una protección que nos permite salvarnos y también activar instrumentos para cambiar el mundo, porque hay poder en las palabras” (Portelli, 1999, p. 4).

Por supuesto, esto lo lleva a plantear otras cuestiones inmediatamente conectadas. En primer lugar, que al ser un trabajo de relación, la historia oral implica numerosas cuestiones políticas y éticas, que emergen en distintos niveles. Portelli entiende que aparecen tanto el problema de las relaciones del investigador con las instituciones del poder político, cultural y académico como la cuestión de la relación de los investigadores con los sujetos que los ayudan a buscar esa historia alternativa (Portelli, 2010).

En cuanto a ese último problema, en tanto los narradores orales que se entrevistan no son pensados como “informantes” ni “objetos de investigación” sino “sujetos de un proyecto compartido”, de un diálogo, se asume que hay dos agendas que están presentes en cada encuentro: la de aquel que tiene preguntas sobre algunas cosas que quiere conocer y la del entrevistado, que aprovecha esa oportunidad para contar las historias que desea contar, que quizás —en muchos casos— no son las historias buscadas por el investigador (Portelli, 2010).

Por eso su definición sobre la entrevista es un llamado de atención — metodológicamente hablando— cuando afirma que no es un acto de extraer información, sino la apertura de un espacio de narración, compartido, performativo, en donde la presencia del historiador es fundamental porque ofrece al entrevistado alguien allí para escucharlo, cosa poco frecuente en nuestra sociedad contemporánea (Portelli, 2010, p. 4). Y por la misma razón, ante cualquier pregunta en clase por técnicas de entrevista, Alessandro Portelli responde que estas no existen, sino que puede hablar de éticas en la entrevista: respeto, paciencia, flexibilidad, así como pasión auténtica de conocer a los otros y de estar con ellos en una historia compartida, como sostenía de Martino (Portelli, 2010, p. 6).

Por un lado, porque la entrevista “alienta un esfuerzo de autoconciencia, de crecimiento y de cambio en todos los involucrados” (Portelli, 1999, p. 13). Por otro, porque en cada entrevista, al tiempo que se produce una experiencia de aprendizaje en la cual se invierte quien enseña y quien aprende, se reconoce la importancia del mundo cultural de los entrevistados y el poder queda —por un momento— en manos del entrevistado, que puede hablar o callarse; rápidamente vuelve a su lugar, ya que esa situación no tiene posibilidades de escapar al contexto sociohistórico en que se inscribe y a las desigualdades y diferencias existentes (de clase, de género, de educación, generacionales, etc.) (Portelli, 2010, p. 5).

De hecho, Portelli destaca que, en la mayoría de los proyectos de historia oral, el historiador pertenece a una clase con más poder que la de las personas que entrevista, y aunque sea precisamente la diferencia la que hace interesante el diálogo, no se puede desentender de las lógicas de poder que lo atraviesan y de las líneas que lo separan. Por eso, solo al encontrarse, al reconocerse sin dejar de criticar la desigualdad y apuntar a destruirla, la entrevista se constituye en un experimento de igualdad, es decir, “un momento utópico en que tratamos de imaginar cómo podría ser el mundo si un campesino empobrecido y un profesor universitario fuesen política y socialmente iguales” (Portelli, 2010, p. 6). Y por la misma razón, también alerta el autor que hay que ser cuidadoso en nuestras prácticas cuando termina la entrevista, el poder “vuelve a nuestras manos” y nos sentamos a trabajar en nuestros libros (sean estos científicos, periodísticos o de divulgación) transcribiendo y editando las palabras que los entrevistados nos confiaron en el encuentro (Portelli, 2010).

Por último, el otro gran aspecto a destacar de este proyecto de historia oral que Portelli ha promovido y que tanto impacto tuvo en nuestra región, es que con su puesta en circulación, apunta a subvertir el monólogo típico de la escritura académica impulsando un discurso polifónico, en el cual los historiadores aparecen más como directores de un coro al fomentar la expresión de una pluralidad de voces y sujetos (Portelli, 2010). De hecho ha contado que si bien se le ocurren algunos ejemplos de la literatura que pueden haberlo influenciado, sus modelos han sido principalmente musicales: el llamado y la respuesta de cada instrumento en una *performance* de jazz, o la estructura de los oratorios barrocos, de Haendel o Bach:

donde a una secuencia de arias (en este caso, largos fragmentos de una sola voz) y coros (un rápido montaje de fragmentos de citas que parecen estar sonando todas a la vez) articuladas por una voz que -mitad cantando, mitad hablando- lleva el argumento recitado (en este caso, mi propia voz narrativa). Aunque por supuesto, la voz narrativa no explica todo: mucho está implícito en la articulación no exhaustiva de relatos y su interacción. Mucho del sentido está en las lagunas y en los silencios, para ser extraído o completado con la cooperación e imaginación de los lectores (Portelli, 2011, pp. 11; traducción propia).

Las memorias de la clase obrera

Poco conocemos de los primeros trabajos de Portelli sobre la música y la cultura popular en Italia y EE. UU. Los que comenzaron a trascender internacionalmente, además de sus escritos metodológicos, fueron aquellos centrados en las memorias de la clase obrera, en algunos casos previos y en otros simultáneos con las demás líneas de investigación que fue encarando a lo largo de su vida.

Como ha planteado en diferentes oportunidades, sus tempranos intereses en relación con la historia oral no tuvieron que ver con la preocupación por la veracidad de los relatos orales, sino con un interés cultural y metodológico por la imaginación y la narración, así como por la política desde una perspectiva de izquierda (Jaschek y Raggio, 2005, p. 34).

En Terni, la localidad de su infancia, Portelli ha investigado mucho sobre las memorias de la resistencia clandestina contra el fascismo en los años 30,

pero uno de sus trabajos más famosos fue aquel sobre los modos en que la muerte de un trabajador, Luigi Trastulli, producida en la inmediata posguerra, fue elaborada, transformada e interpretada en la memoria colectiva.²⁰

Trastulli fue un joven obrero de una acería de la localidad de Terni, que murió el 17 de marzo de 1949 cuando miembros de la brigada especial de la policía reprimieron a los trabajadores que salían de la fábrica para participar de una manifestación contra la OTAN. En ese trabajo, desarrollado a partir de los escritos previos sobre la historia de la clase obrera de Terni y sus fuentes orales, construidas con entrevistas realizadas treinta años después de los hechos, Portelli analiza algunos mecanismos generales del funcionamiento de la memoria. Así encuentra que la convergencia de relatos equivocados, invenciones y leyendas, que van desde las reconstrucciones imaginarias de la dinámica del acontecimiento, hasta la traslación del mismo de un contexto a otro, son parte de un fenómeno excesivamente coherente para ser atribuido a un mal funcionamiento de la memoria de los individuos.

Como ha afirmado en sus clases y en entrevistas, la memoria es una búsqueda de sentido. El olvido puede ser sobre aquello que no tiene sentido o aquello que tiene demasiado sentido, y los silencios pueden ser sobre aquello para lo que no se pueden encontrar palabras. Y cuando los relatos se distancian de los hechos, ahí comienzan a emerger con claridad los deseos, la imaginación, la ilusión, no solo en cuestiones individuales, sino también socialmente compartidas, algo que siempre le ha interesado sobremanera (Jaschek y Raggio, 2005).

Por eso, en su artículo desentraña cuáles son las razones de las regularidades, en este caso, de aquella memoria colectiva obrera de Terni (como la tendencia hacia la épica, o la traslación cronológica y contextual del hecho hacia 1952/1953), y qué tareas de representación simbólica le han asignado diferentes generaciones a ese acontecimiento de la lucha de clases, por lo que

²⁰ Sin embargo, en los últimos años reniega de la idea de memoria colectiva de Maurice Halbwach, porque entiende que la memoria es social, compartida, como un encuentro de memorias individuales que conforman un mosaico. Cuando utiliza la expresión memoria colectiva suele referirse a memorias cristalizadas en instituciones y no a la dinámica cotidiana: “El problema con el concepto de memoria colectiva es que hay una perspectiva de que la memoria colectiva tiene que ser unificada, tiene que ser una memoria. Ya no es así. Sabemos que no [...] La memoria no es una cosa estática, cambia, está en movimiento” (Jaschek y Raggio, 2005, p. 36).

las versiones inexactas resisten a pesar de su señalamiento y la memoria se muestra relevante como hecho histórico.

Por otra parte, en lo que hace a las memorias de la lucha de clases, también fue clave su trabajo en Harlan County, Kentucky, Estados Unidos, aunque aquí aún hemos leído poco sobre aquella experiencia. También llegó al tema desde su pasión por la música popular de intervención política y cuenta que su primer contacto con la problemática de la clase obrera norteamericana se produjo probablemente a comienzos de los años sesenta, primero a partir de escuchar la canción *Which Side Are You on?* de Florence Reece, sobre la dramática huelga minera de 1931-1932, y luego con el álbum *Songs from the Depression* de New Lost City Ramblers,²¹ que desafiaban como revelación esa imagen de Estados Unidos como país sin conflictos de clase (Portelli, 2011).

Por eso, fue muy llamativo para él recorrer la región de los Apalaches en 1973 con David Walls y hallar una comunidad muy movilizada sindical y políticamente, en la cual las luchas de los años treinta parecían ajenas, no estaban vivas en la memoria, pero había otras numerosas batallas que podían ser reconstruidas a partir de las narraciones orales.

En verdad lo atrapó la pelea cotidiana por la supervivencia de esa localidad nacida en torno a las minas del carbón, con blancos pobres cansados de ser cosificados por sus conciudadanos y por la academia, y un pueblo afrodescendiente agotado del paternalismo que persiste desde tiempos del esclavismo.

Con viajes constantes a Harlan tuvo ocasión de profundizar sus reflexiones sobre la entrevista como experimento de igualdad. Entre él y la mayoría de los hombres y mujeres con que se encontraba había líneas divisorias de edad, clase, género, educación, religión, lenguaje, color y nacionalidad; y, sin embargo, el esfuerzo mutuo por cruzarlas, sin desconocer ni las diferencias ni las desigualdades, hacía posible las entrevistas (Portelli, 2011, p. 8).

Las memorias del antifascismo y la democracia italiana contemporánea

En la década de los 90, las repercusiones del trabajo realizado y el nuevo contexto político italiano comenzaron a transformar las relaciones de los his-

²¹ Algunos de estos temas se encuentran disponibles en YouTube. La canción de Florence Reece, en www.youtube.com/watch?v=Nzudto-FA5Y y uno de los temas de New Lost City Ramblers www.youtube.com/watch?v=5WT61YEF06w [Consultados el 30/03/2016].

toriadores orales en general, y de Portelli en particular, con las instituciones académicas italianas.

En una de las entrevistas realizadas, Portelli recuerda la conferencia de Arezzo de 1994, titulada *In memory: For a European Memory of nazi crimes after the end of the cold War*,²² como la primera oportunidad en que algunos historiadores consagrados invitaron a Luisa Passerini y a él, en cuanto historiadores orales, para disertar en el encuentro, porque empezaban a reconocer la importancia de sus estudios para desarrollar investigaciones sobre la memoria que comenzaban a atraer a numerosos colegas (Bretal, Matas, Monacci y Nieto, 2014). Un verdadero giro que propició un encuentro impensado poco antes, más allá de las tensiones que persistían.

Así, de la mano de sobrevivientes, historiadores orales y otros científicos sociales, el tema de la memoria cobró gran fuerza en la Italia de esos años. En parte porque empezaban las conmemoraciones de los cincuenta años de la caída del fascismo, de la ocupación nazi y del fin de la Segunda Guerra Mundial, en un contexto por demás complejo. Cincuenta años habían pasado de aquellas masacres y por primera vez había sido electa una coalición de centroderecha (conocida como Polo de las Libertades y Polo del Buen Gobierno, dependiendo de la región), liderada por Silvio Berlusconi, la cual incluía un partido heredero del fascismo (la Alleanza Nazionale) que promovía un programa neoliberal y profundamente anticomunista.

Portelli entiende que en ese marco, en el campo intelectual se dio un movimiento de revisionismo histórico del antifascismo que cuestionaba desde viejas y nuevas perspectivas de derecha una Resistencia cuyos principios —simplificados y mitificados al extremo— habían sido el fundamento

²² Sobre la cual también ha escrito Eric J. Hobsbawm en su famoso trabajo “The Historian between the Quest for the Universal and the Quest for Identity” de 1994, publicado en español como “La historia de la identidad no es suficiente” (1998). Hobsbawm relata que “la conferencia reunió no sólo a historiadores y científicos sociales de varios países del este y el oeste de Europa y los Estados Unidos, sino también a supervivientes del lugar, antiguos miembros de la Resistencia y otros interesados. [...] Por tanto -y ello no tiene nada de extraño- la conferencia se celebró en un extraordinario ambiente de tensión y malestar. Todo el mundo era consciente de que estaban en juego asuntos de gran importancia política, incluso existencial. Cada uno de los historiadores presentes no podía por menos de preguntarse sobre la relación de la historia con el presente” (1998, pp. 266-267). Recomendamos volver a leer ese artículo porque describe el panorama del encuentro y sus múltiples problemas con mucha claridad.

de la Constitución de 1948 y por ende de la democracia italiana.²⁵ Plantea al respecto:

Por un lado, tenemos el mito del papel fundador de la Resistencia. Los italianos estamos tremendamente aburridos, me imagino, de la definición: la República que nació de la Resistencia. De todas maneras, así fue, y muchos valores de la Resistencia están incorporados en la Constitución. Pero si la Resistencia y el heroísmo de los partisanos constituyen los mitos de fundación de la democracia italiana antifascista, existe también otro mito: la versión en contra de los partisanos, la versión es culpa de los partisanos. Una versión antagonica, producto del carácter no acabado de nuestra democracia, de la resistencia a nuestra democracia y de un hecho innegable: la democracia que surgió a partir de la Resistencia no fue el resultado de una elección unánime de la mayoría del pueblo, sino un proyecto, un sueño, un deseo que no todo el mundo compartía. Eso es lo que realmente está en juego ahora: ¿Italia es una democracia antifascista nacida de la Resistencia o es otra cosa? (Portelli, 2006, p. 55)

Comprendió entonces que en el terreno de las memorias del antifascismo no se jugaba una batalla cultural más, sino una que comprometía el presente y el futuro de Italia. Y también, que en esa batalla la historia oral tenía mucho que aportar al ser un arma muy efectiva contra las memorias que pretenden ser monolíticas, más cuando son sostenidas simultáneamente desde el poder político, las instituciones tradicionales y los medios de comunicación hegemónicos, al ayudar a reconocer la multiplicidad de memorias en la sociedad y sus conflictos (Bretal, Matas, Monacci y Nieto, 2014, p. 9)

Así es que, alarmados por esta situación, Portelli y otros intelectuales apostaron, por un lado, al rescate y análisis de la memoria de los partisanos;

²⁵ Portelli ha analizado en otros trabajos aquellos elementos que se promovieron como sentido común para afianzar la identidad italiana a partir de la posguerra (Portelli, 2002b). Allí ha relevado que, sobre todo durante la Guerra Fría, se insistía en que la totalidad del pueblo italiano había participado de la lucha por la liberación y se sostenía la idea de una Resistencia como movimiento unificado y no como una experiencia conflictiva y plagada de divisiones. Además, en ese marco se recurría a la imagen del partisano moribundo antes que a la del partisano combatiente, se delegaba toda la violencia al enemigo (los alemanes, y para la izquierda también los fascistas) y se postulaba una imagen virtuosa y pacificada, no violenta y respetable de los comienzos nacionales. Frente a esas “vulgas de la Resistencia” piensa que fue creciendo una contramemoria de la derecha.

y por el otro, al desmantelamiento de las llamadas “vulgatas de la derecha” sobre la Resistencia, por la fuerza y habilidad con que estas últimas construcciones de sentido sobre el pasado se estaban tornando sentido común y representaban un riesgo cada vez mayor. En particular, todo lo relacionado con la lucha de los partisanos y el recurso a la violencia durante la Resistencia.

Volcado sobre estas problemáticas, ya para la conferencia de Arezzo de 1994 (mencionada al comienzo de este apartado), presentó una primera versión del artículo que aquí en Argentina hemos traducido como “Luto, sentido común, mito y política en la memoria de la masacre de Civitella Val di Chiana (Toscana, 29 de junio de 1944)” (Portelli, 2016c), que concentra gran parte de las reflexiones y aportes que luego desarrollaría en otros casos.

A lo largo de ese trabajo, el autor interroga las memorias generadas en torno a una masacre cometida el 29 de junio de 1944 en Civitella, donde el ejército alemán ejecutó a 115 civiles, todos hombres.²⁴ Para abordar el problema, Portelli tomó como punto de partida lo que el investigador Giovanni Contini había descripto y definido como “memoria dividida” (Contini, 1996) y propuso extender y radicalizar esa definición, porque Contini solamente contemplaba la división entre una memoria “oficial”, que durante décadas había tenido por eje la reivindicación de la Resistencia, con mayúsculas, y la de los familiares de las víctimas, en su mayoría viudas e hijos, centrada en la propia pérdida y en el duelo, que había renegado siempre de las conexiones con la resistencia y culpado a los partisanos por provocar la represalia alemana con su acción (Portelli, 2016c).

La contribución principal del estudio de Portelli es señalar que esa dicotomía es falsa y forzada, y que nos encontramos con una multiplicidad de memorias fragmentadas e internamente divididas, ideológica y culturalmente, tanto entre generaciones como en cada individuo. Esto lo demuestra analizando las narrativas de los sobrevivientes de la masacre: en especial, aquellas de las viudas e hijos de los ejecutados. En sus esfuerzos por narrar lo “inexpresable” del dolor, se producen construcciones culturales de palabras e ideas que deben ser críticamente comprendidas. Además, remarca que el

²⁴ El mismo día fueron asesinadas 58 personas cerca de La Cornia y 39 en San Pancrazio, y todas esas masacres fueron atribuidas a una represalia alemana por la acción partisana que se cobró la vida de tres soldados alemanes el 18 de junio previo.

duelo también es un proceso elaborado históricamente y que el testimonio cambia con el tiempo. Su intención, por supuesto, no es cuestionar su credibilidad, sino investigar la estructura y los sentidos de su construcción narrativa de aquellos acontecimientos, algo que ya habían realizado otros investigadores sobre las memorias de los partisanos. Destaca, por ejemplo, que casi todas las narraciones de la masacre de los familiares de Civitella comienzan, tienen su *incipit*, con la acción partisana en contra del ejército de ocupación alemán el 18 de junio. No comienzan ni con el fascismo, ni con la guerra, ni con la experiencia de la ocupación y sus primeras víctimas, ni con las tensiones territoriales y clasistas previas.

En ese sentido, llama la atención de los lectores al plantear que ese *incipit* elegido (lo que marca el pasaje de lo aparentemente ordenado a lo desordenado, a lo que vale la pena contar), está siendo construido —en los años noventa— por adultos que eran niños o adolescentes cuando se produjo la masacre. Por lo tanto, el tono destacable en sus narrativas de un “paraíso perdido” o “edad de la inocencia” truncada con aquel hecho, hay que entenderlo fuertemente asociado con las reminiscencias infantiles.

Al igual que en otros trabajos posteriores, aborda las contradicciones que se producen en estas narrativas cuando los actos de la Resistencia pueden ser bien reputados en abstracto, pero jamás los hechos concretos y cercanos. Pero también cómo en la inmediata posguerra, los sobrevivientes de Civitella parecen no haber criticado a los partisanos, sino que la hostilidad tomó cuerpo después, a partir de algunas ejecuciones que los partisanos realizaron de colaboracionistas que en realidad eran bastante respetados por la comunidad (o no eran necesariamente más fascistas que el resto), por los que en las décadas siguientes hubo algunos juicios antipartisanos y se fue consolidando progresivamente esa perspectiva en el sentido común. Un sentido común en el que también, simultáneamente, cada vez se refuerza más como una virtud ser una “víctima inocente”; es decir, algo que desde otra mirada podría pensarse como no haber hecho nada para combatir el fascismo ni la ocupación. En otras oportunidades esto fue denominado como “la ideología del heroísmo de los que no hacen nada”, “la pasividad como virtud, me parece que ese es el modelo de ciudadanía que no milita, que no vota y que no se propone temas fundamentales, sólo está interesada en una buena administración” (Barela, Clementi, Míguez y Paredes, 1998, p. 6).

El mismo año de la conferencia de Arezzo fue ubicado en San Carlos de Bariloche, Argentina, el criminal de guerra nazi Erich Priebke, responsable de otra masacre muy significativa para Italia: la masacre de las Fosas Ardeatinas, ocurrida en Roma el 24 de marzo de 1944, sobre la que habló sin remordimientos ante las cámaras de la cadena norteamericana ABC.²⁵ Esto suscitó una conmoción entre los sobrevivientes italianos. Con mucho esfuerzo consiguieron que se solicitara la extradición para que fuera juzgado y que esta fuera concedida por el gobierno argentino de Carlos Saúl Menem en noviembre de 1995. Sin embargo, los procesos judiciales en su contra en Italia sufrieron una reiterada serie de marchas y contramarchas, que llevaron a que primero fuera liberado por considerarse prescriptos los crímenes, y que luego lo volvieran a procesar y condenar, pero solo a 15 años y con prisión domiciliaria por su edad, lo cual desató numerosas polémicas en la opinión pública durante varios años.²⁶

En ese escenario Portelli comenzó a trabajar también con el caso de las memorias de la masacre de las Fosas Ardeatinas de manera más específica, aunque no le era un tema ajeno en absoluto, por residir en Roma desde décadas atrás, estar vinculado con diferentes organizaciones de tradición antifascista y hallarse sumamente preocupado por la aparición de carteles a favor de Priebke y de esvásticas en la ciudad.

Además, por las dimensiones de la masacre, por la justicia fallida y por las controversias que se generaron en torno a ella, seguía siendo una herida abierta en la memoria. Si bien no fue la peor matanza de los nazis en Italia, sí fue —como ha demostrado el autor— la única matanza “metropolitana” en Europa, perpetrada en el espacio urbano de una gran capital y que reunió una diversidad de víctimas tan grande (fueron asesinadas 335 personas). No

²⁵ Cincuenta años después de la masacre, Priebke fue ubicado a los 81 años, tras un arduo trabajo de investigación, y entrevistado en las calles de Bariloche por el periodista estadounidense Sam Donaldson. Lo que impactó a todos fue que Priebke en un primer momento consideró que no era ya un riesgo referirse al tema, y reconoció frente a las cámaras su autoría en los asesinatos en Italia alegando que recibió órdenes superiores y que su deber era ejecutarlas. Solo cuando fue interpelado como criminal de guerra por el periodista, Priebke terminó en forma abrupta la entrevista. El impacto que causó en Bariloche fue enorme, al punto que una parte significativa de la sociedad se resistió a creerlo e incluso realizó campañas a su favor.

²⁶ Priebke falleció a los cien años de edad en su residencia de Roma el 11 de octubre de 2013.

había tenido precedentes en la zona y fue, de hecho, el modelo para algunas masacres posteriores.

El autor entendió que su trabajo sobre aquel acontecimiento, recordado como represalia frente a un ataque partisano que cobró la vida de 32 alemanes, podía contribuir a pensar “la historia de Roma y del país entero por todo el siglo, a pesar de que ocurrió durante un solo día, al siguiente del atentado” (Portelli, 2006, p. 53). En ese sentido, comprendió también que abordar el caso de las Fosas:

esclarece la historia a través de los recorridos individuales de las personas que estuvieron involucradas en los hechos, y esclarece la memoria porque se constituye en un eje de ardientes polémicas que comenzaron casi inmediatamente después de los hechos y aún no se han extinguido (Portelli, 2006, p. 53).

Polémicas que renacen con la captura de Priebke y tienen implicancias graves, en especial porque, al ser esta masacre tan visible, Portelli percibe que investigar la distancia entre lo que pasó y las múltiples maneras de recordarlo puede ofrecer numerosas claves para entender el sentido profundo de ese acontecimiento para la sociedad italiana. De la misma manera, puede brindar la oportunidad de analizar con cada mito toda la complejidad de la identidad nacional, las bases constituyentes de la democracia italiana a partir de la posguerra, de las políticas de memoria, de la interacción entre recuerdos personales e institucionales, temas que, como ya hemos visto, venían preocupando al autor desde hacía un tiempo.

Los mitos, desde esta perspectiva, son narraciones que sirven para sostener creencias del orden colectivo que están en la base de esos relatos. En el caso de las Fosas, el núcleo duro del conflicto es la persistencia de un mito en particular, más allá de que los hechos están documentados hace medio siglo: “la búsqueda por parte de los alemanes de los partisanos cobardes que se escondieron, dejando de esta manera que los rehenes fuesen matados” (Portelli, 2006, p. 54). Esto lo relaciona con la típica búsqueda de culpables de la masacre, pero entiende que ha sido estímulo para el debate histórico funcional a la derecha, donde el peso cae siempre sobre los partisanos que integraron la Resistencia y no sobre los alemanes, más allá de que cambien los relatos en el tiempo.

Por eso piensa los claroscuros de ese mito, da cuenta de un aspecto positivo de la identidad nacional italiana de posguerra: no ser un pueblo belicoso, “y, por eso, de cierta manera, el intento de imaginar los partisanos como héroes de guerra nunca tuvo gran éxito” (Portelli, 2006, p. 55). Pero también señala que en los años noventa, en particular, ve su persistencia relacionada con que las instituciones que más influencia seguían ejerciendo sobre la memoria pública eran la religión y las fuerzas armadas —con más fuerza tras la caída del Muro y la crisis del comunismo— para las que cualquier cosa que hubieran realizado los comunistas siempre fue y seguía siendo una acción criminal (Portelli, 2006).

De todas maneras, Portelli no se queda solo en el análisis de la memoria pública; por el contrario, siguiendo sus postulados sobre la escucha como precepto profesional, se preguntó sobre cómo siguió la vida de los familiares de cada uno de los que fueron asesinados en la masacre y realizó más de doscientas entrevistas a viudas e hijos de aquellos hombres. Así pudo acercarse a las trayectorias previas y a los recorridos posteriores, atento a la diversidad de procedencias e identidades de los masacrados, como también a cada problema que debieron enfrentar en los cincuenta años siguientes aquellos que los sobrevivieron, entre los que se cuenta la justicia fallida.

Además, entrevista a jóvenes, en especial a aquellos que dicen que no saben nada, que afirman que no tienen ninguna memoria histórica sobre el acontecimiento, pero a quienes suele llevarse como visita escolar a las Fosas y cuya simbolización también es más que atractiva para analizar los sentidos de la muerte y la experiencia que de ella hacen las nuevas generaciones. Este es otro de los temas que, junto a los movimientos sociales juveniles, Portelli abordará reiteradamente a lo largo de su obra (Portelli, 2006).

Con todos estos recursos, sin duda, una de las principales contribuciones del autor —que, tras varios anticipos, se plasmó definitivamente en el libro *La orden ya fue ejecutada* (publicado en Italia en 1999, en Argentina en 2004)— es desarmar cuidadosamente ese sentido común dominante en Roma “empapado de desinformación” (Portelli, 2004, p. 15). Partiendo de un acontecimiento bisagra, y como esa masacre ahonda en el sentido común que nació de relatos que combinaron durante décadas la capacidad de sugestión de presentarse como relatos alternativos, desde la derecha y la Iglesia católica contra la “historia de los vencedores” y la “vulgata de la resistencia” de la posguerra, con

la fuerza de penetración de partidos y medios de comunicación, constituye una narración que es efectivamente hegemónica y peligrosa. En esas páginas, Portelli nos contagia la fascinación por los relatos erróneos, los mitos, las leyendas y los silencios que se han construido en torno a estos hechos, y nos revela algunas dimensiones desde donde se puede poner en jaque a la hegemonía de la derecha (y a cualquier hegemonía).

Algunas estrategias concretas que despliega Portelli para desmontar vulgatas son: ampliar la secuencia narrativa, señalar las implicancias de su *incipit*, situar los testimonios en el contexto biográfico de cada persona y también en el sociopolítico, demostrar sus mutaciones en el tiempo. Vuelve en el tiempo hasta la primera noticia que se publica sobre la masacre, en el *Osservatore* (diario del Vaticano), y reconstruye las nociones que allí aparecen expresadas —irresponsabilidad partisana, sacrificio, inocencia, víctima, culpables— para conformar como un solo hecho automáticamente relacionado la acción partisana en Via Rasella y la masacre de las Fosas Ardeatinas. Allí se diferencia a las “víctimas” (los 32 alemanes contra quienes los partisanos realizaron un atentado el 23 de marzo) de las “personas sacrificadas” (los 335 hombres asesinados en la represalia de las Fosas Ardeatinas) y de los “culpables escapados al arresto” (los partisanos) (Portelli, 2004, p. 14). Portelli entiende que ese es el relato que aún hoy envenena el sentido común y que allí radica el éxito a largo plazo de la represalia nazi: en contaminar la memoria del hecho, de la resistencia, la identidad y los orígenes de la República. En el hecho de que se fusionaran en el sentido común moderado los relatos de la extrema derecha (2004: 16). Aunque parece, tal vez, un ejercicio sencillo enmarcar las acciones en su contexto, esto produce un efecto demoledor sobre los mitos y sobre el sentido común dominante posterior. Como plantea el autor, si en el relato aparecen las deportaciones, los fusilamientos, los rastrillajes, el hambre, el miedo, entonces el atentado de Vía Rasella ya no es una causa sino un efecto (2004, p. 143).

Por eso es que el libro se ofrece como ceremonia para conjurar un retorno del fascismo. Por esa razón, los nombres de las víctimas acompañan el comienzo y final de cada capítulo como en cada acto de conmemoración anual, porque Portelli asume su trabajo como un desafío metodológico, sí, pero sobre todo, como una iniciativa de acción intelectual de compromiso cívico.

Por último, otro de los grandes temas que preocupan a Portelli en relación con las memorias del antifascismo es el de los mitos de la visión oficial de la Resistencia en la posguerra y algunas “fallas de la memoria de izquierda”. Ambos tópicos, tratados en el libro sobre las Fosas, los desplegó también en artículos como “Memoria e identidad: una reflexión desde la Italia Posfascista” (2002b), y en el trabajo sobre la Batalla de Poggio Bustone (2016b).

Para Portelli son graves, durante la Segunda República italiana, las consecuencias de que la izquierda haya evitado durante décadas algunos temas controversiales, en particular que no todos los italianos eran antifascistas y que la Resistencia fue una insurrección armada que involucró actos de violencia,²⁷ promoviendo así un consenso antifascista moderado y negando incluso las memorias de los propios partisanos. Ese tipo de errores ha dado lugar a que tampoco haya podido encontrar estrategias para responder a la “contra-memoria de la derecha” que se presentaba a la opinión pública con un tono sensacionalista de revelación de verdades ocultas, haciendo aparecer a los partisanos como una minoría descarriada y violenta, en sintonía con que el fin de la Guerra Fría y el revisionismo histórico internacional iban corriendo el foco del nazismo al comunismo como mal supremo del siglo (Portelli, 2002b).

A modo de cierre

Por todo lo que hemos visto hasta aquí, no es llamativo que en Argentina —y en particular en La Plata— la obra de Alessandro Portelli comenzara a ser reconocida a fines de los años 90 y despertara mayor interés partir del período 2001/2002.

Su apuesta por la historia oral estimuló inquietudes en aquellos que buscaban resistir desde adentro y desde afuera de la academia al consenso neoliberal, por su potencialidad demoledora de los discursos hegemónicos. Con la difusión de sus trabajos metodológicos y aquellos sobre las memorias obreras de Terni, Portelli enseñaba que los excluidos siempre habían tenido voz, solo que nadie (o pocos) los habían escuchado, porque no han tenido ni tienen

²⁷ Sostiene que así muchos jóvenes que fueron criados en el rechazo generalizado de la “violencia” como categoría indiferenciada eran incapaces de realizar distinciones para filtrar la imagen de partisanos que también mataron por su país, y que la izquierda estaba mal preparada para enfrentar el “redescubrimiento” de la Resistencia como guerra. De la misma manera, el hecho de que, tanto en esa guerra de liberación como posteriormente, también los partisanos cometieron acciones discutibles, a veces directamente criminales, aisladas pero innegables (Portelli, 2002b).

garantizado el acceso al discurso público. En otras palabras, el problema no es ni ha sido nunca la mudez de los grupos “aún no hegemónicos” (parafraseando la pregunta “¿puede hablar el sujeto subalterno?” de Gayatri Spivak), sino la sordera o hipoacusia social en el sistema en que vivimos. Por eso, quienes comenzaron a adherir a la historia oral y siguieron sus propuestas han trabajado para garantizar el derecho de los sectores populares no solo a la palabra, sino también a ser escuchados, y se han comprometido a reunir esas voces, amplificarlas y ponerlas en juego para que tengan oportunidad de modificar radicalmente al discurso público.

Sus investigaciones sobre la relación entre historia y memoria del antifascismo y las masacres del nazismo, que fueron conociéndose hacia comienzos del nuevo siglo, generaron un efecto de mayor proximidad con los investigadores y las preocupaciones locales sobre la historia reciente de nuestro país, un campo por entonces en formación, lo que propició que fuera invitado a coloquios para poner en común sus desarrollos. Eran tiempos en que el consenso neoliberal estallaba y junto con él se agrietaba el andamiaje de impunidad construido en torno a leyes como las de obediencia debida y punto final a fines de los años ochenta. En ese marco fue ampliándose el interés en los ámbitos académicos y en el movimiento de derechos humanos local por conocer las reflexiones que se habían producido en Europa sobre la memoria social (con sus olvidos, mitos y silencios), las políticas de memoria (con su tensión intrínseca), y los sitios de memoria y lo ritual que los rodea, temas recorridos insistentemente por Portelli en su obra, lo cual permitió un encuentro productivo que aún tiene mucho camino por delante.

Por eso, una gran cantidad de líneas de investigación, en diversos campos, se han inspirado en la obra de Portelli en la última década y es probable que así siga siendo en la medida en que se expanda una mirada más integral sobre sus diferentes trabajos, publicados recientemente en español. Además, el cambio de signo producido en la política argentina a fines del año 2015 está planteando un escenario hostil y desafiante para todos los comprometidos con estas problemáticas, y creo que desde la lectura de Portelli podemos encontrar herramientas para desarmar las nuevas vulgatas de la derecha vernácula.

Por último, quería mencionar una anécdota que es significativa de las claves con las que Portelli ha sido leído entre muchos jóvenes de Argentina. Malcom Suárez, un estudiante colombiano muy despierto de la cátedra

de Introducción a la Historia en mi Facultad, me preguntó en clase durante el año 2014, mientras trabajábamos el artículo de Alessandro Portelli sobre las memorias de la masacre en Civitella, algo así como “¿no hay puntos en común entre la obra de Portelli y la apuesta de Rodolfo Walsh en *Operación Masacre?*”, una lectura que él había hecho por propio interés. La verdad es que primero pensé en decirle que no; creía que tenía que explicarle la historia oral en relación con su propia historia, pero sobre todo a distinguirla del periodismo de investigación, o de la *non fiction*, como han sido llamados los trabajos de Walsh... Se me ocurría que sí compartían, tal vez, la preocupación por masacres, pero que eran incluso dos experiencias muy distintas... Sin embargo, había algo en esa conexión que parecía tener mucho sentido para Malcom. Se notaba. Así que, antes de responder, le consulté por qué lo planteaba. De todo lo que dijo a continuación, recuerdo sobre todo que hizo hincapié acertadamente en la idea de la escucha, en el alto valor de la escucha en todas las investigaciones de Walsh y de Portelli, además del compromiso militante de ambos. Tenía razón. Y me dejó pensando mucho en ese tema.

Si bien no pertenecen exactamente a la misma generación, y por lo que menciona en una entrevista, Portelli conoció la obra de Walsh recién en su viaje de 2005 a La Plata (Jaschek y Raggio, 2005), ambos forjaron sus principales opciones y convicciones en aquellos revueltos años sesenta y setenta, para amplificar con sus escritos e iniciativas las voces de los explotados y sus tradiciones de lucha. Por eso, para cerrar, pueden valer para Portelli las palabras de la carta que Walsh escribió en 1976, en plena dictadura, al conocer la muerte de Francisco “Paco” Urondo cercado por fuerzas policiales, y que hablaban tanto de “Paco” como de él mismo:

El problema para un tipo como vos y un tiempo como éste, es que cuando más hondo se mira y más callado se escucha, más se empieza a percibir el sufrimiento de la gente, la miseria, la injusticia, la crueldad de los verdugos. Entonces ya no basta con mirar, ya no basta con escuchar, ya no alcanza con escribir (Walsh, 2007).

Bibliografía

Barela, L., Clementi, H., Míguez, M. y Paredes, D. (1998). Charla con Alessandro Portelli. *Voces recobradas. Revista de Historia Oral del Instituto Histórico de la*

- Ciudad de Buenos Aires*, 1(3), 4-6. Recuperado de www.historiaoralargentina.org/attachments/article/vocesrecobradas/RHO03.pdf
- Bretal, E., Matas, F., Monacci, L. y Nieto, N. (2014). Entrevista con Alessandro Portelli: “No éramos diletantes, no éramos amateurs. Éramos profesionales pero fuera de lugar”. *Aletheia*, 5(9). Recuperado de <http://www.aletheia.fahce.unlp.edu.ar/numeros/numero-9/entrevista/entrevista-con-alessandro-portelli-201cno-eramos-diletantes-no-eramos-amateurs.-eramos-profesionales-pero-fuera-de-lugar201d>
- Contini, G. (1996). La memoria divisa di Civitella della Chiana – 29 giugno 1944 (luglio 1994). En L. Paggi (Ed.). *Storia e memoria di un massacro ordinario*. Roma: Manifesto Libri.
- Hobsbawm, E. (1998). La historia de la identidad no es suficiente. En E. Hobsbawm (Ed.). *Sobre la historia* (pp. 266-276). Barcelona: Crítica.
- Jaschek, I. y Raggio, S. (2005). Historia y relato oral. Entrevista con Alessandro Portelli. *Puentes*, 15, 32-39. Recuperado de www.comisionporlamemoria.org/static/prensa/puentes/15puentes.pdf
- Marini, G. (2005). Il Circolo Gianni Bosio. *Il de Martino. Rivista dell’Istituto Ernesto de Martino* (16-17). Recuperado de: www.circologiannibosio.it/circolo/circolo.php
- Portelli, A. (04.05.2006). Chi è Alessandro Portelli. Alessandro Portelli [Blog]. Recuperado de: alessandroportelli.blogspot.com.ar/2006/05/chi-sono.html
- Portelli, A. (1991). Lo que hace diferente a la historia oral. En D. Schwarzstein (Comp.), *La historia oral* (pp. 36-51). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Portelli, A. (1999). Memoria y resistencia. Una historia (y celebración) del Circolo Gianni Bosio. *Taller. Revista de sociedad, cultura y política*, 4(10). Recuperado de www.relaho.org/documentos/adjuntados/article/8/portelli1.pdf
- Portelli, A. (2002a). Las fronteras de la memoria. La masacre de las Fosas Ardeatinas. Historia, mito, rituales y símbolos. *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, 11-12. Recuperado de: www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SHn11-12a07/1802
- Portelli, A. (2002b). Memoria e identidad: una reflexión desde la Italia postfascista. En E. Jelin y V. Langland. *Monumentos, memoriales y marcas territoriales* (pp. 165-190). Madrid: Siglo XXI.

- Portelli, A. (2004). *La orden ya fue ejecutada. Roma, las Fosas Ardeatinas, la memoria*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Portelli, A. (2005). Il Circolo Gianni Bosio: una lunga passione. *Il de Martino. Rivista dell'Istituto Ernesto de Martino*, 16-17, "Giorni cantati. La seconda vita del Circolo Gianni Bosio." Recuperado de www.circologiannibosio.it/circolo/circolo.php
- Portelli, A. (2006). Otro 24 de marzo: masacre de las Fosas Ardeatinas. Historia, mito, rituales y símbolos. *Puentes*, 17, 53-60. Recuperado de: <http://www.comisionporlamemoria.org/static/prensa/puentes/17puentes.pdf>
- Portelli, A. (2010). História oral e poder. *Mnemosine*, 6(2), 2-13. Recuperado de es.scribd.com/document/123359222/Historia-Oral-e-Poder-Portelli
- Portelli, A. (2011). *They Say in Harlan County. An Oral History*. New York: Oxford University Press.
- Portelli, A. (2016a). La muerte de Luigi Trastulli (Terni 17 de marzo de 1949). La memoria y el acontecimiento. En *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo* (37-68). La Plata: FaHCE-UNLP/Rosario: Prohistoria.
- Portelli, A. (2016b). La batalla de Poggio Bustone. Violencia, memoria e imaginación en la guerra partisana. En *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo* (143-156). La Plata: FaHCE-UNLP/Rosario: Prohistoria.
- Portelli, A. (2016c). Luto, sentido común, mito y política en la memoria de la masacre de Civitella Val di Chiana. En *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo* (119-142). La Plata: FaHCE-UNLP/Rosario: Prohistoria.
- Portelli, A. (2016d). *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo*. Rosario-La Plata: Prohistoria-FaHCE.
- Walsh, R. (2007). Carta a Paco Urondo. En B. Urondo; G. Amato. *Hermano, Paco Urondo*. Buenos Aires: Nuestra América.

La otra resistencia. Reflexiones sobre silencios, violencias y género en la Resistencia peronista (1955-1965)¹

Anabella Gorza

En el año 2009 se dio a conocer un documental de Alejandro Fernández Mouján, *Los Resistentes*, que recupera los relatos de personas que integraron la primera Resistencia peronista.² El film se abre con la charla de un grupo de militantes que se proponen dar a conocer y reflexionar sobre sus experiencias desarrolladas en el período que se extendió entre 1955 y 1965, preocupados por romper el manto de silencio que cubre a esa etapa de la historia del peronismo. La conclusión a la que arriba uno de ellos es que ese lapso temporal está silenciado porque en él “estuvieron todos”, haciendo referencia a la confluencia en acciones conjuntas de personas que en años posteriores estarían en posiciones encontradas en las internas del peronismo, ya sea por sus

¹ Una versión preliminar de este capítulo puede hallarse en mi tesis doctoral, en la cual se aborda la participación femenina en la Resistencia peronista en el período 1955-1966, desde una perspectiva de género (Gorza, 2017).

² La Resistencia peronista es el proceso de lucha llevado a cabo por los militantes y simpatizantes de ese signo político luego del derrocamiento del gobierno peronista en 1955. Hay varias posturas sobre su fecha de cierre, tanto entre los/as historiadores/as como entre los/as actores políticos. Algunos/as señalan el final en 1973, con el regreso de Perón a la Argentina, luego de un obligado exilio que duró dieciocho años; otros/as señalan en diferentes momentos de las décadas de 1950 y 1960. No podemos hablar de la Resistencia peronista como un proceso homogéneo. Diferentes actores, con diferentes modalidades de intervención participaron a lo largo de esos dieciocho años, o en períodos acotados dentro de ese lapso. Las delimitaciones temporales siempre están inscriptas en posturas políticas e ideológicas.

orientaciones ideológicas como por las diferencias que separaron a aquellos que se mantuvieron ligados a la militancia de base y/o a posturas combativas respecto de quienes se burocrataron y adoptaron una actitud negociadora: “¿Por qué se borra esa parte? Porque en esa parte estuvieron todos; hasta los Cavalieri, ¿no? Compañero de ruta. Y hoy en día sabemos quién es Cavalieri.³ Entonces, yo creo que se oculta deliberadamente” (Relato de Enrique “Chiche” Pecorino, en Fernández Mouján, 2009).

La charla de estos militantes y este comentario en particular han actuado como un disparador que me ha llevado a reflexionar acerca de las razones que condenaron a la Resistencia peronista desarrollada durante los diez años que siguieron al golpe de Estado de 1955 en Argentina, a un lugar marginal en la memoria colectiva respecto de otros períodos históricos. Ese es uno de los objetivos que persigue este capítulo. Pero además, existe otro silenciamiento que atraviesa a esa experiencia de resistencia y es aquel que atañe a la participación femenina; las mujeres han sido eliminadas de los relatos sobre la Resistencia o condenadas a un papel de mero apéndice de actividades llevadas a cabo por militantes varones. La historia oral nos ofrece interesantes líneas de análisis para problematizar ambos tipos de silenciamiento, entre las cuales podemos mencionar los diferentes usos de la memoria, la relación pasado-presente y la vinculación entre relato individual e historia colectiva. Además nos interesa explorar cómo el género interviene en la construcción de los relatos y en la articulación entre discursos públicos e individuales. Dichas dimensiones, que ya han sido aplicadas a estudios sobre la militancia en la década de 1970, todavía no han encontrado eco para el análisis de la Resistencia peronista en los años sesenta y tempranos setenta del siglo XX. Me interesa abordar particularmente una dimensión de la Resistencia peronista, que es aquella que se vincula al uso de la violencia, ya que la misma constituye un aspecto problemático que ha incidido decisivamente en los silenciamientos que se han construido sobre dicho proceso histórico y sobre el lugar de las mujeres como partícipes del mismo. El análisis será desarrollado a partir de entrevistas propias realizadas a militantes de la época, entrevistas dis-

³ El relato alude a Armando Cavalieri, secretario general del Sindicato de Empleados de Comercio desde 1983.

ponibles en archivos públicos y testimonios extraídos de libros de divulgación y de la película *Los Resistentes*.⁴

Los silencios sobre la Resistencia peronista

Tras la caída del gobierno peronista el 16 de septiembre de 1955 por el golpe de Estado de la Revolución Libertadora,⁵ los militantes de ese signo político se embarcaron en una lucha tendiente a recuperar los espacios de poder perdidos y a hacer visible al peronismo bajo un gobierno que pretendía hacerlo desaparecer mediante la aplicación de políticas concretas como la proscripción del Partido Peronista; la intervención de los sindicatos y de la Confederación General del Trabajo; la inhabilitación de dirigentes y su encarcelamiento, junto con el de cientos de militantes; el exilio obligado de Perón; la destrucción de monumentos y edificios públicos vinculados a su gobierno; la aplicación de medidas tendientes a incrementar los niveles de explotación en el sistema productivo, que se desplegó sobre la clase obrera en su totalidad, no necesariamente peronista; y, entre otras cosas, la prohibición de usar públicamente los símbolos de esa fuerza política, medida que se concretó a través de la sanción del decreto 4161 en marzo de 1956. Pese a los intentos de disciplinamiento encarados por el gobierno de la Revolución Libertadora, preocupado por hacer desaparecer al peronismo de la escena política, lo cierto es que los mismos resultaron infructuosos, y revelaron la imposibilidad de construir un proyecto político que no lo incluyera o que lo eludiera como factor de poder. Tan es así que entre los rasgos que caracterizan al período destacan la inestabilidad política —expresada en la alternancia de gobiernos militares con democracias débiles y condicionadas—, el rol de las Fuerzas Ar-

⁴ En los casos en que los y las entrevistadas ofrecen testimonios que pueden resultar comprometedores, hemos decidido usar seudónimos. No hemos seguido el mismo criterio con personas que ya han fallecido o cuyos relatos están publicados y son de conocimiento público. Las entrevistas referidas con seudónimo son las de Juan, Pedro, Julia, Emilia y Eugenia.

⁵ La Revolución Libertadora fue el golpe de Estado cívico-militar que derrocó al gobierno peronista dando lugar a un gobierno de facto que duró hasta el 1º de mayo de 1958. Entre septiembre y noviembre de 1955, la presidencia fue ocupada por el general Eduardo Lonardi, de tendencia nacionalista, siendo luego destituido por un golpe interno de los sectores liberales encabezado por su vicepresidente, Isaac Rojas que buscaba profundizar las medidas antiperonistas. El segundo gobierno de la Revolución Libertadora tuvo a Pedro Eugenio Aramburu en la presidencia y a Rojas en la vicepresidencia.

madras como árbitro de la política y del sindicalismo como factor de presión (Cavarozzi, 1983; O'Donnell, 1972; Portantiero, 1973; Smulovitz, 1991; Spinelli, 2005). En este contexto, la resistencia se desplegó en múltiples planos y a través de diversas expresiones, producto del carácter heterogéneo de las fuerzas y sujetos que integraban el peronismo. Abarcó desde manifestaciones espontáneas hasta intentos de golpes de Estado por la vía militar y ensayos aislados de guerrilla, y en un plano más sostenido, las acciones de los obreros y obreras en sus espacios de trabajo y el proceso de recuperación de los sindicatos intervenidos; además de la lucha por el retorno de Perón y el reclamo por el levantamiento de las proscripciones. A ello hay que sumar las expresiones culturales que tuvieron como objetivo mantener una memoria pública sobre el peronismo y que se manifestaron de maneras muy variadas.⁶

En este trabajo nos interesa retomar las apreciaciones que sobre la temática ha desarrollado Ernesto Salas en *La resistencia peronista. La toma del frigorífico Lisandro de La Torre* (2006 [1990]). En este libro el autor llama la atención sobre los usos y resignificaciones que sufrió la expresión “Resistencia peronista” por los militantes de la década de 1970. Según sus palabras, la Resistencia desplegada en los años cincuenta fue enviada al plano de lo folklórico. Se creó una imagen mítica de ella, sin contradicciones, de la cual fueron eliminados los sectores ortodoxos del sindicalismo o directamente el sindicalismo en su totalidad, para resaltar aquellos hechos y momentos de alta combatividad, como fue la toma del frigorífico, que serían contemplados como antecedentes de la lucha armada que se desplegó en los años setenta.

Ernesto Salas y los protagonistas del film *Los Resistentes*, al que hicieramos referencia al comienzo de este capítulo, manifiestan su preocupación por dos formas diferentes de olvido. Alessandro Portelli (2005) utiliza la expresión “memoria oximorónica” para hacer referencia a una memoria en la que olvido y recuerdo aparecen estrechamente vinculados, y en la que el olvido es una parte constitutiva de la memoria. De esta manera, recordar puede ser una forma de olvidar y existen diferentes estrategias para ello. Una consiste en suprimir aquello que es perturbador. En el caso de quienes dan su testi-

⁶ Es muy amplia la bibliografía que aborda la temática. Ver especialmente: Álvarez, 2014; Amaral, 2004 [1993]; James, 2010 [1988]; Centurión, 2007; Melon Pirro, 2009; Nieto, 2009; Raimundo, 1998; Salas, 2006, 2006 [1990]; Schneider, 2005; Scoufalos, 2007; Seveso, 2010.

monio en el documental *Los Resistentes*, el olvido estaría expresado en forma de omisión deliberada de un pasado contradictorio que no responde directamente a las necesidades del momento posterior, aquel en que se escribió el relato sobre la Resistencia peronista. El recurso en este caso es eliminar un período de la historia (1955-1965) cuya contradicción principal estaría dada por la presencia de dirigentes que se burocratizaron en años posteriores. Pero la forma de olvido sobre la que nos alerta Ernesto Salas desde su condición de historiador es una más compleja y puede sintetizarse en lo que Portelli llama “memoria monumento”. Este tipo de memoria implica una fosilización y monumentalización del pasado, vinculada al mito y al folklore. El pasado es sacralizado, se presenta libre de contradicciones, se cierra al análisis y a la crítica, y pierde su relación con el presente. Aquello que es contradictorio, las “memorias perturbadoras”, es eliminado del relato (Portelli, 2013):

Hay un frase de Mario Benedetti esculpida en un lugar de memoria tan trágico como Villa Grimaldi en Santiago de Chile: “el olvido está lleno de memoria”. O como escribió Borges: “el olvido es una de las formas de la memoria, su vago sótano, la otra cara secreta de la moneda”. Por esto, recordarlo todo como en la metáfora de los cartógrafos del emperador de Borges significa no recordar nada: más que un depósito de datos, la memoria es un constante trabajo de búsqueda de sentido, que filtra los rastros de la experiencia entregando al olvido lo que no tiene más significado en la actualidad -pero también lo que tiene demasiado significado. En este sentido, la imagen borgesiana del “sótano” se conecta con la de Benedetti del olvido como “gran simulacro repleto de fantasmas”: memorias no olvidadas sino suprimidas, que reaparecen en formas perturbadoras cuando se suelta el control (Portelli, 2016, p. 477).

Entonces, lo que ocurre no es una eliminación total de un período de la historia; aunque cabe reconocer que en los relatos que se construyen desde el presente, la primera experiencia de la Resistencia no ha recibido la misma atención que la experiencia setentista. Lo que se elimina en la mirada elaborada en los años setenta del siglo XX—que aún tiene vigencia en el presente— es el componente sindical y los elementos ortodoxos del peronismo. Por supuesto que la creación del mito y del folklore nunca se realiza en el vacío,

sino que descansa en autorrepresentaciones compartidas. Sin embargo, su creación, que va ligada a la construcción de una memoria colectiva, responde a los intereses que los grupos creadores del relato sobre el pasado tuvieron en el momento en que le dieron forma al mismo. En este caso, la Resistencia que se desplegó en los años que siguieron al golpe de Estado de 1955, y cuyo final es ubicado por Salas en 1960,⁷ habría sido recordada por las organizaciones de la izquierda peronista de la década de 1970, pero eliminando aquello que resulta perturbador —el componente sindical—; y que se plasma, tomando la expresión de Portelli (1996), a través de “memorias no autorizadas”.

Ernesto Salas señala la necesidad de no analizar la Resistencia peronista desde una mirada “setentista”, sino tratando de situarla en el contexto histórico en el que tuvo lugar, de manera tal que muchas de sus contradicciones se vuelvan inteligibles. De modo similar, me propongo analizarla no como una etapa incompleta de un proceso que tendría lugar años más tarde, sino tratando de comprenderla en su especificidad. Ahora bien, las características que había adoptado el peronismo en el período previo, durante su gobierno (1946-1955), sus formas de hacer política y la heterogeneidad que lo caracterizó desde sus orígenes influyeron en las lógicas de acción que se implementarían con posterioridad al golpe de Estado que produjo su derrocamiento; a la vez que esa heterogeneidad se mantendría en la nueva etapa. Sin duda, el quiebre que tuvo lugar en 1955 abrió nuevas oportunidades para que grupos combativos —muchos de los cuales confluían en el peronismo revolucionario años más tarde— fueran ganando espacio y se convirtieran en actores legítimos de la política y del peronismo. A su vez, como han demostrado la mayoría de los trabajos que abordan el período, la rama sindical fue gravitante, ya que los sindicatos lograron sobrevivir al golpe de Estado y ser recuperados por el peronismo rápidamente; y este sector incluía tanto a los que en un futuro inmediato se burocratizarían como a los que asumirían posturas radicalizadas.⁸ Por otro lado, si bien las estructuras partidarias fueron las primeras en

⁷ Para Ernesto Salas la Resistencia peronista habría terminado en 1960, con el levantamiento de Miguel Ángel Iníguez; el último intento de golpe cívico-militar peronista, que tuvo como epicentros las ciudades de Rosario y Tartagal (Salas, 2006 [1990]). En trabajos anteriores discutimos esa periodización y ofrecemos otros criterios de delimitación (Gorza, 2017).

⁸ Durante el gobierno de Eduardo Lonardi hubo intentos de mantener el diálogo con los líderes sindicales peronistas, pero una vez instalados Aramburu y Rojas en el gobierno las políticas

quebrarse al caer el gobierno peronista, con dirigentes que abandonaron la actividad política, que se exiliaron motivados por las persecuciones encaradas por el gobierno de la Revolución Libertadora, o que lisa y llanamente se pusieron a las órdenes del nuevo gobierno, hubo actores provenientes de las mismas que se sumaron a la Resistencia; empezando por John William Cooke, el primer delegado de Perón en el exilio, que al momento del golpe de Estado ocupaba el cargo de interventor del Partido Justicialista en Capital Federal. El año 1958 es un momento revelador para observar las contradicciones que atravesaban al peronismo; un ejemplo lo brindan los conflictos que se generaron ese año, cuando se reincorporaron muchos de los dirigentes que habían estado encarcelados o exiliados. El siguiente testimonio de un exdiputado provincial que se había exiliado en Uruguay luego de su participación en el levantamiento de Valle,⁹ lo ilustra claramente:

Juan: Cuando volví había un acto y entonces...

Anabella: ¿Cuándo volvió del Uruguay?

Juan: Sí, a los pocos días, no me acuerdo qué cosa, hubo un acto del peronismo; ya estaba Alende en el gobierno.¹⁰ Todas las cosas habían cambia-

hacia los sindicatos se endurecieron; estos y la CGT fueron intervenidos y todos los dirigentes gremiales que habían tenido actuación en el segundo mandato peronista (1952-1955) fueron inhabilitados para ocupar cargos. A la vez, las comisiones internas de fábrica fueron disueltas. La respuesta fue una ola de huelgas entre los años 1956 y 1957, durante los cuales los peronistas se organizaron en agrupaciones gremiales y para principios de 1957 lograron recuperar los principales sindicatos, a la vez que consiguieron unificarse, primero, ingresando a la Comisión Intersindical, que controlaban los comunistas, y en agosto de 1957, con la constitución de las 62 Organizaciones integradas por peronistas y comunistas, aunque estos últimos se retiraron al poco tiempo (James, 2010 [1988]; Salas, 2006 [1990] y Schneider, 2005).

⁹ El levantamiento de Valle tuvo lugar el 9 de junio de 1956. Fue un intento de golpe de Estado contra el gobierno de la Revolución Libertadora que contó con la participación de sectores militares —algunos de filiación peronista y otros nacionalistas que reaccionaron ante el avance de los sectores liberales en el ejército—, y de sectores del peronismo, con amplia participación de las bases. Algunos militares fueron capturados y ejecutados luego de juicios sumarísimos realizados por tribunales militares, incluidos algunos de sus cabecillas (Juan José Valle y Oscar Cogorno), mientras que otros se refugiaron en la embajada de Haití y obtuvieron un salvoconducto para exiliarse en Venezuela. Muchos civiles fueron asesinados en las comisarías de Lanús y en los basurales de José León Suárez. Este hecho prontamente pasó a formar parte del martirologio de la Resistencia peronista (Melon Pirro, 2009, pp. 67-76; Salas, 2006 [1990], p. 64).

¹⁰ Se refiere a Oscar Alende, político radical que fue gobernador de la provincia de Buenos Aires entre 1958 y 1962.

do, ya había libertad para que el peronismo se moviera, se movilizara...
[...]

Juan: Bueno, ahí también surgió una decisión, porque la gente quería que yo hablara, y los que habían estado, los que se habían quedado, querían tener un mérito que nosotros no teníamos, los que nos habíamos ido. Nosotros nos habíamos ido exiliados; ¡no, si estuvimos en el paraíso nosotros! [con ironía]

Anabella: ¿Otros dirigentes?

Juan: Porque si no me iba, me fusilaban. Porque en el diario había salido que estaba fusilado, así que vos fijate... (Entrevista a Juan, 2012, La Plata).

Estos conflictos fueron muy comunes en la época, porque cuando se abrieron las primeras oportunidades para participar legalmente, no pocos se atribuyeron la legitimidad para encarar procesos reorganizadores que permitieran al peronismo insertarse nuevamente en la política institucional, y se generaron conflictos entre los que habían abandonado la actividad política después del golpe, pero que tenían larga trayectoria en el peronismo, o que se habían exiliado luego de la oleada represiva que sucedió al levantamiento de Valle en junio de 1956, y los que se habían mantenido en actividad durante los años de la Revolución Libertadora. Aunque el devenir posterior de algunos sectores del peronismo hacia posturas radicales ha tendido a concebir esos intentos de reorganización partidaria como actitudes negociadoras, lo cierto es que si observamos las fuentes de la época, ellas nos demuestran dos cuestiones: por un lado, que entre muchos peronistas circulaba la idea de que con el gobierno de Frondizi, que —recordemos— se había logrado merced a un pacto con el peronismo, se creía que la proscripción sería levantada y que el retorno de Perón ocurriría prontamente. (Después de todo, ¿quién podría saber en 1958 que su exilio llegaría a durar dieciocho años?). Por otro lado, encontramos a militantes y dirigentes actuando en diversos planos, de manera que reorganizar las estructuras partidarias no era incompatible con el mantenimiento de acciones clandestinas, muchas de las cuales recurrían al uso de la violencia (Gorza, 2017).

El relato de Juan evidencia además un conflicto que atravesó al peronismo durante esos años, y es la idea de que los sujetos provenientes de las estructuras partidarias no habían participado de la resistencia al gobierno de la

Revolución Libertadora. Si bien fue el sector sindical el que llevó la delantera en esas acciones, no faltó la intervención de otros sujetos que provenían de otros espacios de participación, inclusive del partido y en todo caso, debe contemplarse el carácter discursivo de muchas afirmaciones respecto de esta cuestión. Es decir, en el peronismo circulaba, desde sus orígenes, una noción de repudio a “la política” y a “los políticos”, que provenía de los debates entre laboristas y renovadores. Los primeros, de origen sindical, reprochaban a los segundos —políticos radicales de la línea partidaria pura— su pertenencia a la “antigua política”, a la “politiquería”, carente de contenido social. Esta idea fue tomada luego por el discurso peronista oficial para diferenciarse de la política liberal que había primado hasta su llegada (Mackinnon, 2002). Después del golpe de 1955, estas ideas volvieron a cobrar fuerza. Hubo una crítica a “los políticos”, los dirigentes del partido, que habrían sido los primeros en traicionar y defecionar, a diferencia de la rama sindical que se había mantenido en pie. (James, 2010 [1988], p. 132). Sin embargo, el carácter discursivo de estas afirmaciones se pone de manifiesto de diferentes maneras. Por un lado, en el ámbito sindical también emergieron disputas sobre la conveniencia de mantener posturas duras o combativas, que surgieron a medida que los sindicatos fueron siendo recuperados (Amaral, 2004 [1993]). Por otro, en mis entrevistas he encontrado esas críticas a “los políticos” emitidas por personas cuya militancia se desarrolló en unidades básicas, tanto antes como después del golpe de Estado, y que, empero, se expresan como si esas unidades básicas no fueran políticas o no formaran parte del partido. Aunque las mismas no respondieran a la alta dirigencia partidaria —sobre todo durante los años de la proscripción— eran entidades políticas y participaban de procesos electorarios.¹¹ Ello da cuenta de las dificultades de muchos militantes peronistas de la época para asimilar el carácter político de sus actividades.¹²

¹¹ Steve Levitsky (2005) ha destacado el carácter movimentista del peronismo; una fuerza política en la que las estructuras de base —entre las que se encuentran las unidades básicas— se comportan de manera casi autónoma, sin interactuar en el plano horizontal ni responder a los organismos formales de conducción, ya sea en el nivel nacional, provincial o local. Sin embargo, no por ello esas estructuras dejan de pertenecer al partido.

¹² A ello hay que agregar que la misma situación se dio de manera exacerbada entre las altas dirigentes del Partido Peronista Femenino, designadas como “las políticas”, muchas de las cuales, sin embargo, hasta el día de hoy no conciben su actividad como tal sino como actividad social. Véase Barry, 2009.

Luego de un período de completa proscripción del peronismo que tuvo lugar durante los años de la Revolución Libertadora, cuando la única opción de intervención posible eran las actividades de carácter clandestino o la creación de partidos neoperonistas, lo que se observa a partir de 1958 es un panorama complejo, en el cual al peronismo se le ofreció la posibilidad de organizarse a través de las estructuras del Partido Justicialista para participar nuevamente en la política institucional, pero donde las proscripciones y acciones represivas del Estado no cesaban, sino que se mantuvieron de forma intermitente. Se trató de un contexto cargado de incertidumbre y no libre de contradicciones, en el que fuerzas que impulsaban el cambio se enfrentaban a la inercia de las viejas estructuras que pujaban por no desaparecer y por mantener un lugar en el peronismo, y a la vez, cambios de estrategias y de alineamientos ante diferentes coyunturas que hacían difícil que la división entre sectores fuera tajante o que se dirimiera en términos ideológicos.¹³ Un ejemplo de ello fue la oposición al pacto con Frondizi y a la reorganización partidaria por parte de algunos integrantes de los comandos de la Resistencia, estructuras de base que se habían creado de manera autónoma para dar cauce a las actividades clandestinas. Estos se negaban a abandonar las acciones de choque y se enfrentaban a los defensores del pacto, vinculados a la figura de John William Cooke y a las 62 Organizaciones. Sin embargo, hasta ese momento unos y otros eran aliados y sostenedores de ese tipo de acciones. ¿Cómo prever en aquel entonces qué sectores se impondrían y cuál sería el devenir del peronismo?

Retomando lo dicho hasta aquí, podemos decir que la Resistencia peronista que se desplegó durante los primeros años posteriores al golpe de Estado de 1955 fue objeto de dos tipos de silenciamiento. Los entrevistados del documental *Los Resistentes* le atribuyen un borramiento, un silenciamiento completo y literal, producto de las incomodidades que genera reivindicar un proceso que contó con la presencia de sujetos que en años posteriores adoptarían posturas negociadoras. Ernesto Salas, por su parte, le imputa una sim-

¹³ Algunos autores han señalado los riesgos de leer la historia de la década de 1950 posteriores al golpe de Estado desde el universo de sentidos de la década de 1970. Humberto Cucchetti (citado en Besoky, 2013) desarrolla la idea de “nebulosa militante” para explicar, en esos años, la proximidad de actores cuyas trayectorias se separarían en las décadas posteriores y la imposibilidad de hablar de una división del peronismo entre izquierda y derecha.

plificación realizada por los sectores vinculados al peronismo radicalizado de los años setenta, que eliminaron el componente sindical. Desde estas páginas consideramos que dicho componente fue decisivo, pero que además intervinieron actores muy diversos, provenientes de distintos espacios de participación, inclusive político-partidarios —considerando que “lo político” no se reduce a la alta dirigencia y que la militancia en una unidad básica también es política—, y que la explicación radica en la heterogeneidad que atravesó al peronismo desde sus orígenes. Pero además, hubo otro silenciamiento: aquel que implica a las mujeres como sujetos de la Resistencia peronista. Las razones de ese silenciamiento son variadas y complejas. Aquí solo me limitaré a analizar cómo las problemáticas que genera el tema de la violencia asociado a la Resistencia peronista fue uno de los factores que contribuyó a forjarlo. Pero antes de pasar al desarrollo de esta cuestión, resulta interesante abordar los problemas más generales que la temática de la violencia genera en los relatos que sobre la Resistencia peronista se han construido desde el presente.

Resistencia y violencia. Nuevas interpretaciones, nuevos silencios

En 1955 se inició un período de intensa movilización popular que dio lugar a una escalada de actos violentos, la cual adquiriría grandes magnitudes en la década de 1970 (Gordillo, 2007). Aunque en los diez años que siguieron al golpe de Estado de la Revolución Libertadora dichas acciones no tuvieron ni la envergadura ni la ubicuidad que adquirirían en años posteriores, constituyeron un fenómeno novedoso para la época. El uso de la violencia no fue generalizado en toda la Resistencia peronista, pero por ser los fenómenos vinculados a ella los más visibles, ha llamado la atención de los contemporáneos y de varios investigadores. Para Samuel Amaral (2004 [1993]), la violencia aparece como una cuestión asociada directamente a la definición de Resistencia peronista, en la que esta es abordada a partir de los atentados y actos de sabotaje registrados por la prensa y de las cartas y mensajes de Perón, que se habrían caracterizado por el uso de un lenguaje belicista. Hacia comienzos de 1958, el autor observa el reemplazo de una estrategia de guerra por una de carácter político, concretada en el pacto con Frondizi, y reflejada en la adopción de un lenguaje más moderado así como en el desarrollo de atentados realizados de manera menos indiscriminada, y vinculados a objeti-

vos políticos o sindicales. Para otros autores, la violencia es un aspecto de la Resistencia pero no el más definitorio. Julio César Melon Pirro (2009) otorga énfasis a la política como factor determinante de las acciones violentas: sostiene que desde un primer momento la Resistencia fue concebida en términos políticos, para luego ser reemplazada por otra estrategia, la política partidaria. César Seveso (2010), por su parte, estudia las dimensiones culturales de la violencia que atravesaron el conflicto peronismo-antiperonismo, procurando superar los análisis que la conciben en términos estratégicos. Para ello analiza, a partir de poesías producidas por militantes, las bases no materiales y no ideológicas que guían la acción colectiva, y le otorga un lugar destacado a las emociones. A su vez, algunas investigaciones dan cuenta de las relaciones entre comandos y sindicatos y de cómo la violencia formó parte del propio proceso de recuperación de los sindicatos intervenidos, al menos durante el período 1955-1959/1960 (James (2010 [1998]), Raimundo (1998), Salas (2006 [1990]) y Schneider (2005)).¹⁴

En sintonía con el análisis que venimos desarrollando, cabe hacer una alusión nuevamente al trabajo de Ernesto Salas (2006 [1990]). Al señalar las resignificaciones que los discursos setentistas realizaron sobre la Resistencia peronista desplegada en los años cincuenta, este autor observa que el tópico de la violencia ocupó un lugar importante en los mismos. Esos discursos le recriminaban a la primera Resistencia que la violencia no hubiera sido extensiva a toda ella con objetivos estratégicos y revolucionarios, situación frente a la cual las organizaciones armadas de los años setenta se presentaban como superadoras. Salas sostiene que la violencia fue extensiva a la Resistencia en su totalidad, pero que hay que diferenciar entre dos tipos. Los atentados que cobraron envergadura, cuyo ejercicio se limitó a algunos actores, y una violencia cotidiana expresada en acciones menos llamativas, pero que no dejaban de ser violentas y que se ejercían como respuesta a la proscripción y exclusión efectuada por los sectores dominantes. Agrega, además, que el hecho de que la violencia haya afectado el proceso de recuperación de los sindicatos, es una muestra de que la misma no careció de

¹⁴ También cabe mencionar trabajos que analizan las dimensiones violentas de la Resistencia en espacios locales, tales como los de Agustín Nieto (2009) para Mar del Plata y de Yamile Álvarez (2014) para la provincia de Mendoza.

objetivos estratégicos; solo que esos objetivos no eran los que sostenía la izquierda peronista en la década de 1970.

Lo dicho por Ernesto Salas remite a los discursos públicos que se construyeron en la década del setenta del siglo pasado. Pero, ¿cuál es el relato que sobre la Resistencia peronista de los años cincuenta y primeros sesenta de ese siglo circula en la actualidad, no solo en los discursos públicos sino también en los testimonios privados? A diferencia de los setentistas que le criticaban a la primera Resistencia no haber hecho un uso de la violencia más extensivo y estratégico, en la actualidad circula un discurso de la no violencia que tiende vaciar por completo a la Resistencia peronista de sus aspectos violentos o a matizarlos mediante una narración de tono anecdótico. La temática de la violencia, su rechazo y negación, irrumpe en la mayoría de los relatos que he registrado a través de entrevistas, aunque los cuestionarios no incluyeron preguntas que apuntaran directamente a esa cuestión. Por eso, las causas de esa recurrencia se vuelven un tema de indagación. Ello no significa que los entrevistados hayan estado implicados en acciones violentas y que mientan acerca de su pasado, sino que semejante énfasis por desvincularse de dichas acciones —y en algunos casos, por desligar de la violencia a la Resistencia e incluso al peronismo en su totalidad— está dando cuenta de una interpretación de la misma como un factor problemático.

Anteriormente me he referido al discurso público sobre la Resistencia peronista; a la creación de una “memoria monumento” sobre el pasado y los mecanismos para eliminar las “memorias perturbadoras”, que en el caso del discurso público se plasman mediante “memorias no autorizadas” que pudieran introducir fisuras en ese relato. Sin embargo, Alessandro Portelli, también ha dado cuenta de la existencia de “memorias perturbadoras” en el nivel del recuerdo personal, que tendrían su expresión a través de lo que el autor denomina “memorias involuntarias”: contradicciones del propio relato que emergen a pesar de los intentos del narrador por reprimirlas (Portelli, 2013):

memoria monumento: la memoria practicada y a menudo impuesta por las instituciones, como conmemoración y celebración de las glorias del pasado; narración de una identidad nacional que sólo recuerda lo que enorgullece y elimina las sobras y contradicciones. A menudo esta es también una memoria individual sobre la cual se construyen los cimientos

de una identidad personal. En fin es la memoria como instrumento para sentirnos satisfechos y en paz con nosotros mismos, y por lo tanto para seguir siendo lo que somos o lo que hemos sido. Pero la memoria es también –diría casi *sobre todo*, o en todo caso más útilmente algo que sirve para molestarnos, para poner en duda las certezas y las creencias que nos tranquilizan (Portelli, 2016, p. 477).

Podemos observar, entonces, la presencia de una memoria sobre la violencia que cumple el papel de una memoria perturbadora e involuntaria, y de la negación como recurso para exorcizarla (Portelli, 2001 [1999]; 2013; 2016). El caso de Nello, un militante de la ciudad de La Plata, es muy ilustrativo respecto de las incomodidades que genera el tópico de la violencia. Cada vez que en su relato se menciona la palabra “resistencia”, esta automáticamente va acompañada de una segunda palabra aclaratoria, “pacífica”, como si el término “resistencia” remitiera inexorablemente a la violencia:

Anabella: ¿En qué momento se crea la unidad básica que funcionaba en la casa de su hermano?

[...]

Nello: Estas se crearon después [del derrocamiento del peronismo], para la Resistencia; pacífica.

Anabella: ¿Nació como ateneo?

Nello: Nació como ateneo y después se hizo unidad básica

[...]

Anabella: ¿Y su hermano Francisco había tenido algún tipo de participación política durante el gobierno peronista?

Nello: No, no, no. En la época de Perón, no. Solamente después del 55. Después de la caída de Perón, del gobierno peronista, ahí sí, ya nos volcamos a la lucha, pero pacífica. Nadie tenía una honda para matar un pajarito (Entrevista a Nello Fiorenza, 15 de marzo de 2014, La Plata).

En este entrevistado hay un intento por diferenciarse del proceso de lucha armada que se generalizó en la década de 1970. Al final de la entrevista manifestará explícitamente su repudio a ese proceso, al dar cuenta de cómo los jóvenes identificados con esa tendencia quisieron “copar” la unidad básica. En este caso, la estrategia es despojar a la Resistencia de sus aspectos

violentos. En otros, como he señalado anteriormente, el recurso consiste en recordar acciones que implicaban el uso de la violencia, pero en el marco de un lenguaje mítico y anecdótico. Melon Pirro (2009) sostiene que así como hubo una identificación en el nivel semántico entre ambas etapas de Resistencia, también ha circulado la imagen de un “terrorismo amateur” e “inocente”, sostenida por los militantes que tuvieron su participación en la primera experiencia y utilizada para diferenciarse de la militancia setentista, en la cual la violencia habría sido “menos discriminada” y “menos inocente”. Es decir, se ha construido un relato alrededor de la tradición del uso del “caño”, las bombas de fabricación casera que fueron las que predominaron en los primeros años de la Resistencia peronista. Veamos un ejemplo:

Tampoco nunca pude olvidarme de Osvaldo Piñeyro, un compañero de facultad que no había tenido en su vida, creía yo, otra preocupación que llegar a ser un buen contador público. Un día de 1956 me lo encontré por la calle. Venía con la corbata desarreglada, desalineado, estaba distinto. Le pregunté qué le pasaba y el que para mí sólo sabía hacer asientos contables se despachó: ‘...estoy poniendo caños...’. Y se detuvo a explicarme su técnica: se había hecho un agujero en el bolsillo del pantalón, y mientras iba caminando por la vía del tranvía, iba tirando los petardos. Después, como al descuido, volvía para asegurarse de que estuvieran bien colocados, los empujaba con el pie y se iba lo más campante, caminando tranquilamente y regocijándose con el ruido que había a sus espaldas. Esta imagen volviendo una y otra vez a mi memoria me convenció de que teníamos que rescatar lo insólito, lo inédito de la Resistencia, esa nota distintiva y ese ‘sigilo estratégico’, que hizo que muchas veces los peronistas tuviéramos que callar pero mientras tanto, por abajo, seguíamos cavando (Relato de Antonio Cafiero, en Garulli, et al., 2000, p. 12).

Este ejemplo lleva al extremo esas características de inocencia que señala Melon Pirro (2009). Pero sin ir tan lejos, encontramos testimonios similares en una multiplicidad de soportes, entrevistas, documentales, libros de divulgación, e incluso imágenes de ese tipo suelen filtrarse en cierta bibliografía académica; fenómeno que podría sintetizarse en la idea de una imagen romántica sobre la primera Resistencia peronista. Un ejemplo lo constituye el documental *Los Resistentes*, que hemos citado al comienzo de este capítulo,

en el cual las personas narran episodios de su militancia en los que se refleja su relación con las armas y explosivos y su pertenencia a algún comando, en muchos casos, en una tónica nostálgica, graciosa, o ambas a la vez. El carácter nostálgico suele estar asociado a la vinculación de los recuerdos con una etapa particular de la vida, en general la adolescencia o la juventud. Observemos el relato de dos amigos de barrio que compartieron su participación en la Resistencia:

Y bueno, la etapa de la Resistencia, José tiene un par de años más que yo; fue mi maestro. Mi papá, yo cuando tenía once años, mi papá se fue de mi casa. Entonces, vos sabés bien cómo era la situación antes. O sea, tu papá y tu mamá no te ponían al día de lo que vos ibas evolucionando como ser humano. Entonces, ¿dónde lo aprendías? En una esquina con los amigos. Y toda la vida me gustó ser amigo de los mayores y de los que, en cierto modo, me tiraban un línea, ¿no? [llora] Y el Cabezón fue uno (Relato de Teodoro Valdez, en Fernández Mouján, 2009).

El carácter nostálgico y emotivo puede convivir en una misma entrevista con el anecdótico y gracioso. Este último suele derivar, por un lado, de la imprudencia, que era a su vez producto de la inexperiencia:

Teodoro se olvida de una anécdota que debe ser la más, no la más importante si no, la más curiosa. Del '55 a mí me habían quedado unos paquetes de dinamita con fulminantes, con mecha, y en esa requisa que cuenta, '¿Qué hacemos con esto? Teníamos alrededor de diez kilos de dinamita, ¿Qué hacemos con esto? Bueno, arriesguémonos y vayamos a tirarlo al Riachuelo'. Así hicimos. Agarramos el paquete de dinamita y la pudimos tirar al Riachuelo. Sin contar previamente las pruebas que hicimos de cómo explotarla, que nos asombraba y nos hacía más poderosos que Napoleón, porque creíamos que con la dinamita que teníamos éramos los reyes de la Resistencia [...] Como broche, un día yo llego de trabajar y tenía a mi hija, que tenía dos años, y la veo saltando con una mecha del paquete de dinamita que tenía arriba del ropero, la utilizaba como soga de saltar [risas] (Relato de José Liñeiro, en Fernández Mouján, 2009).

Pero además, lo anecdótico surge de lo irrisorio que resulta que alguna vez los sectores populares hayan pensado que podían enfrentarse a los sec-

tores que detentaban el poder, sobre todo con la escasa experiencia y organización que poseían, y con métodos tan rudimentarios. Una de las personas que he entrevistado y que se refiere al levantamiento de Iníiguez, lo expresa de esta manera:

Vos fijate la mística, el compromiso y la entrega que había que tener; que tuvieron estos compañeros y compañeras para participar de la toma de un regimiento. El imaginario que llegó a conformar la Resistencia del peronismo que concibió la posibilidad de tomar un regimiento (Relato de Pedro, en la entrevista realizada a Julia, Eugenia, Emilia y Pedro, 2012, Rosario).

Ahora bien, tanto en el film de Fernández Mouján como entre los militantes que he entrevistado se observa una postura similar respecto a la existencia de “códigos” en la Resistencia peronista. Juan Carlos Cena, un militante que integró un comando surgido de las estructuras sindicales ferroviarias en Córdoba sostiene que: “había códigos. Nunca la Resistencia peronista hizo un atentado o un sabotaje donde había gente. Siempre cuidó al otro, siempre cuidó al ser humano” (Relato de Juan Carlos Cena en Fernández Mouján, 2009). Sin embargo, en un libro de su autoría, *El guardapalabras, memorias de un ferroviario* (1998), establece diferencias entre quienes sostenían la concepción de una violencia con objetivos indiscriminados y quienes consideraban el sabotaje como obstáculo o interrupción de una actividad, y se oponían a las destrucciones inútiles que atentaban contra el patrimonio nacional, los instrumentos de trabajo o que ponían en peligro la vida de las personas; hechos que además generaban propaganda negativa de la Resistencia peronista.

¿Cómo deberíamos interpretar estas actitudes? Alessandro Portelli nos ofrece algunas claves para ello. El papel jugado por la violencia es una cuestión problemática no solo en los relatos sobre la Resistencia peronista, sino en los discursos sobre muchos otros procesos históricos. El autor sostiene que el recuerdo del pasado siempre está influido por los valores y preocupaciones del presente; el paso del tiempo actúa sobre los juicios que emitimos acerca de los actos que hemos realizado en épocas anteriores. Esto puede responder a cambios en los valores que prevalecen en la sociedad en un determinado momento. A veces, los narradores pueden reconstruir los procesos

mentales que hicieron posible que ciertos actos fueran considerados lícitos y/o necesarios en determinadas circunstancias y contextos. Pero otras veces ello no se logra, y los entrevistados suelen recurrir a fórmulas para exorcizar el surgimiento de esas “memorias perturbadoras” (Portelli, 2001 [1999]). Concretamente, Portelli ha indagado acerca del lugar problemático que ocupa la violencia en los relatos públicos e individuales sobre la lucha partisana en Italia durante la Segunda Guerra Mundial y ha observado las dificultades de algunos entrevistados para compatibilizar ciertas acciones realizadas en el pasado con los valores que prevalecen en la sociedad actual, y las complicaciones para ubicar históricamente esas acciones, que tuvieron lugar en un contexto de guerra (Portelli, 1999; 2013):

Más problemática aun es la memoria personal de quienes combatieron en la guerra partisana, y que en su curso cometieron acciones que contrastan con su propia conciencia, y con la ética del tiempo de paz. A diferencia de los fascistas, los partisanos no eran portadores de una ideología de violencia y de muerte; el haber practicado la violencia, el haber matado —y el ver que esta experiencia es excluida de las memorias autorizadas— produce dolorosas disociaciones dentro de las conciencias mismas (Portelli, 2016, p. 482).

La Resistencia peronista no se desarrolló en un contexto de guerra, pero tampoco en un marco democrático. La alternancia de gobiernos civiles y militares, de momentos de completa anulación del funcionamiento de las instituciones republicanas seguidos de otros caracterizados por una fuerte debilidad institucional y de intromisiones del poder militar en las decisiones gubernamentales, fueron las características que tiñeron el contexto político en el que se desplegó. Se trató de un contexto represivo y proscriptivo, en el que además se implementaron innumerables políticas económicas antipopulares. A ello debe sumarse la legitimidad —cada vez más creciente— que el uso de la violencia política por parte de los sectores populares estaba adquiriendo en el contexto de la Guerra Fría y de los procesos de descolonización en el Tercer Mundo. Considerar ese contexto haría más comprensible muchas acciones de la Resistencia, porque la violencia es coyuntural; es decir, está determinada por el contexto (Labica, 2008).

¿Cuáles son, entonces, esos factores que actúan en la sociedad actual y que impiden la comprensión de la Resistencia peronista en toda su complejidad? En principio, debemos dar cuenta del carácter problemático de asumir la propia responsabilidad en el desarrollo de acciones violentas, ante posibles sanciones penales y las reservas morales que implica. Entre militantes que participaron de organizaciones armadas en la década de 1970 también se observan los mismos reparos (Oberti, 2015). La diferencia entre estos últimos y los militantes de los años cincuenta y primeros sesenta es que entre aquellos el problema consiste en reconocer el uso propio de la violencia, mientras que entre los segundos, la negación suele hacerse extensiva a la Resistencia peronista en su totalidad e inclusive al peronismo. Es decir, se niega que la Resistencia haya apelado a la violencia como método de lucha. Las razones de esta actitud deben buscarse en un presente en el que predomina una perspectiva que condena el uso de la violencia política por la sociedad, producto, probablemente de los altos niveles de conflictividad que ha atravesado y donde están latentes las secuelas que dejó el terrorismo de Estado. Pero además, la reivindicación de un sistema democrático que no termina de consolidarse y que ha estado ausente en la mayor parte del siglo XX convive con el discurso de la no violencia, que a veces encubre otros propósitos. Como señala Georges Labica (2008) retomando una vieja distinción hecha por Karl Marx, en el marco del contexto mundial actual de globalización y políticas neoliberales, la negación de una violencia “sangrienta”, visible, y la colocación de todos los tipos de violencia bajo el mismo parámetro sin establecer distinciones, tiende a ocultar la violencia “muda”, invisible pero ampliamente extendida, que se vincula con la aplicación de esas medidas.

Para el contexto latinoamericano, las reflexiones de Pilar Calveiro (2005) van en el mismo sentido. La autora señala cómo con posterioridad a las dictaduras latinoamericanas se ha expandido un modelo democrático, propiciado por Estados Unidos, altamente cuestionable, ya que las democracias se han asentado sobre la sangre derramada por esas dictaduras, a la vez que se presentan como pacíficas cuando en realidad son altamente violentas. Por un lado, implican una violencia oculta, consecuencia de la aplicación de políticas neoliberales, pero además desarrollan una violencia explícita, visible, que se manifiesta en el castigo al delincuente y al terrorista, los dos enemigos declarados del orden mundial actual. En este contexto de exaltación del diálogo

y del pacifismo, la violencia social, producto de la exclusión que genera el neoliberalismo, es asimilada a la delincuencia, mientras que la violencia que cuestiona el orden de cosas es asimilada al terrorismo, anulando de esta manera cualquier desafío al monopolio de la violencia estatal (Calveiro, 2005). Para el contexto argentino, el retorno democrático en 1983 implicó un punto de inflexión en la construcción de memorias sobre la violencia ejercida durante la década anterior. El discurso público predominante que circuló en la sociedad durante los ochenta predicaba la fundación de una sociedad democrática basada en el diálogo en la que la revolución perdía su razón de ser, en la que los desaparecidos por el terrorismo de Estado fueron catalogados como víctimas inocentes y despolitizadas, y había pocas posibilidades para tematizar la violencia (Lvovich y Bisquert, 2008).¹⁵

Durante los años del gobierno kirchnerista (2003-2015) hubo una reivindicación de la militancia setentista. Sin embargo, como señalan Daniel Lvovich y Jaquelina Bisquert (2008), la violencia no fue tematizada, continuó siendo problemática, y se desarrolló un discurso mítico y simplificado de esa experiencia, puesto que la democracia liberal no había sido un elemento de valoración de las organizaciones de la izquierda peronista (ni de la izquierda marxista) durante los años setenta del siglo XX, y por lo tanto el ejercicio de la violencia resultaba perturbador si se quería usar esa experiencia para legitimar al gobierno. En relación con ello, Omar Acha (2012) propone contemplar la situación argentina a la luz del contexto latinoamericano y de las experiencias populares que se vislumbraron en la última década, que han llevado a redefiniciones de nociones como “revolución” y “cambio social” y han abierto expectativas para repensar el pasado a la luz de una matriz diferente a la “liberal democrática”, que fue la que se impuso a partir de 1983. No obstante, el retroceso de esas experiencias y algunos hechos puntuales, como el que experimenta nuestro país en estos días con la desaparición y muerte de Santiago Maldonado que tanto impacto ha generado en la opinión pública, suscitando la resistencia y el repudio de la población civil a la violencia institucional pero también la emergencia de discursos que parecían estar enterrados y que

¹⁵ En relación con ello es que Calveiro (2005) propone la necesidad de desarrollar una memoria política que permita recuperar los sentidos de las prácticas revolucionarias de los años setenta del siglo pasado, procurando comprender el despliegue de la violencia en el marco en que se desarrolló. En el contexto iniciado desde el fin de las dictaduras latinoamericanas al presente hay poco

remiten a la época de la última dictadura militar e incluso a dictaduras anteriores, parecen contradecir las expectativas del autor, por lo menos en lo que se refiere al discurso público y no académico sobre la violencia.¹⁶

Estas explicaciones podrían valer tanto para los militantes de los años cincuenta como para los de los setenta, y podrían ser aplicables no solo al peronismo. Pero además hay otros motivos que conciernen exclusivamente al peronismo y a la primera experiencia de Resistencia. Esta última ha sido construida en los discursos públicos como un paradigma de militancia. Fernando Balbi sostiene que los peronistas, en su socialización política, aprenden ejemplos de lealtad y traición a partir de casos concretos que están tematizados, estandarizados e integrados al folklore. Estos ejemplares tienen una función cognitiva porque aportan parámetros de comportamiento, con una fuerte carga moral, normativa y emotiva. Los relatos de la Resistencia constituyen ejemplos de lealtad, surgidos entre los propios militantes, que transmiten una idea de heroísmo y de entrega en un momento de adversidad (Balbi, 2007). Entonces, ese tópico de la violencia choca con la construcción de la Resistencia como un paradigma de militancia, que en cierta medida también ha sido construido como reacción a la burocratización y la corrupción que han atravesado a algunos sectores del peronismo. Tan es así que la Resistencia como elemento legitimador, y despojada de sus contradicciones y elementos problemáticos, es recordada desde diferentes vertientes del peronismo, independientemente del nivel de combatividad o negociación que hayan tenido los sujetos que la reivindican, a lo que hay que agregar que también es evocada por sujetos que no participaron en ella.

margen para la reivindicación de la figura del “revolucionario”. Sin embargo, esta había sido central en el vocabulario de la política latinoamericana durante la Guerra Fría, en un entorno que se había caracterizado por el ejercicio de una violencia estatal que se venía desplegando desde el siglo XIX.

¹⁶ El análisis de Acha se centra en los discursos académicos sobre la violencia de la década de 1970. El autor despliega sus expectativas sobre la posibilidad de que dicha problemática sea tematizada a partir de una nueva agenda de investigación desarrollada por académicos que, a diferencia de los autores que hasta el momento han trabajado sobre el tema de manera integral y problemática, no han vivido la experiencia de la última dictadura militar. Considera que el contexto latinoamericano contemporáneo a la publicación de su libro (2012) era propicio para esa renovación. Si bien la emergencia de discursos reaccionarios en la sociedad no invalida esa posibilidad de renovación, cabe señalar las transformaciones que ha sufrido ese contexto desde el momento de publicación al presente, cuando el neoliberalismo vuelve a imponerse con todas sus fuerzas.

La Resistencia desarrollada por el peronismo entre los años 1955 y 1965 ha sido objeto de múltiples formas de silenciamiento. Sin duda, ha sufrido un silenciamiento en términos literales, tal como formulan los protagonistas de *Los Resistentes*. Ello es muy patente en la bibliografía académica, donde ha despertado muy poco interés, sobre todo si se la considera a la luz del auge que han tenido los estudios sobre la militancia setentista en la última década; cuestión que es señalada por los protagonistas del documental, que hacen referencia a la ausencia de estudios sistemáticos sobre el período. En los discursos públicos que emergen de los propios protagonistas se observa un esfuerzo por diferenciarse de aquella otra experiencia de militancia posterior, cuya fuerza se hace sentir en el imaginario colectivo. Pero de esos discursos, lo que surge es una imagen romántica de la Resistencia que hace difícil un abordaje analítico, y que inclusive se filtra en algunos trabajos académicos. Ahora bien, si hay un aspecto de la Resistencia peronista que ha sido completamente silenciado, este se vincula con la presencia femenina en sus filas. Pese a que a veces se habla de “los hombres y mujeres de la Resistencia peronista”, o que se hace referencia a “las mujeres de la Resistencia peronista”, lo cierto es que esas menciones son siempre tangenciales y que la historia de esas mujeres recién está comenzando a escribirse. En el apartado siguiente analizaremos por qué esa historia ha sido silenciada y cómo el problema de la violencia ha ejercido cierta influencia sobre ese silenciamiento.

El género como articulador de las memorias sobre la Resistencia peronista

El principal problema para llevar a cabo un análisis sistemático sobre la participación femenina en la Resistencia peronista que siguió al golpe de Estado de 1955 está dado por la escasez de fuentes, tanto escritas como orales. Respecto de las primeras, el factor causal más importante de esa dificultad radica en el carácter clandestino de muchas de las prácticas que conformaron el repertorio de confrontación de la Resistencia; cuyas huellas en las fuentes escritas suelen aparecer cuando ha intervenido alguna fuerza disciplinadora. Entonces, nos encontramos con las problemáticas propias de las fuentes generadas por los aparatos de la represión.¹⁷ En relación con las fuentes ora-

¹⁷ El análisis de esas dificultades excede el interés de este trabajo, pero algunas pueden sinte-

les debemos hacer referencia a una multiplicidad de problemas. La principal complicación está dada por la falta de testimonios directos. Son escasos los casos de mujeres que se reconocen como participantes de la Resistencia y en los relatos masculinos aparecen mencionadas de manera tangencial. Por otro lado, como las narraciones sobre la Resistencia peronista casi siempre destacan actividades realizadas por militantes varones, resulta difícil identificar a las mujeres que estuvieron involucradas en dicho proceso. No olvidemos el peso adquirido por el sindicalismo durante el período y la gravitación que desplegó en el desarrollo de la Resistencia. Por lo tanto, no debería resultar-nos llamativo que los trabajos que se enfocan en las acciones que tuvieron como protagonistas a sujetos provenientes de los espacios sindicales no den cuenta de la participación femenina, puesto que a pesar de la alta presencia de mujeres en algunas ramas de la producción, el sindicalismo ha constituido tradicionalmente un espacio de predominio de lógicas de socialización masculinas, que ha opacado la participación femenina e impedido la emergencia de reconocidos liderazgos entre las mujeres (D'Antonio, 2000; Palermo, 2009).

Los primeros trabajos académicos sobre la Resistencia de los años cincuenta y sesenta datan de fines de la década de 1980 y comienzos de la de 1990, pero no hubo en ese entonces interés por recoger testimonios de mujeres y analizarlos. De hecho, hay muy pocas publicaciones respecto de la participación femenina,¹⁸ y en la mayoría de los casos se trata de trabajos breves, poco analíticos o que tocan el tema tangencialmente. Tampoco el auge de los estudios de género en la última década y media ha suscitado un interés por la temática. Y en la actualidad, a los problemas arriba mencionados se suma una nueva dificultad que está dada por el factor etario, que implica que las

tizarse en la tendencia de los agentes de la represión a inventar información para cumplir con los requisitos burocráticos (Lorenz en Bacha, 2011) o para justificar la represión (James, 2010 [1998]), y también, en pasar por alto cuestiones políticas que no fueron percibidas como tales. Del lado de las personas que fueron objeto de la represión debe mencionarse la tendencia a minimizar el compromiso político. Es decir, no debe perderse de vista que los sujetos involucrados se hallaban insertos en relaciones de poder asimétricas que influyeron sobre los discursos que emergen de esas fuentes (Farge, 1991). Finalmente, deben contemplarse las consideraciones éticas que su uso amerita. Sin embargo, esos reparos no deshabilitan su uso como fuentes históricas, por demás enriquecedoras para el estudio del pasado reciente.

¹⁸ Ver al respecto: Castronuovo, 2016; Centurión, 2007; Dos Santos, 1983; Barrancos, 2017; Scoufalos, 2007; Seveso, 2010.

posibles entrevistadas no siempre se encuentren en condiciones adecuadas para ofrecer su relato. Por eso, la mayoría de ellas suelen ser mujeres que eran muy jóvenes, generalmente adolescentes, al momento de producirse el golpe de Estado de 1955, y es difícil acceder al testimonio de mujeres de mayor edad con niveles altos de responsabilidad y compromiso.

Finalmente, debemos hacer referencia a la reticencia de muchas militantes a manifestarse sobre esa etapa de sus vidas, y ello por varios motivos: el dolor que puede provocar el tener que expresarse sobre un período marcado por la experiencia de la persecución política, la cárcel, el exilio, las dificultades económicas ante la pérdida de trabajo, la decepción ante el devenir posterior sufrido por el peronismo. Asimismo, como señalábamos en el apartado anterior, la incompatibilidad de los valores que guiaron la acción en el pasado con los valores que la guían en el presente y la imposibilidad de reconstruir el pensamiento que hizo posible que ciertas acciones fueran llevadas a cabo en un contexto determinado. Esto último se da, sobre todo, entre las mujeres que abandonaron la militancia. También influye el hecho de que el período en estudio muchas veces queda opacado en los relatos personales ante la trascendencia que para los narradores y narradoras han adquirido otros momentos de sus vidas, que para sus trayectorias personales han sido más significativos o porque incluso han dejado más huellas en la memoria colectiva. En este sentido, el peso que ha ejercido en las memorias públicas y privadas la etapa de los dos primeros gobiernos peronistas y la conflictividad de la década de 1970 ha contribuido a opacar el período que es objeto de estudio en este trabajo; una etapa que, además, ha estado marcada por una gran inorganicidad de la actividad política del peronismo, lo que hace más difícil su aprehensión.¹⁹

Además de estas dificultades que hemos señalado, debemos hacer referencia a una más. Y ella está directamente vinculada con el problema de la violencia. Cuando inicié mi investigación sobre la participación de las mujeres en la Resistencia peronista, una de las primeras fuentes que consulté fueron seis entrevistas a mujeres que habían militado en el peronismo durante

¹⁹ Algunas de estas cuestiones han sido señaladas por Ana Josefina Centurión (2007), quien sostiene que la ausencia del partido como lugar ordenador y disciplinador durante los años 1955-1958, tiende a desacomodar los recuerdos de los militantes.

los años de sus primeros gobiernos, pertenecientes al archivo oral del Instituto de Investigaciones Históricas Eva Perón. Algo llamativo de esas entrevistas fue que, si bien el cuestionario se enfocaba en el período 1945-1955, contenía una pregunta sobre la Resistencia peronista, a la que todas las entrevistadas, (excepto una) respondieron que ellas no habían participado y que no habían sido “montoneras”. Independientemente de su participación, esas respuestas nos advierten sobre cómo en los recuerdos personales el fenómeno montonero tiende a eclipsar experiencias previas de resistencia, y cómo la asociación de ese fenómeno con la violencia —asociación que a su vez es una simplificación— ha llevado a una identificación entre la idea de Resistencia y violencia. De ahí la necesidad de desvincular a la primera Resistencia peronista de la violencia, de redimensionar el papel que la violencia cumplió en ella, o directamente de negar la participación en dicho proceso.

Consideramos que esta asimilación entre Resistencia y violencia es uno de los factores que hace difícil que muchas mujeres puedan reconocerse como partícipes de la primera Resistencia peronista. Es por esto que la mayoría de las historias sobre dicho proceso nos han llegado a través de relatos masculinos. Ahora bien, como observamos en el apartado anterior, pese a rechazar el uso sistemático que las organizaciones de los setenta hicieron de la violencia política, entre los militantes varones pudo construirse un relato donde esta aparece matizada, ya sea minimizada o articulada bajo la forma de anécdotas. Sin embargo, ese relato no encuentra un paralelismo entre las mujeres. Es como si en ellas el tópico de la violencia ejerciera un efecto más perturbador.

En nuestra investigación hemos encontrado un solo relato femenino que encaja en ese anecdótico sobre un uso de la violencia inocente y falto de experiencia. En un relato de Lala García Marín,²⁰ extraído de una entrevista que le realizara la Comisión por la Memoria de la provincia de Buenos Aires, la militante cuenta que a raíz de encontrarse escondida en un coto de caza en Tandil, producto de sus conversaciones con un vecino, descubrió una fábrica de explosivos. Ella y sus compañeros de militancia, que también estaban prófugos, robaron parte de ese material, lo trasladaron a Buenos Aires, y lo

²⁰ Hortensia García Marín (Lala) fue una militante de la Resistencia peronista que integró el Comando Táctico y durante los años del gobierno peronista se desempeñó en la Fundación Eva Perón y en el Ministerio de Salud junto a Ramón Carrillo. Combinó la participación en células clandestinas con la actividad partidaria.

colocaron debajo de la cama de su padre sin que este supiera, hasta que por un militar amigo que luego fue a retirar los explosivos, se enteraron que los mismos estallaban por detonación espontánea:

Lala: Mi papá estaba durmiendo y le pusimos todas las cajas... “-¿Qué son?”, “-Cajas que nos han donado, dejá no toqués nada”. Era inconciencia total, porque para andar con explosivos uno tiene que tratar de saber qué posibilidad de explosión tiene eso, o lo otro, compenetrarse de lo que está manejando. Nosotros era como manejar papas o batatas.

[...]

Julieta: ¿Y su papá se llegó a enterar?

Lala: Sí, papá dijo en calzoncillos largos, dijo: “-¿pero es cierto lo que me han contado? Que han traído y me han puesto... ¿has querido matar a tu padre?” (se ríe). “-No papá, no sabíamos que explotaban solamente espontáneo”. Era una explosión que hacía el producto. Era un gran patriota él y me aguantó a mí tantos años (Entrevista de Julieta Sahade a Hortensia “Lala” García Marín, 27 de julio de 2010. Buenos Aires: Archivo Oral, Comisión Provincial por la Memoria).

En este relato el uso de explosivos es naturalizado. La experiencia narrada es interpretada con una tónica de humor generada por la percepción, experimentada desde el presente, de la irresponsabilidad que la entrevistada y sus compañeros de militancia adoptaron en esa oportunidad, inconscientes del peligro que su acción implicaba. Sin embargo, este reconocimiento del propio uso de la violencia por parte de mujeres, es algo excepcional. En general, las mujeres lo niegan o directamente no se reconocen como parte de ese proceso porque tienden a identificar Resistencia con violencia. Pero además, incluso entre mujeres que sí se reconocen como integrantes de la Resistencia peronista y que participaron o colaboraron con acciones que implicaban el uso potencial de la violencia, como la toma de un regimiento, suele haber una tendencia a negarla como elemento constitutivo de dicho proceso. Veamos un ejemplo tomado de una entrevista realizada a mujeres que colaboraron en el levantamiento de Iñíguez en Rosario. Entre estas entrevistadas, la pregunta por la existencia de los comandos de la Resistencia generó un clima de malestar:

Julia: No, nosotros no tuvimos [comandos]. Los que nos querían combatir, sí.

Emilia: Nosotros nunca fuimos de comandos militares [...]

Julia: No, pero los que nos querían combatir, sí.

Emilia: Ni tampoco batallones, ni tampoco...

Julia: No, pero los que nos querían combatir, sí. Hacían comandos.

Anabella: Los comandos civiles (Relato de Julia y Emilia en entrevista realizada a Julia, Eugenia, Emilia y Pedro, 2012, Rosario).

Cabe aclarar que los comandos no necesariamente desarrollaban acciones que implicaban el uso de la violencia. Sin embargo, se trata de un término que tiene una connotación militar, y esa connotación es la que estuvo presente en el pensamiento de las mujeres entrevistadas y lo que explica la actitud de enojo. Ernesto Salas sostiene que también encontró entre sus entrevistados esta negación a la pertenencia de comandos (Salas, 2006 [1990]). Nuestras entrevistadas no participaron en ninguna estructura que llamaran con ese nombre, puesto que el fenómeno de los comandos no se extendió a toda la Resistencia y ni siquiera a la mayor parte de ella. Su participación en el peronismo pasó por otros espacios y estructuras: el barrio, la familia, la unidad básica barrial, los sindicatos, la CGT local. Pero el fragmento citado es interesante porque revela una oposición enérgica a esas estructuras que asocian con la violencia y un intento por diferenciarse de los sectores que sí la usaron. En una entrevista posterior a una integrante de este grupo, esta cuestión emerge de manera más evidente:

Anabella: Para vos ¿Qué fue la Resistencia peronista? ¿Hasta cuándo duró?

Eugenia: Yo pienso que la Resistencia peronista es lo que hace volver a Perón porque la gente lo pedía continuamente. Está bien que después también tuvimos grupos medio subversivos, en esa época, también nosotros.

Anabella: ¿Ustedes no los apoyaron a esos grupos?

Eugenia: No, no apoyábamos. La verdad que nosotros no queríamos que se mate a nadie. Teníamos chicos, jóvenes, que era tanto el fervor peronista que tenían, que ellos querían pelear. Los veían como dioses a esos grupos, pero había que explicarles que dentro de esos grupos no eran todos argentinos, había gente de afuera [...].

Anabella: Pero en la militancia que ustedes hacían, vos con la unidad bá-

sica o con los gremialistas ¿Las actividades que ustedes hacían cambiaron? Eugenia: Sí, sí, nosotros lo único que te puedo decir que era distinto es por los grupos subversivos, los cuales anteriormente no habían estado. Anteriormente, éramos realmente compañeros que todos luchábamos por lo mismo. También había otros intereses. Pensá que había gente que quería peronismo sin Perón (Entrevista a Eugenia, 2014, Rosario).

Como podemos observar en el relato, una vez más emerge la diferencia entre la experiencia setentista y la de los militantes que venían actuando desde el momento del golpe de Estado de 1955 y aun antes. No es que esta entrevistada no haya participado durante los años setenta, pero establece una diferencia con aquellos que ingresaron al peronismo en esos años —en especial jóvenes— y que adoptaron la lucha armada como método. Como he pretendido demostrar anteriormente con el ejemplo de Nello, esta actitud también suele manifestarse entre militantes varones, pero en las mujeres se encuentra de manera más acentuada, al punto de negar su participación en la Resistencia o de negar que el peronismo haya recurrido en algún momento al uso de la violencia. El relato de Lala Marín al que hiciéramos referencia actúa como excepción. No suele ser común hallar este tipo de relatos entre las mujeres. El propio documental *Los Resistentes*, donde se narran experiencias de ese tipo, es muy desparejo en cuanto a la cantidad de mujeres y varones entrevistados. Las voces de las mujeres aparecen ínfimamente representadas. Sin embargo, la escasez numérica no desacredita la riqueza de los testimonios. Una de esas mujeres reconoce haber puesto una bomba. No se comprende bien la situación en que lo hizo, pero al parecer fue ante el hecho de que la misma debía ser colocada por alguien que estaba preso, y que probablemente se tratara de su esposo —un exlegislador peronista—, por lo que ella debió tomar su lugar:

Yo sabía que él tenía que poner una bomba en un lugar, a tal hora, tal día y yo fui y la puse. Él estaba preso y yo la puse. Así ha sido la Resistencia. En realidad cuando el pueblo se pone en función de defender a su líder... pobre Perón (Relato de Elena “Gogo” Garbino de Montes, en Fernández Mouján, 2009).

La manera en que lo expresa da cuenta de que la entrevistada tiene conciencia de que una acción de ese tipo no era algo común entre las mujeres; sin embargo, ella decidió asumir la responsabilidad. La acción parece representar un momento único y excepcional en su vida, a la vez que también emergen, como en otros testimonios, las palabras que matizan el carácter violento de la Resistencia:

Fue la época aquella en que yo descubrí la Resistencia. Era mucho más rica de lo que se puede imaginar. No era sólo poner bombas en lugares descampados, no sólo era escribir paredes. Era también la solidaridad de la gente, entre nosotros (Relato de Elena “Gogo” Garbino de Montes, en Fernández Mouján, 2009).

El valor de la solidaridad que habría primado entre los militantes otorga un marco que pone límites a la posibilidad de pensar en el uso de una violencia indiscriminada, y la especificación del lugar donde se colocaban las bombas —“lugares descampados”— da cuenta de la inocencia de esas acciones y de que eran actos que se realizaban más para llamar la atención que para generar algún daño.

En el film también resulta por demás interesante el testimonio de Mabel Di Leo, que se pronuncia sobre la cuestión de la violencia y la problematiza. Cabe aclarar que se trata de una militante que si bien ingresó a la Resistencia en los años cincuenta, tuvo una participación muy activa en los setenta entre los sectores radicalizados del peronismo:

Sí, ustedes disculpen compañeras, poníamos bombas. Éramos subversivos. Para los de ahora seríamos terroristas, no sé. Yo me asumo [aplausos] [...] basta de que todos somos nenitos de colegio, buenitos, que nosotros “¡Ah sí, los otros lo hicieron! Nosotros no hicimos nada” [...] El peronismo, disculpen, no empezó en los años setenta. El peronismo empezó en el '55 (Relato de Mabel Di Leo, en Fernández Mouján, 2009).²¹

En este relato, la violencia es asumida como un factor inherente a la militancia. La violencia no resulta problemática en el nivel de la experiencia

²¹ Mabel Di Leo ingresó a la Resistencia peronista en los años cincuenta como integrante de la Juventud Peronista de Vicente López vinculada a los hermanos Lizaso. A partir de 1959 fue dele-

personal, pero es desnaturalizada al reconocer que para algunos sí lo fue. Este relato actúa como una memoria “no autorizada” que viene a irrumpir en los otros relatos que tienden a negar la violencia o a matizarla. Si bien esos otros no son oficiales, porque no están amparados institucionalmente, actúan como “memorias monumento” que tienden a sacralizar el pasado y cerrarlo a la crítica.

El “caso Moya” constituye un claro ejemplo de estas diferencias de percepciones sobre el uso de la violencia, donde el género emerge como articulador de las mismas. Este hecho remite a una bomba que explotó en la puerta de un bar en el barrio porteño de Congreso, en agosto de 1959. Al parecer, la bomba había estallado por accidente y había generado varios heridos. La llevaba en un portafolios Benito Atilio Moya, un dirigente de la Unión Obrera Metalúrgica que había sido diputado provincial peronista en Salta, y que estaba acompañado por Lucía Aráoz de Lamadrid, una maestra de 23 años que también era secretaria del sindicato metalúrgico y militaba en la Juventud Peronista, a la vez que encabezaba una unidad básica femenina en Munro, partido de Vicente López. Hay diferentes versiones sobre el hecho, sobre todo en relación con la responsabilidad de Lucía:

Atilio Moya, que había sido dirigente (creo que de los azucareros), y una chica, que estuvo exiliada después que nosotros en Montevideo. Era maestra, Lucía Arauz [sic] de Lamadrid. Uno la veía y era una dulce maestra de primaria. ¡Y con ese apellido! No sospechaban nunca que actuaba en la Resistencia. Entre Moya y ella la pusieron. Ella le hizo de apoyo en una confitería, en Once. Voló todo el edificio (Relato extraído de Salas, 2006).

Este relato tiende a naturalizar la participación de Lucía en este hecho y remarca la contradicción entre la apariencia que ella tenía y la que se supone debería tener una mujer dedicada a ese tipo de actividades. Lucía Aráoz de Lamadrid sufrió dos años de cárcel, mientras que Moya fue ayudado a escapar por el sindicato metalúrgico y se refugió en Bolivia. En un relato, Fernando

gada de una unidad básica femenina en San Fernando y en 1966 fue designada por Perón delegada nacional de la Rama Femenina. Junto a su pareja, el mayor Bernardo Alberte, delegado de Perón entre principios de 1967 y de 1968, estuvo vinculada a la CGT de los Argentinos y a la Tendencia Revolucionaria del peronismo.

Torres, el abogado del sindicato, comenta que él y Augusto Vandor fueron a despedirlo y sorpresivamente lo encontraron en una fiesta con más de cincuenta personas, y que años después, al regresar a la Argentina, Moya todavía disfrutaba contando los relatos de “caños, dinamitas y estruendo” (en Garulli *et al.*, 2000); lo que hemos referido en páginas anteriores como un “anecdotario del caño”. Del relato de Mabel Di Leo, quien iba a visitar a Lucía a la cárcel y que se hizo cargo de la unidad básica que ella había dejado vacante, ya que nadie quería hacerlo, se desprende un panorama muy diferente sobre la suerte corrida por esta militante. Lucía habría quedado muy conmovida por los hechos y el repudio público que sufrió, además de que no habría tenido conocimiento del material que Moya llevaba en el maletín, y no volvió a militar al salir de la cárcel (Entrevista a Mabel Di Leo, 31 de agosto de 2014, Vicente López). Para Lucía, que fue quien realmente sufrió las consecuencias del hecho, la experiencia resultó altamente perturbadora. Para ella no hubo posibilidades de exorcizar los recuerdos a través del humor.

Si bien la violencia se presenta como un tópico problemático en los relatos sobre la Resistencia peronista, este aspecto es más acentuado en los relatos femeninos que en los masculinos. Tanto varones como mujeres tienden a minimizar la violencia de la primera Resistencia peronista para diferenciarla de su uso en la década de 1970, e incluso negarla. Sin embargo, entre algunos militantes varones pudo crearse un relato sobre el uso del “caño” vinculado a relaciones de camaradería que, a través de anécdotas que apelan al humor producto de la inexperiencia mostrada en ese tipo de acciones o de un acentuado sentimentalismo, permite que esas experiencias puedan ser reconstruidas. Para las mujeres, en cambio, estas parecen haber sido perturbadoras en mayor medida, al punto de que no se ha creado entre ellas un anecdotario en relación con las mismas. Es probable que la mayoría de las mujeres que participaron en la Resistencia peronista en el período estudiado (1955-1965) no hayan realizado acciones violentas directas, aunque muchas acompañaron o ayudaron a quienes las ejecutaron; no obstante, no las conciben como tales, no reconocen la presencia real o potencial de la violencia en esas acciones. Por eso, la mayor parte de la información sobre las mismas emerge de expedientes policiales o judiciales; es decir, textos que no fueron producidos para ser leídos públicamente. Cuando esos testimonios reaparecen en entrevistas, son matizados con chistes o muestras de irresponsabilidad o ingenuidad,

como en el caso de los militantes varones, pero esos testimonios son excepcionales entre las mujeres.

Frente a esta situación nos preguntamos cómo actúa el género en la construcción de los relatos sobre la Resistencia peronista. ¿Por qué las mujeres no pudieron construir un anecdotario sobre el uso del “caño” como el que elaboraron algunos militantes varones? ¿Qué discursos sociales actúan en la articulación de los relatos personales sobre la temática de la violencia? ¿Qué estereotipos y modelos de comportamiento promueven esos discursos y cuáles son las implicancias de género que los atraviesan? ¿Las características que adquirió la participación femenina en actividades que implicaron el uso de la violencia inciden en los relatos construidos desde el presente? En el apartado siguiente procuraremos dar cuenta de cómo fue la participación femenina en acciones que implicaban el uso de la violencia, de los discursos sociales que actuaron en la configuración de esa participación y de los relatos personales que sobre ella se han construido.

Implicancias de género en los discursos hegemónicos sobre la violencia y en la construcción de identidades

Durante el período 1955-1965 las prácticas de la Resistencia peronista que implicaron el recurso a la violencia fueron fundamentalmente dos: el golpe de Estado, con participación de civiles y militares, y la realización de sabotajes y atentados urbanos canalizados a través de células clandestinas.²² La participación femenina en los intentos de golpes de Estado por lo general consistió en el desarrollo de tareas de apoyo; actividades periféricas que en algunos casos conllevaron la vinculación con armas y explosivos, y en otros, la asistencia y protección de los activistas varones. Pero las investigaciones sobre esta temática son incipientes (Gorza, 2017). Aún no se han hallado evidencias que demuestren intervenciones femeninas en la actividad central de estas operaciones, que era la toma de cuarteles. También cabe aclarar que únicamente dos intentos de golpe de Estado llegaron a ponerse en marcha —el de Valle, en junio de 1956, y el de Iñíguez, en noviembre de 1960—; por lo tanto, lo que puede decirse es solo en función de esos dos hechos, descartan-

²² También hubo un intento de guerrilla rural, el de los Uturuncos, que tuvo lugar en 1959, pero hasta el momento no ha sido analizado desde una perspectiva de género.

do la multiplicidad de conspiraciones que no llegaron a concretarse y en las que también pudo haber mujeres involucradas.

En un trabajo sobre la resistencia al fascismo y al nazismo en Italia, Anna Bravo (2003) elaboró una tipología de las actividades que suelen desplegar las mujeres cuando se embarcan en movimientos de resistencia. Señaló el uso de disfraces, camuflajes y estereotipos consolidados; la apelación al derecho al pudor; prestar sus casas como lugares de reunión; ayudar a los combatientes prófugos; usar sus espacios cotidianos de socialización para agitar políticamente y aplicar códigos que normalmente pertenecen a la esfera personal —como la seducción, el recurso a los sentimientos, la fragilidad y el descaro calculado. Si bien se trata de contextos históricos diferentes, la Resistencia peronista incluyó muchas de esas estrategias de participación, sobre todo en lo que se refiere a las prácticas clandestinas. Por ejemplo, una de las entrevistadas relata cómo burlaba la requisita policial al pasar mensajes a los presos políticos doblando los papeles que los contenían y ocultándolos en el rodete que usaba como peinado, porque suponía, acertadamente, que los oficiales de policía no le revisarían la cabeza (Entrevista a Eugenia, 2014, Rosario). En *Los Resistentes*, Mabel Di Leo rememora su participación en el levantamiento de Valle. En la noche del 9 de junio de 1956 se encontraba en Aeroparque con un militar, esperando por si había algún movimiento. Ella llevaba el arma (y no el militar), porque en caso de caer en manos de una requisita policial, había menos probabilidades de que fuera revisada, debido a su género y a su edad, ya que solo tenía quince años (Mabel Di Leo, en Fernández Mouján, 2009). También hubo una estrecha relación entre lo cotidiano y lo político; por ejemplo, en las acciones de cooperación de las mujeres con los presos y sus familias. Los testimonios del grupo de mujeres ya mencionado, que estuvieron vinculadas al levantamiento de Iníiguez, dan cuenta de cómo se organizaron conjuntamente en los días subsiguientes para llevar la comida a los detenidos políticos que habían participado de la toma del regimiento (comida que compartieron con ellos en las fiestas navideñas), y la ayuda que prestaron a los familiares de los detenidos en Salta, que habían sido trasladados a Rosario para ser juzgados por los tribunales de guerra, alojándolos en sus domicilios. Las mujeres también utilizaron sus casas para resguardar a los activistas que estaban involucrados en las acciones golpistas. Estos casos son cuantiosos, y hemos encontrado infor-

mación de ese tipo tanto en testimonios orales como en fuentes judiciales.²³ Un ejemplo lo ilustra claramente:

Anabella: ¿Y a usted, además de prestar su casa, le toco hacer algún otro tipo de actividad en la toma del regimiento?

Julia: No, en lo de Iñíguez precisamente no. Tenerlo en mi casa para protegerlo. Después, él salió a la noche siguiente, salió con mi nena. “¡Ay! ¡Que linda, qué linda!”

Emilia: ¿No dijiste que salió con el perro, que salió a pasear un perro?

Julia: Sí, sí [ríe], pero después a la otra noche, él salió con mi nena, que tendría 4 o 5 años. “¡Ay, qué linda la nena, qué linda la nena!” Y salíamos por la calle [ríe] y había salido la foto [de Iñíguez] por todos los diarios y nosotros con la nena como acompañando a una familia que iba..., hasta que pasó un auto...

Eugenia: Sí, se salía así, se salía como si fuese una familia.

Julia: Una familia. Y en eso, en una calle, pasó un auto y lo recogió a él, se subió y ahí respiramos, porque yo con mi nena en brazos... “¡Qué linda la nena!”, decía [ríe] (Entrevista a Julia, Eugenia, Emilia y Pedro, 2012, Rosario).²⁴

Este es un claro ejemplo de cómo las mujeres aprovecharon los estereotipos asociados a su género para sortear la censura, y del riesgo y compromiso que implicó este tipo de acciones, a pesar de estar vinculadas con las actividades que se desarrollaban en la vida cotidiana. En sus estudios sobre la resistencia francesa al nazismo, Hélène Eck (2000) sostiene que ello fue posible porque tanto los resistentes como los enemigos compartían las mismas representaciones sobre los comportamientos femeninos. Sin embargo, actuar conforme a esos estereotipos da cuenta de que las mujeres que se comprometieron a actuar de esa manera eran conscientes de que ellas no encajaban en los mismos y que el compromiso que les exigía su partici-

²³ Lugo, Nerio y otros. Rebelión e infracción Decreto 4161/56. Exp. 195. Leg. 180. 1956. Archivo Federal. Dirección General de Archivos del Poder Judicial de la Nación.

²⁴ En otra entrevista, Eugenia también hace referencia a un hecho similar en oportunidad de producirse el arribo del dirigente sindical Andrés Framini a Rosario. A fin de que llegara al local donde daría el discurso, lo escoltaron con la presencia de un niño, para simular que se trataba del paseo de una familia (2014, Rosario).

pación política implicaba una cierta transgresión a los modelos de género socialmente establecidos.²⁵

Ahora bien, no hemos encontrado evidencias de mujeres participando de la acción central que incluía la toma de algún regimiento. Esta actividad concreta estaba reservada a los varones, y sobre todo, aunque no exclusivamente, a los militares, que eran reacios a entregar armas a los civiles (Raimundo, 1998). Las células clandestinas que se dedicaron a la realización de atentados también estuvieron atravesadas por una división sexual del trabajo, aunque menos nítida. Al igual que en la práctica del golpe de Estado, las mujeres prestaban sus domicilios para hacer reuniones en las cuales se generaban contactos y se escondían prófugos, armas y explosivos; actuaban como correo y nexo entre militantes, transportando cartas, material de propaganda política y materiales para la realización de los atentados; trasladaban a los activistas que colocaban las bombas; dibujaban planos; reclutaban personas para participar en las operaciones y en algunos casos actuaron directamente en el campo de operaciones.²⁶ Si bien no accedieron a lugares de decisión, ocuparon liderazgos intermedios y tuvieron una vinculación más cercana a los explosivos, las armas y el teatro de operaciones. Sin embargo, los liderazgos respondieron a casos excepcionales, a la vez que en cada célula estuvieron en relación de minoría frente a los militantes varones. Las mujeres no se incorporaron masivamente a este tipo de acciones, de manera que esas experiencias no constituyeron el fundamento para el desarrollo de relaciones de camaradería basadas en el género que permitieran, a su vez, la emergencia de una memoria colectiva sobre dicha participación. Las evidencias que tenemos de esa participación nos llegan a través de las fuentes de la represión y no de testimonios orales.

Consideramos que en esta división sexual del trabajo que atravesó a las prácticas de resistencia que implicaron el uso de la violencia operaron dis-

²⁵ En mi tesis doctoral he desarrollado esta problemática en extenso (Gorza, 2017), pero aquí me limito a referirla brevemente porque excede mi objetivo.

²⁶ Una descripción de estas actividades que implicaban la participación femenina ha sido desarrollada en mi tesis de doctorado (Gorza, 2017), en la cual he apelado a la información de testimonios orales y también de fuentes escritas producidas por los aparatos de la represión, como sentencias generadas por los tribunales creados a partir de la implementación de Plan Conintes e informes de inteligencia pertenecientes al archivo de la DIPBA (Dirección de Inteligencia de la Provincia de Buenos Aires).

cursos sociales que excluyen a las mujeres del empleo de la misma. Dichos discursos, que tenían una amplia circulación a mediados del siglo XX, no solo establecen una relación de disyunción entre mujeres y empleo de la violencia, sino que al mismo tiempo, utilizan el valor simbólico de esta última como elemento alrededor del cual se construye la masculinidad (Branz, 2017). La obligación de portar armas y dar la vida por la patria fue un elemento constitutivo de la identidad masculina que se intentó normativizar desde los discursos decimonónicos ligados a la consolidación del Estado nacional. Fue a través de ese deber —lo que se conoce como el tributo de sangre— que se forjó la ciudadanía masculina. La muestra está en la unificación, a partir de la Ley Sáenz Peña (1912), del padrón electoral con el padrón militar (Valobra, 2010). La evidencia de que la vigencia de estos discursos era importante durante la época en que tuvo lugar la Resistencia peronista es que unos años antes, cuando se sancionó la ley de derechos políticos femeninos (1947), se decidió que las mujeres quedaran exceptuadas de dicho deber como contraparte para acceder a esos derechos. Incluso la sanción de la ley estuvo precedida por debates que hacían hincapié en el carácter pacífico y maternal de las mujeres (Valobra, 2010). Si bien lo que se aceptaba desde el Estado era un uso legítimo y autorizado de la violencia, encuadrado en determinadas instituciones, consideramos que su uso por parte de la población civil también estuvo atravesado por los mismos discursos de exclusión/femenina-conjunción/masculina. Algunos autores han señalado una dimensión generacional en la transmisión de conocimientos sobre este tipo de prácticas; una transmisión que se realizó desde viejos militantes anarquistas, comunistas, trotskistas, y excombatientes republicanos de la Guerra Civil Española, además de dirigentes peronistas y miembros de la Alianza Libertadora Nacionalista, hacia los militantes jóvenes que integraban los comandos de la Resistencia (Schneider, 2005), y a la vez, a partir de la influencia de militares de tendencia nacionalista cuyas simpatías y vinculación con el peronismo venían de larga data (Melon Pirro, 1993). En las fuentes consultadas es común encontrar, además, a expolicías y militares retirados que realizan este tipo de prácticas, y es probable que muchos de los activistas varones se hayan servido de los conocimientos adquiridos en el servicio militar. En este sentido, las mujeres estaban excluidas *a priori* de las intervenciones que implicaban un uso de la violencia, por su inexperiencia y falta de conocimiento, ya que era menos común encontrar entre ellas expe-

riencias socializadoras en el uso de armas —como la que implicaba el servicio militar—; hecho que venía a reforzar la exclusión sostenida por los discursos hegemónicos. Esta cuestión no ha pasado desapercibida para una militante de la Resistencia peronista, Olga Martín de Hammar, que años más tarde adheriría al feminismo. En el contexto del Operativo Retorno en 1964, su pareja, Jorge Hammar, con un grupo de militantes sindicales tenían planeado volar un gasoducto en La Matanza. Como el retorno no se concretó, Hammar se negaba a realizar la operación, pero terminó cediendo ante las presiones de los compañeros:

el problema era que para los muchachos poner ese ‘caño’ era un problema de honor. Y había cuestiones de poder. Los muchachos de La Cava (San Isidro), querían demostrar que su jurisdicción era capaz de poner la misma cantidad de “caños” que los de La Florida, por dar un ejemplo. Ese era el asunto. Era un momento en que se jugaban factores de valentía personal y además jugaba el sentido de la palabra empeñada: esos eran valores asociados al concepto de virilidad y hombría, que tenían que ver con principios tradicionales del pueblo argentino (Hammar, 2009, p. 76).

En este testimonio se evidencia cómo la violencia actúa como un elemento alrededor del cual se construye la identidad masculina y forja las relaciones de socialización entre varones. Entonces, si bien el uso de la violencia presenta un inevitable carácter problemático tanto para varones como para mujeres, por el riesgo que conlleva y por las implicaciones morales que lo atraviesan, dicha connotación es más visible entre las mujeres por la relación de incompatibilidad entre los roles asociados a lo femenino y el empleo de la violencia; visión que ha prevalecido en los discursos sociales tradicionales. Esos discursos estaban internalizados por las mismas mujeres y su efectividad estaba garantizada por la acentuada socialización masculina que atraviesa a las dos estructuras mediante las cuales solía organizarse el reclutamiento de activistas en este tipo de prácticas, el ejército y los sindicatos. Si bien en la práctica del golpe de Estado había una división del trabajo entre militares y civiles por la cual los primeros tendían a excluir a los segundos en el uso de armas, dicha exclusión se daba por su condición de no militares, mientras que las mujeres estaban excluidas *a priori* por su género. En la práctica del atentado hubo me-

nos divisiones, tanto entre varones y mujeres como entre los propios varones, pero aun así las mujeres fueron minoritarias en términos numéricos respecto de los varones, y solo excepcionalmente ocuparon lugares de liderazgo o participaron en forma directa en las acciones centrales. Consideramos, entonces, que el hecho de que la temática de la violencia resulte más perturbadora entre mujeres que entre varones responde, por un lado, a las propias características que adoptaron las prácticas vinculadas a ella, donde los discursos que instauran la exclusión femenina respecto de su uso y que versan sobre un pacifismo que se supone inherente a las mujeres, hicieron que ellas quedaran rezagadas respecto de la participación masculina. Y por otro, por la vigencia de esos discursos en la actualidad que influyen en la construcción de los relatos sobre el pasado. Aunque los mismos están siendo erosionados a partir de prácticas concretas, como por ejemplo el acceso de las mujeres al servicio militar o a las Fuerzas Armadas, continúan teniendo mucha fuerza.

Palabras finales

A lo largo de estas páginas he intentado poner de manifiesto algunas problemáticas respecto de la Resistencia peronista en el período que se extiende entre 1955 y 1965. Los trabajos de Alessandro Portelli, sus reflexiones sobre las características de las narraciones orales y sobre la memoria como problema, me han permitido adentrarme en el análisis de fuentes orales y a partir de ello intentar acercar respuestas a algunos de los interrogantes que rodean al objeto de estudio. Varios tipos de silenciamiento atraviesan la construcción de una memoria sobre la primera Resistencia peronista. Por un lado, un silenciamiento propiamente dicho, señalado por algunos militantes, que consistió en eliminar de los relatos públicos un período de la historia del peronismo, aquel que se extiende entre 1955 y 1965, porque la presencia en él de actores que responderían a tendencias opuestas de la interna peronista en años posteriores tendería a crear una imagen contradictoria del proceso. Por otro lado, si bien esa etapa de la historia no es lo suficientemente recordada en comparación con otras, lo que más se ha desarrollado es un silenciamiento ejercido a través del recuerdo; esto es, mediante la creación de una “memoria monumento” sobre ese pasado, una forma de recordar que a su vez implica olvido, porque lo que se recuerda es un pasado fosilizado, libre de contradicciones, alejado de toda posibilidad de cuestionamientos. En términos concretos, ello

se materializó en la construcción de un relato público sobre la Resistencia peronista en el que el período 1955-1965 que fue considerado un antecedente del proceso de radicalización que sufrieron algunos sectores del peronismo durante la década de 1970; y se silenció la presencia de elementos sindicales, que resultaban perturbadores para los actores que construyeron ese relato. A este último tipo de silenciamiento, que ya ha sido abordado previamente por otros autores, se suma el análisis de la construcción de memoria que sobre la primera Resistencia peronista se ha desarrollado desde el presente. Se comprueba que así como la militancia peronista radicalizada de los años setenta del siglo XX le había recriminado el hecho de no haber sido más violenta, desde el presente se efectúan trabajos de memoria en los cuales los relatos tienden a negar la violencia. Además, hemos observado cómo la negación de la violencia aparece más marcada en los relatos femeninos: muchas mujeres tienden a negar su participación en dicho proceso, producto de una asimilación entre Resistencia y violencia. Aun entre las mujeres que sí se reconocen como partícipes de la Resistencia peronista y que incluso han llegado a forjar una identidad basada en ella, la violencia constituye un factor problemático. Consideramos que en ello no solo actúan los valores éticos respecto de la violencia o los discursos de la “no violencia” que se han impuesto en la actualidad —factores que también atraviesan a los relatos masculinos— sino también las propias características que adquirió la participación femenina en ese tipo de prácticas, atravesadas por un proceso de división sexual del trabajo fundamentado en los discursos de exclusión de las mujeres respecto del uso de la violencia, y que a su vez consagran a esta última como elemento alrededor del cual se construye la masculinidad; discursos que, aunque con menor fuerza, continúan ejerciendo una amplia influencia en el presente.

La Resistencia peronista en el período 1955-1965 implicó una variedad de prácticas y experiencias que no se reducen al desarrollo de actividades violentas. Sin embargo, esas prácticas, aunque limitadas en comparación con el nivel que alcanzarían en años posteriores, también existieron y merecen una problematización. El contexto en el que tuvieron lugar dista mucho del actual, y reconstruir ese contexto es indispensable para comprender las causas y los motivos que llevaron a su desarrollo, que de ninguna manera puede equipararse a las razones que movilizaron a las fuerzas represivas del Estado a ejercer la violencia contra la población civil, pero que a menudo suelen

ser evocadas por sectores reaccionarios para legitimar esta última violencia. Como sostiene Alessandro Portelli en relación con la Resistencia italiana:

Las memorias relegadas al “sótano” del olvido vuelven a emerger como fantasmas monstruosos. Sobre el plano de la memoria pública, el olvido de las *foibe* (y otros crímenes cometidos por los partisanos) permite que sean los herederos no arrepentidos del fascismo quienes las evoquen e impongan su conmemoración, como contraposición a las memorias de las masacres nazis y fascistas, construyendo versiones exageradas e instrumentales que utilizan para deslegitimar no sólo la memoria de la Resistencia, sino toda la construcción democrática que derivó de ella (Portelli, 2016, pp. 481-482).

De la posibilidad de emergencia de este tipo de operaciones surge, a su vez, la necesidad de recuperar el pasado en toda su complejidad, y la disciplina histórica —y en particular, la historia oral— cumplen aquí un papel fundamental.

Finalmente, cabe destacar que en el hecho de que tanto la historia como la memoria se construyan desde el presente y en relación con los valores que circulan en la sociedad en cada momento, radica la explicación de que aquí pueda preguntarme por las razones que han invisibilizado a las mujeres de los relatos sobre la Resistencia peronista, tanto orales como escritos, y entre estos últimos, en los que circulan en material de divulgación así como en la bibliografía académica. Desde estas páginas he intentado echar luz sobre esa invisibilización, que también constituye un tipo de silenciamiento. El contexto actual, en el que los estudios de género vienen cobrando fuerza en los espacios académicos y en el que los discursos feministas han ganado presencia pública, la participación femenina en la primera Resistencia peronista se vuelve un tema factible de ser investigado, y lo mismo ocurre respecto de los motivos de su silenciamiento. Aunque las causas de ese silenciamiento no se reducen a las razones expuestas en este capítulo, puesto que la Resistencia peronista no se limitó al desarrollo de actividades que implicaban el uso de la violencia, considero que la asimilación entre Resistencia y violencia ha actuado como un factor poderoso en la reticencia de muchas mujeres a reconocerse como parte de ese pasado. Desde aquí he procurado ofrecer algunas posibles explicaciones y, abo-

gar por que esas mujeres —anónimas en su mayoría— encuentren un lugar en las páginas de los libros de historia que no se limite a un mero dato anecdótico.

Referencias Bibliográficas

- Acha, O. (2012). *Un revisionismo histórico de izquierda y otros ensayos de política intelectual*. Buenos Aires: Herramienta.
- Álvarez, Y. (2014). La Resistencia peronista en Mendoza (1955-1960). Una aproximación a su estudio a través del relato de sus protagonistas. *Revista de Historia Americana y Argentina*, 2(49). Recuperado de www.scielo.org.ar/pdf/rhaa/v49n2/v49n2a08.pdf
- Amaral, S. (2004) [1993]. El avión negro: retórica y práctica de la violencia. En S. Amaral y M. B. Plotkin (Comps.), *Perón del exilio al poder*. Buenos Aires: EDUNTREF.
- Bacha, H. (2011). Desafíos historiográficos en la historia del pasado reciente: Entrevista con Federico Lorenz. *Quinto sol*, 15(2). Recuperado de www.scielo.org.ar/pdf/quisol/v15n2/v15n2a04.pdf
- Balbi, F. (2007). *De leales, desleales y traidores: valor moral y concepción de la política en el peronismo*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Barrancos, D. (2017). Mujeres en vilo: Género y Guerra fría en América Latina. En E. Rodríguez Sáenz (Ed.), *Ciudadanas de la Guerra Fría en América Central (1945-1970): Perspectivas transnacionales*. Costa Rica: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia. (En prensa).
- Barry, C. (2009). *Evita Capitana*. Buenos Aires: EDUNTREF.
- Besoky, J. L. (2013). La derecha peronista en perspectiva. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos. Cuestiones del tiempo presente*. Recuperado de <http://journals.openedition.org/nuevomundo/65374#text>
- Bravo, A. (2003). Mujeres y Segunda Guerra Mundial: estrategias cotidianas, resistencia civil y problemas de interpretación. En M. Nash y S. Tavera (Eds.), *Las mujeres y las guerras. El papel de las mujeres en las guerras de la Edad Antigua a la Contemporánea*. Barcelona: Icaria Editorial.
- Branz, J. (2017). Masculinidades y Ciencias Sociales: una relación (todavía) distante. *Descentrada, Revista interdisciplinaria de feminismos y género*, 1(1). Recuperado de www.descentrada.fahce.unlp.edu.ar/article/view/DESe006
- Calveiro, P. (2005). Antiguos y nuevos sentidos de la violencia política. *Lucha Armada en la Argentina*, 1(4).

- Castronuovo, S. (2016). El rol de la Revolución Libertadora en el encarcelamiento de la militancia femenina peronista (1955-1958). *Revista de historia del derecho*, 51. Recuperado de www.scielo.org.ar/pdf/rhd/n51/n51a03.pdf
- Cavarozzi, M. (1983). *Autoritarismo y Democracia (1955-1983)*. Buenos Aires: CEAL.
- Cena, J. C. (1998). *El guardapalabras: memorias de un ferroviario*. Buenos Aires: La Rosa blindada.
- Centurión, A. J. (2007). Las mujeres en la resistencia peronista. Sentidos y representaciones. En M. C. Bravo, F. Gil Lozano y V. Pita (Comps.), *Historia de luchas, resistencias y representaciones. Mujeres en la Argentina, siglos XIX y XX*. San Miguel de Tucumán: EDUNT.
- D'Antonio, D. (2000). Representaciones de género en la huelga de la construcción. Buenos Aires, 1935-1936. En F. Gil Lozano, V. Pita, y M. Ini (Comps.), *Historia de las mujeres en la Argentina*. Buenos Aires: Taurus.
- Dos Santos, E. (1983). *Las mujeres peronistas*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Eck, H. (2000). Mujeres del desastre. ¿Ciudadanas por el desastre? Las francesas bajo el régimen de Vichy (1940-1944). En G. Duby y M. Perrot. *Historia de las mujeres en occidente*, Volumen V: El siglo XX. Madrid: Grupo Santillana de Ediciones.
- Farge, A. (1991). *La atracción del archivo*. Edicions Alfons el managen, Institució Valenciana D'estudis investigacio.
- Fernández Mouján, A. (Dir.) (2009). *Los Resistentes*. Relatos de la lucha clandestina entre 1955 y 1965. [Película]. Argentina: Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales (INCAA), El Perro en la Luna (Productora).
- Garulli, L., Carvallo, L., Charlier, N. y Cafiero, M. (2000). *Nomeolvides. Memoria de la resistencia peronista (1955-1972)*. Buenos Aires: Biblos.
- Gordillo, M. (2007). Protesta, rebelión y movilización: de la Resistencia a la lucha armada, 1955-1973. En Daniel James, D. (Dir.), *Violencia, proscripción y autoritarismo: 1955-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Gorza, A. (2017). *Insurgentes, misioneras y políticas. Un estudio sobre mujeres y género en la Resistencia peronista (1955-1966)*. Tesis doctoral, UNLP. Recuperado de www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1404/te.1404.pdf
- Hammar, O. (2009). *Tozudamente. Un camino de militancia*. Buenos Aires: Intermedia.

- James, D. (2010) [1998]. *Resistencia e integración: El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Labica, G. (2008). Para una teoría de la violencia. *Polis, Revista Latinoamericana* 19. Recuperado de <http://journals.openedition.org/polis/3866#text>
- Lvovich, D. y Bisquert, J. (2008). *La cambiante memoria de la dictadura: discursos públicos, movimientos sociales y legitimidad democrática*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento; Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Levitsky, S. (2005). *La transformación del justicialismo: del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Mackinnon, M. M. (2002). *Los años formativos del Partido Peronista (1946-1950)*. Buenos Aires: De la Campana.
- Melon Pirro, J. C. (1993). La resistencia peronista. Alcances y significados. *Anuario del IEHS*, 8. Recuperado de <http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/Files/1993/011%20-%20La%20resistencia%20peronista,%20alcances%20y%20significados..pdf>
- Melon Pirro, J. C. (2009). *El peronismo después del peronismo: resistencia, sindicalismo y política luego del 55*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Nieto, A. (2009). La “Revolución Libertadora” en perspectiva local: los bombardeos en el puerto de Mar del Plata. En torno a los orígenes de la guerra civil en Argentina, 1955. *Trabajos y Comunicaciones*. 35. Segunda época. Recuperado de www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4680/pr.4680.pdf
- Oberti, A. (2015). *Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*. Buenos Aires: Edhasa.
- O'Donnell, G. (1972). Modernización y golpes militares. Teoría, comparación y el caso argentino. *Desarrollo Económico*, 12(47).
- Palermo, S. (2009). Masculinidad, conflictos y solidaridades en el mundo del trabajo ferroviario en Argentina (1912-1917). *Revista Mundos do Trabalho*, 1(2).
- Portantiero, J. C. (1973). Clases dominantes y crisis política de la Argentina actual. Pasado y presente. En O. Brown, (Comp.), *El capitalismo argentino en crisis*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Portelli, A. (1996). Lutto, senso comune, mito e politica nella memoria della strage di Civitella Val di Chiana. En L. Paggi (Ed.), *Storia e memoria di un massacro ordinario*. Roma: Manifestolibri.
- Portelli, A. (1999). *La battaglia di Poggio Bustone: violenza, memoria e*

- immaginazione in un episodio della guerra partigiana. En N. Gallerano (Ed.), *La Resistenza fra storia e memoria*. Milano: Franco Angeli.
- Portelli, A. (2001 [1999]). L'assassinio di Luigi Trastulli. La memoria e l'evento, Provincia di Terni. En C. Bermani (Ed.), *Introduzione alla storia orale*. Roma: Odradek.
- Portelli, A. (2005). La bomba torinese: ricordare per dimenticare. *Presentato in occasione della commemorazione del 60 aniversario della Liberazione, promosso dall'Istituto Nazionale per la Storia del Movimento della Liberazione in Italia*. Roma.
- Portelli, A. (2013). Sobre los usos de la memoria: Memoria monumento, memoria involuntaria, memoria perturbadora. *Sociohistórica*, 32. Recuperado de www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.6125/pr.6125.pdf
- Portelli, A. (2016). *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo*. La Plata: [FaHCE-UNLP/Rosario: Prohistoria](http://www.fahce-unlp.edu.ar/Prohistoria).
- Raimundo, M. (1998). La política armada del peronismo: 1955-1966. *Cuadernos del CISH*, 3(4). Recuperado de www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SHv03n04a07/2023
- Salas, E. (2006 [1990]). *La resistencia peronista: La toma del frigorífico Lisandro de La Torre*. Buenos Aires: Retórica Ediciones/Altamira.
- Raimundo, M. (2006). *Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista*. Buenos Aires: Biblos.
- Schneider, A. (2005). *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo, 1955-1973*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Seveso, C. (2010). Political Emotions and the Origins of the Peronist Resistance. En M. Karush & O. Chamosa (Eds.), *New Cultural History of Peronism: Power and Identity in Mid- Twentieth-Century Argentina*. Durham, NC, USA: University Press.
- Scoufalos, C. (2007). *1955, memoria y resistencia*. Buenos Aires: Biblos.
- Smulovitz, C. (1991). En búsqueda de la fórmula perdida. *Desarrollo económico*, 31(121).
- Spinelli, E. (2005). *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la "revolución libertadora"*. Buenos Aires: Biblos.
- Valobra, A. M. (2010). *Del hogar a las urnas. Recorridos de la ciudadanía política femenina: Argentina, 1946-1955*. Rosario: Prohistoria.

Sobre los autores

María Lucía Abbattista

Profesora en Historia por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP, donde se desempeña como docente e investigadora. Maestranda en Historia y Memoria y doctoranda en Historia de la UNLP, donde investiga sobre las políticas educativas y culturales antagónicas del peronismo en los años 1973-1976. Con diversos intereses sobre la historia reciente argentina, trabajó en el Archivo de la Comisión Provincial por la Memoria, fue becaria del CONICET y forma parte del equipo voluntario del sitio Casa Mariani-Teruggi. Integra el Proyecto “La represión en Berisso y Ensenada, 1973-1983. Una aproximación a escala local a partir del análisis de archivos oficiales, testimonios judiciales e historia oral” y el Grupo de Trabajo de CLACSO “Derechos Humanos, luchas y territorialidades”.

Victoria Álvarez

Profesora de enseñanza media y superior en Historia por la Universidad de Buenos Aires, Magíster en Historia y Memoria por la Universidad Nacional de La Plata y doctoranda en Estudios de Género en la Universidad de Buenos Aires. Becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas con sede en el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la UBA y se desempeña como docente en la misma universidad. Participó de la investigación del documental “Campo de batalla. Cuerpo de mujer” (Álvarez, 2013). Se especializa en el pasado reciente argentino y en los estudios de género y ha publicado artículos en torno a esos temas en Argentina y en otros países de Latinoamérica.

Axel Binder

Licenciado en Historia por la Universidad Nacional de la Patagonia (UNP), doctorando en Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Miembro del Instituto de Investigaciones Históricas y Sociales (INSHIS). Co-autor del libro *Diario del Juicio: La Masacre de Trelew 40 años después* (2015) e integrante de proyectos de investigación sobre memoria de la clase obrera y sobre archivos y actividades de información e inteligencia. El tema principal de investigación es la historia social del Noreste de Chubut, analizando su conflictividad, la transformación de su estructura económico-social y la configuración represiva local. Paralelamente a esta línea de investigación, que tiene como hito central el “Trelewazo” de 1972, se encuentra trabajando en la conservación y clasificación de la serie documental “Prontuarios Policiales del Chubut” cedidos por la Subsecretaría de Cultura de Chubut al INSHIS.

Eleonora Bretal

Licenciada en Sociología (FAHCE/UNLP). Magíster y Doctoranda en Ciencias Sociales del Programa de Posgrado de la Universidad Nacional de General Sarmiento y el Instituto de Desarrollo Económico y Social (UNGS-IDES), investiga temas acerca del mundo del trabajo y la historia reciente. Integrante de dos proyectos de investigación radicados en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS-CONICET/UNLP): “Cambios y continuidades en el sindicalismo argentino 1955-2010” y “Archivos policiales e historia social del trabajo. El archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires y el estudio de la clase obrera en el Gran La Plata (1957-1976)”. Docente de la cátedra Sociología General (FAHCE/UNLP) y de la cátedra Historia Social General (FBA/UNLP). Miembro del Comité Editorial de la revista *Prácticas de Oficio. Investigación y reflexión en Ciencias Sociales*.

Lorena Cardona

Licenciada en Sociología y Magister en Historia y Memoria de la Universidad Nacional de La Plata. Doctoranda en Historia de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas. Integrante del Centro de Investigaciones Sociohistóricas (CISH)

de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP) perteneciente al Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) (UNLP-CONICET).

Yazmin Conejo

Licenciada en Literatura Latinoamericana por la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY), México. Maestranda en Historia y Memoria por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Integrante del proyecto de investigación “Violencia, literatura y memoria en el campo literario latinoamericano de las últimas décadas” (FAHCE- UNLP. Periodo 2014-2018).

Patricia Flier

Doctora en Historia por la Universidad Nacional de La Plata. Investigadora y miembro del Consejo Científico del Centro de Investigaciones Socio Históricas (CISH) de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, perteneciente al Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) (UNLP-CONICET). Directora del Doctorado en Historia y Prosecretaria de Relaciones Institucionales de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Profesora Titular la cátedra Historia Social Argentina FAHCE/UNLP y Directora del proyecto “La Historia Reciente y los usos públicos del pasado: militancias, etnicidad y políticas de memoria desde/en América Latina”, Programa de Incentivos a la Investigación de la Universidad Nacional de La Plata, Periodo 2018/2022. Directora del Programa Interinstitucional de Investigaciones: “Migraciones, Exilios, Refugios” con sede en la UNLP, Argentina.

Anabella Gorza

Doctora y Profesora en Historia por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Es becaria posdoctoral de CONICET y realiza sus investigaciones en el Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género (CInG) de la FAHCE-UNLP, donde ha participado en proyectos de investigación sobre género y modernización en Argentina, y en proyectos de extensión sobre historia de las mujeres y género. Es editora de sección en la revista *Descentrada*, Revista interdisciplinaria de feminismos y género

(CInIG-IdIHCS- FaHCE-UNLP), y cuenta con trabajos en revistas académicas con referato. Investigadora participante del proyecto Programa de Incentivos a la Investigación de la Universidad Nacional de La Plata, Período 2018/2022 y del Núcleo de Estudios Judíos (NEJ), perteneciente al IDES-CONICET.

Andrea Raina

Licenciada en Historia por la Universidad Nacional del Litoral, Doctoranda en Historia (UNLP), investiga temas de historia reciente Argentina, especialmente en el campo de las militancias políticas. Es docente en la Cátedra Historia Social Argentina (FAHCE/UNLP) y Fotógrafa. Integrante del Proyecto de investigación: “La Historia Reciente y los usos públicos del pasado: militancias, etnicidad y políticas de memoria desde/en América Latina” (FAHCE, UNLP Período 2018/2022). Y del proyecto: “Historia, memorias y representaciones del pasado reciente: Gubernamentalidades, violencia política y derechos humanos” (FHUC, UNL. Período 2017-2019). Miembro del Comité Editorial de *Aletheia*, Revista de la Maestría en Historia y Memoria de la FAHCE, UNLP.

Javiera Robles Recabarren

Profesora en Historia por la Universidad Academia de Humanismo Cristiano (UAHC), Diplomada en Estudios de Género y Cultura en América Latina (CEGECAL-UCH) de Chile. Maestranda en Historia y Memoria de la UNLP y doctoranda en Historia (UNLP/ CONICET-IIGG) en el marco del programa con Países Latinoamericanos de CONICET. Investiga temas sobre historia reciente, militancias políticas y comunismo en Chile desde una perspectiva de género.

Pasados Presentes es una colección que incluye temas y problemas de la Historia Reciente de América Latina y de Europa. Se preocupa por dar cuenta y por rescatar las preguntas que el presente le realiza al pasado. Preguntas que, tratadas interdisciplinariamente, nos convocan a problematizar nuestras certezas historiográficas al tiempo que nos incitan a realizar una profunda reflexión teórico-metodológica, condición que caracteriza a este campo de estudios en consolidación.

Historias detrás de las memorias es un libro coral que reflexiona sobre diferentes acontecimientos y experiencias históricas abordadas bajo la perspectiva de la Historia Oral. Un ejercicio colectivo fruto de varios aprendizajes, a medio camino entre seminarios, encuentros, traducciones, lecturas compartidas y análisis metodológicos que vincula múltiples miradas y trayectorias sobre la historia reciente. A su vez, este es un texto que enmarca, en varios significantes, la diferencia. Por un lado, analiza el impacto de la obra y el trabajo de Alessandro Portelli en La Plata y en sus oyentes, entre los que se encuentran los autores de este libro. Y por el otro, este es un texto que no responde, en su división, a abordajes tradicionales, a conceptos y categorías canónicamente consolidadas o a delimitaciones geográficas y temporales. Por lo tanto, los capítulos son mirados en tanto relaciones transversales y no conceptuales, en los que privilegia diferentes temáticas como la Resistencia, la cual da cuenta de los acontecimientos, de las narrativas del mundo obrero y de los derroteros de la violencia política en la militancia; las historias Incómodas, en el sentido que éstas exploran los vestigios del patriarcado presentes en las organizaciones armadas, el silencio impuesto por la violencia sexual en tiempos del terrorismo de Estado y las representaciones sociales del disciplinamiento a través del terror y, finalmente, se relevan las historias Representativas, las cuales recogen las voces de únicos narradores que ligan lo personal, lo biográfico y lo subjetivo con lo social, lo histórico y lo colectivo.



ISBN 978-950-34-1604-4